





THEATRO HESPAÑOL.

POR DON VICENTE GARCIA
DE LA HUERTA.

[Vol. 2]

PARTE PRIMERA.

COMEDIAS DE FIGURÓN.

TOMO II.

CON LICENCIA EN MADRID
EN LA IMPRENTA REAL
MDCCLXXXV.

COMEDIAS

CONTENIDAS EN ESTE TOMO II.



COMEDIAS

CONTENIDAS EN ESTE TOMO II.



ENTRE BOBOS
ANDA EL JUEGO.

COMEDIA

DE DON FRANCISCO DE ROXAS.

Presto me lo pagarán ,
y sabrán presto , lo que es
sin olla una voluntad. Jorn. III.

ADVERTENCIA.

Don Francisco de Roxas y Zorrilla, natural de la villa de San Esteban de Gormaz, cerca de la de Aranda de Duero en Castilla la vieja, caballero del orden de Santiago, floreció, mediado el siglo XVII. Su ingenio es uno de los que darán siempre lustre á nuestra nacion. La cultura y facilidad de su estilo, y la dulzura de su poesía son comparables á las de aquellos que ocupan el primer lugar en nuestro Parnaso. Escribió varias comedias, de las quales se imprimieron algunas en dos tomos, en Madrid año 1680. De un prólogo del Poeta, puesto al principio del tomo segundo, consta, que tenia escritas otras varias Comedias con intento de publicarlas en adelante en un tercer tomo: si bien parece, no lo pudo cumplir.

Esta Comedia es una de las mas graciosas que hay en nuestro theatro: como tal ha sido imitada, aunque desgraciadamente, por los Franceses. Thomas Corneille la publicó con el título de *Don Beltran del Cigarral*: pero la Comedia

francesa carece de todas las gracias de la hespañola.

Se ha tenido presente para la correccion de esta Comedia la que se halla en la coleccion que el mismo Roxas hizo en su tiempo, en consideracion á lo que afirma en la advertencia que precede al tomo II de ella: „Imprimen „(dice) en Sebilla las Comedias de los „Ingenios menos conocidos en nombre „de los que han escrito mas; si es buena „la Comedia, usurpando á su dueño la „alabanza; y si es mala, quitando la opi-„nion al que no la ha escrito. Habrá „quince dias que pasé por las gradas de „la Trinidad, y entre otras Comedias „que vendian en ellas, era el título de „una: *Los desatinos de Amor de Don Fran-„cisco de Roxas.* ¡ No me bastan (dixe) „mis desatinos, sino que con mi nom-„bre bauticen los ajenos! Determiné por „esta causa proseguir esta impresion, no „porque no me recelo, lector amigo, „de su censura, sino porque no quiero „pagar tambien la que haces á los otros. „Dos Comedias de las que leyeres en „este libro, andan impresas por esas es-„quinas; pero tan mal que les falta mas

„de la tercera parte : que en Zaragoza „y Sebilla quitan á cada Comedia dos „pliegos, porque se puedan ceñir en „quatro. "

Esta advertencia puede tomarse en consideracion con las anteriores quexas de Lope de Vega, y aun del mismo Calderon, relativas á la depravacion de sus Comedias, para disculpar en gran parte los defectos de nuestros Poetas Dramaticos.

ARGUMENTO.

Don Antonio de Contreras, caballero pobre, vecino de Madrid, trató el casamiento de su hija Doña Isabel con un caballero de Toledo, rico, llamado Don Lucas del Cigarral, cuyo apellido tomó de un Cigarral ó casa de campo, que habia construido. Sobre las ruines circunstancias de su figura tenia la de ser extremamente desconfiado; de suerte que habiendo enviado á un primo suyo llamado Don Pedro de Toledo, á que le traxese la novia, le encargó, no la visitase en Madrid ni la viese por el camino; conjurando por una carta á Doña Isabel, á que se pusiese una mascarilla, para no ser vista de nadie. Habia acaecido antes, haber dado Don Pedro la vida á Doña Isabel, sacandola de un rio en que estubo cerca de ahogarse, sin conocerla; de que resultó, tomarle amor, que con la casualidad de venir por ella en nombre de su primo, se declaró, y fue en aumento de tal suerte, que Don Lucas, no obstante su estupidez, por los varios lances que ocurrieron en el camino, lo conoció; y cediendo su derecho, los obligó á casarse; pensando ven-

garse de este modo, por ser ambos pobres.

La Escena empieza en Madrid, sigue en las ventas de Torrejoncillo, Illescas, y campo de Cavañas, en cuya posada concluye.

PERSONAS.

DON PEDRO.

DON LUCAS.

DON LUIS.

DON ANTONIO, *Viejo.*

CABELLERA, *Gracioso.*

CARRANZA, *Criado.*

DOÑA ISABEL DE PERALTA.

DOÑA ALFONSA.

ANDREA, *Criada.*



ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO.

JORNADA PRIMERA.

Salen Doña Isabel y Andréa, criada.

ISABEL.

¡Llegó el coche! Es evidente.

ANDREA.

Y la litera tambien.

ISABEL.

¡Qué perezoso es el bien,
y el mal, ó qué diligente!
¡Qué mi padre inadvertido,
darme tal marido intente!

ANDREA.

Marido tan de repente,
no puede ser buen marido.
Jueves tu padre escribió
á Toledo; ¿No es asi?
Pues viernes dixo que si,
y el domingo por tí envió.
Cierta esta boda será,
segun anda el novio listo;
que parece que te ha visto,
en la priesa que se da.

ISABEL.

A obedecer me condeno
á mi padre, amiga Andréa.

ANDREA.

Puede ser, que este lo sea,
pero no hay marido bueno.
Ver, como se hacen temer
á los enojos menores,
y aquel hacerse señores
de su perpetua mujer:
aquella templanza rara
y aquella vida tan fria,

donde no hay un *alma mia*
por un ojo de la cara:
aquella vida tambien,
sin cuidados ni desvelos,
aquel amor tan sin zelos,
los zelos tan sin desden:
la seguridad prolixa
y las tibiezas tan grandes,
que pone un requiebro en Flandes,
quien llama á su mujer hija.
Ah, bien haya un amador
de estos que se usan ahora,
que está diciendo, que adora,
aunque nunca tenga amor.
Bien haya un galan en fin,
que culto á todo vocablo,
aunque una mujer sea diablo,
dice, que es un serafin.
Luego que es mejor se infiera,
(haya embuste, ó ademan)
aunque mas finja un galan,
que un marido, aunque mas quiera.

ISABEL.

Lo contrario he de creer
de lo que arguyendo estás,
y de mi atencion verás:
que el marido y la mujer,
que se han de tener, no ignoro,

en tálamo repetido,
respeto ella á su marido,
y él á su mujer decoro.
Y este callado querer
mayor voluntad se nombre;
que no ha de tratar un hombre
como á dama á su mujer.
Y asi mi opinion verás
y mi argumento evidente:
menos habla, quien mas siente,
mas quiere, quien calla mas.
No esa llama solicito,
toda lenguas al arder;
porque un amor bachiller
tiene indicios de apetito.
Y asi tu opinion sentencio
á mi enojo, ó mi rigor;
que antes es seña de amor
la cautela del silencio.
Digalo el discurso sabio,
si mas tu opinion me apura:
que no es grande calentura
la que se permite al labio.
La oculta es la que es mayor:
su dolor el mas molesto,
y aquel amor que es honesto,
es el que es perfecto amor.
No aquel amor siempre ingrato,

todo sombras, todo antojos;
que éste nació de los ojos,
y aquel se engendra del trato.
Luego mas se ha de estimar,
porque mi fe se asegure,
amor, que es fuerza que dure
que amor que se ha de acabar.

ANDREA.

Y di, ¿un marido es mejor,
que en casa la vida pasa?

ISABEL.

¿Pues qué importa que esté en casa
como yo le tenga amor?

ANDREA.

Y el que es por fuerza, ¿no es fiera
pension?

ISABEL.

Tampoco me enfada.

ANDREA.

Naciste para casada,
como yo para soltera.

ISABEL.

Pues dexame.

ANDREA.

Ya te dexo.

Pero este chisgaravis,
este tu fino Don Luis,
galan de tapa de espejo:

ese que habla á borbotones,
de su prosa satisfecho,
que en una horma le han hecho
vocablos, talle y acciones:
¿qué es lo que de tí ha intentado?

ISABEL.

Ese hombre me ha de matar.
Ha dado en no me dexar
en casa, calle ni prado
con una asistencia rara.
Si á la iglesia voy, alli
oye misa junto á mí;
si pára el coche, él se pára.
Si voy á andar, yo no sé
como alli se me aparece;
si voy en silla, parece
mi Gentil-hombre de á pie.
Y en efecto el tal señor,
que mi libertad apura,
visto, es muy mala figura,
pero escuchado es peor.

ANDREA.

¿Habla culto?

ISABEL.

Nunca entabla
lenguage disparatado:
antes por hablar cortado,
corta todo lo que habla.

Vocablos de estrado son
con los que á obligarme empieza;
dice *credito*, *fineza*,
recato, *halago*, *atencion*.
Y de esto hace mezcla tal,
que aun con amor no pudiera
digerirlo, aunque tuviera
mejor calor natural.

ANDREA.

¡Ay, señora mia! malo.
No le vuelvas á escuchar:
que ese hombre te ha de matar
con los requiebros de palo.

ISABEL.

Yo admitiré tu consejo,
Andréa, de aqui adelante.

ANDREA.

Señora, el que es fino amante,
habla castellano viejo.
El atento y el pulido,
que este pretende, creerás,
ser escuchado no mas,
mas no quiere ser querido.

ISABEL.

Andréa amiga, sabrás,
que tengo amor ¡ay de mí!
á un hombre que una vez vi.

ANDREA.

Dime, ¿y no le has visto mas?

ISABEL.

No, y á llorar me provoco
de un dolor enternecida.

ANDREA.

¿Y qué le debes?

ISABEL.

La vida.

ANDREA.

¿No sabes, quién es?

ISABEL.

Tampoco.

ANDREA.

Para que ese enigma crea,
¿cómo, te pregunto yo,
de la muerte te libró?

ISABEL.

Oye y lo sabrás, Andréa.

ANDREA.

Para remediarlo falta,
saber tu mal.

ISABEL.

Oye.

ANDREA.

Di.

CABELLERA *dentro.*

Ha de casa. ¿Posa aqui

Doña Isabel de Peralta?

ANDREA.

Por tí preguntan. ¿Quién es?

ISABEL.

¡Si vienen por mì!

ANDREA.

Eso infiero.

¿Quién es?

Sale Cabellera.

CABELLERA.

Entrome primero,

que yo lo diré despues.

ISABEL.

¿Qué quereis?

CABELLERA.

Si hablaros puedo,

y no os habeis indignado,

¿podré daros un recado

de Don Pedro de Toledo?

ISABEL.

Hablad: no esteís temeroso.

CABELLERA.

¡Buen talle!

ISABEL.

Hablad.

CABELLERA.

Yo me anímo.

ISABEL.

¿Quién es Don Pedro?

CABELLERA.

Es un primo
del que ha de ser vuestro esposo;
que viene por vos.

ISABEL.

Sepamos,
qué es lo que envia á decir.

CABELLERA *dandola una carta.*

Que es hora ya de partir,
si estais prevenida.

ISABEL.

Vamos.
Si esto que miro no es sueño,
no sé lo que puede ser.
¿Cómo no me viene á ver
ese primo de mi dueño?

ANDREA.

¡O marido apretador!

ISABEL.

¿Yo he de irme con tanta priesa?

CABELLERA.

Señora, es orden expresa
de Don Lucas mi señor:
y para él delito fuera,
no llegarle á obedecer.

Manda, que aun no os venga á ver
quando entreis en la litéra.

ISABEL.

¿Quién ese Don Lucas es?

CABELLERA.

Quien ser tu esposo previene.

ISABEL.

Excelente nombre tiene
para galan de entremes.
¿Vos le servís?

CABELLERA.

No quisiera;
mas sirvole.

ANDREA.

¡Buen humor!

CABELLERA.

Nunca le tengo peor.

ISABEL.

¿Cómo os llamais?

CABELLERA.

Cabellera.

ISABEL.

¡Qué mal nombre!

CABELLERA.

Pues yo sé,
que á todo calvo aficiona.

ISABEL.

No me dirás, ¿qué persona

es Don Lucas?

CABELLERA.

Si diré.

ISABEL.

¿Hay mucho qué decir?

CABELLERA.

Mucho,
y más espacio quisiera.

ANDREA.

Tiempo hay harto, Cabellera.

CABELLERA.

Pues atended.

ISABEL.

Ya os escucho.

CABELLERA.

Don Lucas del Cigarral,
cuyo apellido moderno,
no es por su casa, que es
por un Cigarral que ha hecho,
es un caballero, flaco,
desvaído, macilento,
muy cortisimo de talle,
y larguisimo de cuerpo:
las manos de hombre ordinario,
los pies un poquillo luegos,
muy baxos de empeyne y anchos,
con sus juanetes y pedros:

zanbo un poco, calvo un poco,
dos pocos verdimoreno,
tres pocos desaliñado,
y quarenta muchos puerco.
Si canta por la mañana,
como dice aquel proverbio,
no solo espanta sus males,
pero espanta los ajenos.
Si acaso duerme la siesta,
da un ronquido tan horrendo,
que duerme en su Cigarral,
y le escuchan en Toledo.
Come como un estudiante,
y bebe como un Tudesco,
pregunta como un señor,
y habla como un heredero.
A cada palabra que habla,
aplica dos ó tres cuentos:
verdad es, que son muy largos,
mas para eso no son buenos.
No hay lugar donde no diga,
que ha estado: ninguno ha hecho
cosa que le cuente á él,
que él no la hiciese primero.
Si uno va corriendo postas
á Sebilla, dice luego,
yo las corri hasta el Perú,
con estar el mar en medio.

Si hablan de espadas, él solo
es quien mas entiende de esto,
y á toda espada sin marca
la aplica luego el maestro.
Tiene escritas cien comedias,
y cerradas con su sello,
para si tuviere hija,
darselas en dote luego.
Pero ya que no es galan,
mal poeta, peor ingenio,
mal musicó, mentiroso,
preguntador sobre necio,
tiene una gracia no mas,
que con esta le podremos
perdonar esotras faltas:
que es tan mísero y estrecho,
que no dará, lo que ya
me entenderán los atentos;
que come tan poco el tal
Don Lucas, que yo sospecho,
que ni aun esto podrá dar,
porque no tiene excrementos.
Estas, Damas, son sus partes,
contadas de verbo ad verbum:
esta es la carta que os traygo,
y este el informe que he hecho.
Quererle, es tan cargo de alma,
como lo será de cuerpo.

Partiros, no hareis muy bien;
casaros, no os lo aconsejo;
meteros Monja, es cordura:
apartaros de él, acierto.
Hermosa sois, ya lo admiro:
discreta sois, no lo niego:
y asi estimaos como hermosa;
y pues sois discreta, os ruego,
que antes que os vais á casar,
mireis lo que haceis primero.

ISABEL.

¡Buen informe!

ANDREA.

Razonable.

ISABEL.

Pero, dime, ¿cómo siendo
su criado, bablas tan mal
de las partes de tu dueño?

ANDREA.

¿Como quien come su pan:::?

CABELLERA.

¿Yo le como? ni aun le almuerzo.
Sirvo por mi devocion;
que hice un voto muy estrecho,
de servir á un miserable,
y estoyle ahora cumpliendo.

ISABEL.

¿Pues os pasais sin comer?

CABELLERA.

Si no fuera por Don Pedro,
su primo, fuera criado
de vigilia.

ISABEL.

¿Y (dinos esto)
Don Pedro quién es?

CABELLERA.

¿Quién es?
Es el mejor caballero,
mas bizarro y mas galan,
que alabar puede el exceso;
y á no ser pobre, pudiera
competir con los primeros.
Juega la espada y la daga
poco menos que Pacheco
Narvaez, que tiene ajustada
la punta con el objeto.
Si torea, es Cantillana,
es un Lope, si hace versos,
es agradable, cortés,
es entendido, es atento,
es galan, sin presuncion,
valiente, sin querer serlo,
queriendo serlo, bien quisto,
liberal, tan sin estruendo,
que da, y no dice que ha dado;
que hay muy pocos que hagan esto.

ANDREA.

¿Es posible que tu padre
eligiese aquel sujeto,
pudiendote dar estotro?

CABELLERA.

No me espanto, que en efecto
éste no tiene un ochavo,
y esotro tiene dinero.

ANDREA.

¿Pues, qué importa que lo tenga,
si lo guarda?

ISABEL.

Yo no quiero
sin el gusto la riqueza.
Decidme: ¿y ese Don Pedro
tiene amor?

CABELLERA.

Yo no lo sé;
mas tratanle casamiento
con la hermana de Don Lucas,
Doña Alfonsa de Toledo,
que puede ser melindrosa
entre monjas; y os prometo,
que se espanta de una araña,
aunque esté cerca del techo.
Viò un raton el otro dia
entrarse en un agujero,
y la dió de corazon

un mal con tan grave aprieto,
que entre siete no pudimos
abrirle siquiera un dedo;
pero son ellos fingidos,
como yo criado vuestro.
El viene ya, á recibiros.

ISABEL.

No vendrá, que vive el cielo,
que hoy ha de saber mi padre:::-

Sale Don Antonio viejo.

ANTONIO.

Doña Isabél, qué es aquesto?

ISABEL.

Es, que yo no he de casarme,
mandenlo, ó no tus preceptos,
con Don Lucas.

ANTONIO.

¿Por qué, hija?

ISABEL.

Porque es miserable.

ANTONIO.

Eso
no te puede á tì estar mal,
siendo su mujer, supuesto
que vendrás á ser mas rica,
quanto él fuere mas estrecho.

ISABEL.

Es porfiado.

ANTONIO.

No porfiar
con él, y te importa menos.

ISABEL.

Es necio.

ANTONIO.

El te querrá bien,
y el amor hace discretos.

ISABEL.

Es feo.

ANTONIO.

Isabel, los hombres,
no importa, que sean muy feos.

ANDREA.

Señor, es puerco.

ANTONIO.

Limpiarle.
Sea lo que fuere, en efecto
yo os he de casar con él.
¿Será mejor un mozuelo,
que gaste el dote en tres dias
y que os dé á comer requiebros?
Noramala para vos.
Casoos con un caballero
que tiene seis mil ducados
de renta, y haceis pucheros.
¿Qué carta es esa?

ISABEL.

Una carta
de mi esposo.

ANTONIO.

¿Y yo no tengo
carta alguna?

CABELLERA.

No señor.
Voy á llamar á Don Pedro,
porque hasta daros las cartas,
no tuve orden para hacerlo.
Guardeos el cielo. *vase*

ANTONIO.

El os guarde.

ISABEL.

Quitadme la vida, cielos.

ANTONIO.

Veamos, qué dice la carta.

ISABEL.

Dice asi;

ANTONIO.

Ya estoy atento.

Lee Isabél. *Hermana, yo tengo seis mil quarenta y dos ducados de renta de mayorazgo, y me hereda mi primo, si no tengo hijos. Hanme dicho, que vos y yo podemos tener los que quisieremos; venios esta noche á tratar del uno, que*

tiempo nos queda para los otros. Mi primo va por vos: poneos una mascarilla, para que no os vea, y no le hableis; que mientras yo viviere, no habeis de ser vista ni oida. En las ventas de Torrejoncillo os espero: venios luego, que no están los tiempos para esperar en venta. Dios os guarde, y os dé mas hijos que á mí.

ANDREA.

¡Hay tal bestia!

ISABEL.

Dime ahora
bien de aqueste majadero.

ANTONIO.

Si haré, que no es disparate
el que viene dicho á tiempo.
Don Lucas es hoy marido,
y para empezar á serlo,
ha dicho su necedad
como tal, porque en efecto,
no es marido, quien no dice
un disparate primero.

Dala una mascarilla.

La mascarilla está aqui.

ANDREA.

Y está en el zaguan Don Pedro.

ANTONIO.

Pues pontela, antes que suba.

ISABEL.

Si esto ha de ser, obedezco.

Ponese la mascarilla.

ANDREA.

Llamaron.

ISABEL.

Llegó mi muerte.

ANTONIO.

Abre la puerta.

ANDREA.

Esto es hecho.

Salen Don Pedro y Cabellera.

Sea usted muy bien venido.

ANTONIO.

Don Pedro, guardeos el cielo,

PEDRO.

Seais, señor Don Antonio,
bien hallado.

ANTONIO.

¿Venis bueno?

PEDRO.

Salud traygo. ¿Y vos?

ANTONIO.

Sentaos.

PEDRO.

Perdonadme, que no puedo;

que me ha ordenado Don Lucas,
que llegue y no tome asiento,
que os pida su esposa á vos,
y que se la lleve luego.

ISABEL.

¡Cielos, qué es esto qne miro!
¿Este no es el caballero,
á quien le debi la vida?
Andréa.

ANDREA.

¿Qué hay? ¿Qué tenemos?

ISABEL.

Este es el que te contaba,
que tengo amor.

ANDREA.

No te entiendo.
¿Este es quien te dió la vida,
como me dixiste?

ISABEL.

El mesmo.

ANDREA.

¿Y éste, á quien quicres?

ISABEL.

Tambien.

ANDREA.

Si éste es primo de tu dueño,
¿que has de hacer?

ISABEL.

Morir, Andréa.

PEDRO.

Aunque no merezca veros,
si las conjeturas ven,
divina Alfonsa, ya os veo.
Mas sois vos, que vuestra fama.
Mal haya el que lisonjero,
yendo á pintaros perfecta,
aun no os retrató en bosquejo.
Hermoso enigma de nieve,
que el rostro habeis encubierto,
para que no os adivinen,
ni los ojos, ni el ingenio:
Geroglifico dificil,
pues quando voy á entenderos,
quanto solicito en voces,
tanto acobardo en silencios.
Permitid vuestra hermosura;
mas no hagais tal, que mas quiero
ver esa pintura en sombras,
que haber de envidiarla en lexos.
Claro cielo, sol y rayo,
que está esta nube texiendo,
venid á Toledo á ser
el mas adorado objeto,
que supo lograr Cupido
en los brazos de Hymenéo.

La voz de Don Lucas habla
en mi voz ; yo soy quien ciego
á ser intérprete vine
de aquel amor estrangero.
Y pues sois rayo , alumbrad
entre sombras y reflexos;
pues sois cielo y sol , usad
de vuestros claros efectos:
geroglífico , explicaos;
enigma , dad á entenderos;
pues descubriendoos , sereis
con una causa y á un tiempo
el geroglífico , el rayo,
el sol , la enigma y el cielo.

ANDREA.

Discreto parece el primo.

ISABEL.

Advertid , señor Don Pedro,
que se ha ido vuestra voz
hácia vuestro sentimiento.
Doña Isabél es mi nombre,
no Doña Alfonsa , y no quiero
que á ella la representeis,
y ensayeis en mí el requiebro.
Y aunque el favor me digais
por el que ha de ser mi dueño,
no os estimo la alabanza
que me haceis. Vedme primero,

y creeré vuestras lisonjas,
creyendo que las merezco.
Pero sin verme, alabarme,
es darme á entender con eso,
ó que yo soy presumida
tanto, que pueda creerlo;
ó que Don Lucas y vos
teneis un entendimiento.

PEDRO.

Pues el sol, aunque se encubra
entre nubes, no por eso
dexa de mostrar sus rayos
tan claros, si no serenos.
El Iris, ceja del sol,
mas hermoso está y mas bello,
quando entre negros celages
es círculo de los cielos.
Mas sobresale una estrella
con la sombra; los luceros,
porque esté obscura la noche,
no por eso alumbran menos.
Perfume el clavél del prado
en verde carcel cubierto,
por las quiebras del capillo
dá á leer sus hojas luego.
¿Pues qué importa, que esa nube
ahora no dexe veros,
si habeis de ser como el Iris,

clavél, estrella y lucero?

ANTONIO.

Doña Isabél, ¿qué esperamos?
A la litéra.

PEDRO.

Teneos:
que vos no habeis de salir
de Madrid.

ANTONIO.

¿Por qué, Don Pedro?

PEDRO.

Porque no quiere mi primo.

ANTONIO.

Pues decidme, ¿cómo puedo
dexar de ir á acompañar
á mi hija? Demás de eso,
que si yo no se la doy,
y lo que ordena obedezco,
¿cómo me podrá dar cuenta,
de lo que yo no le entrego?

PEDRO.

Todo eso está prevenido.
Ved ese papel que os dexo,
con que no necesitais,
de partiros.

ANTONIO.

Ya le leo.
¿Qué es esto? ¡Papel sellado!

Abre un pliego.

ANDREA.

¿Qué será?

CABELLERA.

Yo no lo entiendo.

Lee DON ANTONIO.

Recibí de Don Antonio de Salazar una mujer, para que lo sea mia, con sus tachas buenas ó malas, alta de cuerpo, pelimorena y doncella de facciones; y la entregaré tal y tan entera, siempre que me fuere pedida por nulidad ó divorcio. En Toledo á 4 de Septiembre de 638 años.

D. Lucas del Cigarral, Toledo.

ISABEL.

¿Para mí carta de pago?

ANTONIO.

¿Don Pedro, este caballero
piensa, que le doy mujer,
ó piensa, que se la vendo?

CABELLERA.

Pues yo sé, que vá vendida
Doña Isabél.

ANDREA.

Yo lo creo.

ANTONIO.

Yo quiero ver á Don Lucas

en las ventas. Vamos luego;
vén, Isabél.

ISABEL.

A morir.
¡Valedme, piadosos cielos!

PEDRO.

Aunque esté vuestra pintura
en borron, tiene unos lejos
dentro, que el alma retrata,
que casi son unos mesmos.

ISABEL.

¡Quién pudiera descubrirse!

PEDRO.

¡Quien viera su rostro!

ISABEL.

¡Cielos,
qué nave halló la tormenta
en las bonanzas del puerto!

ANTONIO.

Ea, Isabél, á la litera.

ANDREA.

Vé delante.

CABELLERA.

Allá te espero.

ANTONIO.

Yo lo erré, vamos.

ISABEL.

Ya voy.

ANTONIO.

¿Qué esperais?

PEDRO.

Ya os obedezco.

ISABEL.

¿Si fuese yo la que quiere?

PEDRO.

¿Si este es mi perdido dueño?

ANTONIO.

Mas si Don Lucas es rico,
¿qué importará, que sea necio? *vanse.*

Salen Don Luis y Carranza.

CARRANZA.

No me dirás, Don Luis, adonde vamos?
Ya en las ventas estamos
del muy noble señor Torrejoncillo,
ú del otro segundo Peralbillo:
pues aqui la hermandad mesonizante
asactéa á todo caminante.
Don Luis, habla: conmigo te aconseja.
¿No me dirás qué tienes?

LUIS *paseandose.*

Una queja.

CARRANZA.

¿A qué efecto has salido de la Corte?
En estas ventas, dí, ¿qué habrá que importe
para tu sentimiento?
Dí, ¿qué tienes, señor?

LUIS.

Desvalimiento.

CARRANZA.

Dexa hablar afeytado;
y dime, ¿á qué proposito has llegado
á estas ventas? Refiereme enefeto,
¿qué vienes á buscar?

LUIS.

Busco mi objeto.

CARRANZA.

¿Qué objeto? Habladme claro, señor mio.

LUIS.

Solicíto á mi llama mi albedrío.

CARRANZA.

¿No acábarémos, y dirás qué tienes?

LUIS.

¿Quieres, que te procure á mis desdenes?

CARRANZA.

A oirlos, en tu pro yo me sentencio.

LUIS.

Y en fin, ¿han de salir de mi silencio?

CARRANZA.

Dilos, señor.

LUIS.

Pues á mi voz te pido,
que hagas un agasajo con tu oído.
Carranza amigo, yo me hallé inclinado:
costóme una deidad casi un cuidado:

mentalmente la dixe mi deseo:
aspiraba á los lazos de Hymenéo;
y ella viendo mi amor enternecido,
se dexó tratar mal del Dios Cupido.
Su padre, que colije mi deseo,
en Toledo la llama á nuevo empleo,
y hoy sale de la córte
para lograr indigno otro consorte.
Por aqui ha de venir, y aqui la espero;
convalecer á mi esperanza quiero,
dando al labio mis ímpetus veloces,
á ver qué hacen sus ojos con mis voces.
Isabél es el dueño,
vida del alma y alma deste empeño,
la que con tanto olvido
á un amante ferió por un marido.
Suspiraré, Carranza, vive el Cielo,
aunque me cueste todo un desconsuelo:
intimaréla todo mi cuidado,
aunque muera, de haberle declarado;
culparé aquel desdén, que el pecho indicia,
aunque destemple ayrada la caricia.
Mas si los brazos del consorte enlaza,
indignaréme con el amenaza:
mis ansias irritado, ayrado, fiero,
trasladaré á las iras del acero;
que es descredito, hallarme yo corrido,
quedandose mi amor tan desvalido.

Esta es la causa, porque desta suerte
yo mismo vengo á agasajar mi muerte;
de suerte, que corrido, amante y necio
vengo, á entrar por las puertas del desprecio:
con vuelo que la luz penetrar osa,
galantéo mi muerte, mariposa;
porque en este desdén, que amante extraño,
me suelte mi albedrío el desengaño,
y en este sentimiento
mi eleccion dexe libre mi tormento,
y para que Isabél desconocida
logre mi muerte, pues logró su vida.

CARRANZA.

Oí tu relacion y marabilla.
¿Que con quatro vocablos de cartilla,
todos impertinentes,
me digas tantas cosas diferentes?

LUIS.

Gente cursa el camino. ¿Si ha llegado?

CARRANZA.

¿Qué es cursa? ¿Este camino está purgado?

Dentro 1.

Ha de la venta.

Dentro todos.

Ala.

Dentro 1.

Ah seor Ventero,
¿hay qué comer?

Dentro 2.

No faltará carnero.

Dentro 1.

¿Es casado vusted?

Dentro 2.

Mas ha de treinta.

Dentro 1.

Segun eso carnero hay en la venta.

Dentro 3.

Huesped, asi su nombre se celebre,
vendame un gato, que parezca liebre.

Dentro todos.

Ala.

Dentro 1.

¿Qué hay?

Dentro 2.

Mentecato, [gato.
compra al huesped, que es liebre, y tira á

CARRANZA.

Una dama y un hombre miro.

LUIS.

Quedo.
Esperate, que vienen de Toledo.

CARRANZA.

Nada, pues, te alborote.

Dentro 1.

¿Dónde van Dulcinéa y Don Quixote?

Dentro 2.

¿Dónde han de ir? Al Toboso por la cuenta.

LUCAS *dentro.*

Voy al Infierno.

Dentro 1.

Eso es á la venta.

LUIS *dentro.*

¡Raro sujeto es este, que ha llegado!

CARRANZA.

Aqueste es un Don Lucas, un menguado
de Toledo.

Dentro 1.

Ah seor huesped, si le agrada,
echeme ese fiambre en ensalada.

Dentro 2.

Si va á Madrid la ninfa á estar de asiento,
en la calle del Lobo hay aposento.

Dentro 3.

Pues á fe que es mujer de gran trabajo.

LUCAS *dentro.*

Pues voto á Jesu-Christo, si me baxo,
que han de entrar en la venta por la posta.

Dentro todos.

Gua, gua.

Dentro 1.

Que la ha tendido Don Langosta.

LUCAS *dentro.*

Mentís, canalla.

CARRANZA.

Ahora ha echado el resto.

LUCAS *dentro.*

Apeaos, Doña Alfonsa: acabad presto,
porque quiero reñir.

ALFONSA *dentro.*

Detente, espera:
que me dará un desmayo, que me muera.

Dentro 1.

Doña Melindre, dexele.

LUCAS *dentro.*

¿Qué espero?
matarélos á fe de caballero.

ALFONSA *dentro.*

Detente, hermano.

LUCAS *dentro.*

Vinome la gana.

Salen Don Lucas y Doña Alfonsa.

Tengame cuenta usted con esta hermana.

LUIS. [*A D. Luis.*

¿No ve usted, que es vaya?

CARRANZA.

Uced se tenga.

LUCAS.

Conmigo no ha de haber vaya, ni venga.
Gentecilla:::

Dentro todos.

Gua, gua.

LUIS.

Tened templanza.

Dentro 1.

Enváyne vuesarced, señor Carranza.

LUCAS.

¿A mí Carranza, villanchon malvado?

CARRANZA.

Yo soy Carranza, y soy muy hombre hon- [rado:

Empuña la espada Carranza.

que yo tambien me atafo y me abochor- [no.

LUCAS.

Mientes tú y cinco leguas en contorno.

CARRANZA *sacando la espada.*

Saquéla.

LUIS.

Tengase, que ya me enfada.

LUCAS.

Dexeme, darle solo esta estocada.

LUIS.

Tened.

LUCAS.

Yo he de tirarle este altibajo.

LUIS.

No me desperdicieis este agasajo.

LUCAS.

No os entiendo.

ALFONSA.

Señor, mira.

LUIS.

Repara,

que es mi sirviente.

LUCAS.

Fuera.

PEDRO *dentro.*

Pára.

Dentro todos.

Pára.

LUIS.

Una litéra entró, y podeis templaros.

LUCAS.

Aunque entre un coche, tengo de mataros.

Salen Don Pedro, Don Antonio, Cabellera, Andréa y Doña Isabél con mascarilla.

PEDRO.

¿Què es esto?

ALFONSA.

Tente, hermano:

Detente.

LUCAS.

No me vayan á la mano.

ANTONIO.

¿Con quien riñe?

LUIS.

Con este mi criado.

ANTONIO.

¿Con un pobre criado asi indignado?
Don Lucas, debaos yo aquesta templanza.

LUCAS.

Yo pensé, que reñia con Carranza.

LUIS.

Envaynad, pues os logro tan templado.

LUCAS.

Primero ha de envaynar vuestro criado.

CARRANZA *envaynando.*

La espada desempuño
y obedezco.

LUCAS.

Yo envayno la de Ortuño.

ISABEL.

Andrea, qué mal hombre!

ANDREA.

¡Qué hosco y negro!

LUCAS.

Por mi cuenta, señor, vos sois mi suegro.

ANTONIO.

Vuestro padre seré.

PEDRO.

Muero abrasado.

ALFONSA.

Don Pedro, ¿qué será, que no me ha habla-[do?
Mas tambien puede ser, que no me vea.

ISABEL.

Doña Alfonsa es aquella, amiga Andrea.

LUIS.

Esta es Doña Isabél.

CARRANZA.

Callar intenta.

ANDREA.

Don Luisillo tambien está en la venta.

LUIS.

No puedo resistirme.

ISABEL.

¡Que hasta aqui haya venido á perseguirme!

LUCAS.

¿Y hala visto mi primo?

ANTONIO.

Ni la ha hablado.

LUCAS.

¿Vino siempre cubierta?

ANTONIO.

Asi ha llegado.

LUCAS.

¿Y en fin me quiere bien?

ANTONIO.

Por vos se muere.

LUCAS.

¿Y la puedo decir lo que quisiere?

ANTONIO.

Sí podeis.

LUCAS.

¿Puedo?

PEDRO.

¿Si obligarla, intenta?

LUCAS.

Pues asi os guarde Dios, que tengais cuen-
Un amor, que apenas osa
hablaros, dice fiel,
que una de dos, Isabél,
ò sois fea, ó sois hermosa.
Si sois hermosa, se acierta
en cubrir cara tan rara;
que no ha de andar vuestra cara
con la cara descubierta.
Si fea, el taparos sea
diligencia bien lograda;
puesto que estando tapada,
nadie sabrá, si sois fea.
Que todos se han de holgar, digo,
con vos, si hoy hermosa os ven;
mas si os ven fea, tambien
todos se holgarán conmigo.
Pues estaos asi por Dios,
aunque os parezca importuno;
que no se ha de holgar ninguno
ni conmigo ni con vos.

ISABEL.

¿Qué hombre es éste, Andrea?

ANDREA.

El peor,
que he visto, señora mia.

ANTONIO.

¡Qué necedad!

LUIS.

Grosería.

LUCAS.

¿No me hablais?

ISABEL.

Digo, señor,
que debo agradecimiento
á ansias y pasiones tales;
pues en vos admiro iguales
el talle y entendimiento.
La fama que vos teneis,
por ser quien sois, os aclama:
pero no dixo la fama
tanto, como mereceis.
Y asi la muerte resisto
tarde; pues quiero decir,
que en viendoos, pensé morir,
y ya muero, habiendoos visto.

LUCAS.

¡Lindo ingenio!

ANTONIO.

Asi lo crea
vuestra pasion prevenida.

LUCAS.

¿Qué decís?

PEDRO.

Que es entendida,
y debe de ser muy fea.

ALFONSA.

Haz, que el rostro se descubra,
hermano, si verla intentas.

LUCAS.

Dexadmela bruxulear,
que pinta bien.

ALFONSA.

¿A qué esperas?

LUCAS.

Isabel, hacedme gusto
de descubriros, y sea
la mascara el primer velo
que corrais á la modestia;
que están aqui debatiendo
si sois fea, ò no sois fea:
y si acaso sois hermosa,
no es justicia, que yo tenga
mancilla en el corazon,
porque no tengais vergüenza.

ISABEL.

Los que son en vos preceptos,
han de ser en mi obediencias.
Yo me descubro.

Quitase la mascarilla.

LUCAS.

Llenóme.
Don Antonio, á fe, de veras,
que haceis excelentes caras.

ANTONIO.

Era su madre muy bella.

PEDRO.

Vive Dios, que es Isabel,
á quien en la rubia arena
de Manzanares un dia
libré de la muerte fiera.

LUCAS.

¿Qué os parece la fachada,
primo mio? Hablad.

PEDRO.

Que es buena.

ISABEL.

Ya me conoció Don Pedro,
porque son los ojos lenguas.

PEDRO.

¿Y á tí qué te ha parecido,
Doña Alfonsa?

ALFONSA.

Que es muy fea.

PEDRO.

Eres mujer, y no quieres,
que alaben otra belleza.

LUCAS.

Pensando estoy, qué deciros,
despues que os ví descubierta.
¡Que no sé lo que me diga!
Pedro.

PEDRO.

Señor.

LUCAS.

Oyes, llega,
y dí por la boca verbos,
ó lo que á tí te parezca.
Hablala del mismo modo,
como si yo mismo fuera;
dila aquello que tú sabes,
de luceros y de estrellas,
tierno como el mismo yo,
hasta dexarla muy tierna:
que cubierto yo me atrévo,
á hablar como una manteca;
pero en mi vida he sabido
hablar tierno á descubiertas.

PEDRO.

¿Yo he de llegar?

LUCAS.

Sí, primillo:
con mi propio poder llegas.

PEDRO.

¿Con qué alma la he de decir

los requiebros y ternezas,
si es fuerza, que haya de hablar
con la tuya?

LUCAS.

Con la vuestra.
Señora, allá vá Perico:
no hay sino teneos en buenas,
y advertid, que los requiebros
que os dixere, los requiebra
con mi poder; respondedle,
como si á mí propio fuera.
Empezad.

PEDRO.

Ya te obedezco.

ISABEL.

Deme mi dolor paciencia.

ANDREA.

Lindo empleo hizo Isabél.

PEDRO.

Amor, alas tienes, vuela. *aparte.*
Surgió la nave en el puerto,
halló el piloto la estrella,
dió el arroyo con la rosa,
salió el arco en la tormenta,
gozó el arado la lluvia,
hallaron al sol las nieblas,
rompió el capillo la flor,
encontró el olmo la hiedra,

tórtola halló su consorte,
el nido el ave ligera,
que esto, y haberos hallado,
todo es una cosa mesma.
Bien haya ese velo ó nube.
que piadosamente densa,
porque no ofendiese al sol,
detuvo á la luz perplexa.
Yo he visto nacer el dia
con clara luz y serena,
para castigar el prado,
ó ya en sombras, ó ya en nieblas.
Yo he visto influir al Sol
serenidades diversas,
para engañar al mar cano
con una y otra tormenta.
Pero engañarme con sombras
y herir con luz, es destreza,
que ha inventado la hermosura,
que es de las almas maestra.
Vos sois mas que aquello mas,
que cupo en toda mi idéa,
y aun mas que aquello que miro,
si hay mas en vos, que mas sea.
Que tan iguales se añudan
en vos ingenio y belleza,
vuestro donayre tan uno
se ha unido con la modestia,

que si rendirme no mas
que á la hermosura quisiera,
el ingenio me ha de hacer,
que del ingenio me venza.
Si: del donayre el recato
es quien iguál me sujeta;
porque como estas virtudes
están unidas, es fuerza,
que ó no os quiera por ninguna,
ó que por todas os quiera.

LUCAS.

Aprieta la mano, Pedro,
que eso es poco.

PEDRO.

Hermosa hiena,
que halagasteis con voz blanda,
para herir con muerte fiera,
¿cómo, decidme, de ingrata
soberbiamente se precia,
quien me ha pagado una vida
con una muerte sangrienta?
Desde el instante que os ví,
se rindieron mis potencias
de suerte : : :

ISABEL.

Mirad, señor,
que es grosería muy necia,
que me vendais un desprecio

á la luz de una fineza.
No entra amor tan de repente
por la vista : amor se engendra
del trato, y no he de creer,
que amor que entra con violencia,
dexe de ser como el rayo,
luz luego y despues pavesa.

PEDRO.

No engendra al amor el trato,
Isabél ; que si eso fuera,
fuera querida tambien,
siendo discreta, una fea.

ISABEL.

El trato engendra al amor;
y para que la experiencia
lo enseñe, si no hay agrado,
es cierto, que no hay belleza.
El agrado es hermosura:
para el agrado es de esencia,
que haya trato : luego el trato
es el que el amor engendra.

PEDRO.

Con trato amor, yo confieso,
que es perfecto ; mas se entienda,
que amor puede haber sin trato.

ISABEL.

Pero, en fin amor se acendra
en el trato.

PEDRO.

Decís bien.

ISABEL.

Pues si es asi, luego es fuerza,
que os quede mas que quererme,
si mas que tratarme os queda.

LUCAS.

No me agradan estos tratos.

PEDRO.

Concedo esa conseqüencia:
mas ya os trata amor, si os oye,
ya os quiere amor:::

LUCAS.

Mucho aprieta.

ISABEL.

¿Y me quereis?

PEDRO.

Os adoro.
Solo falta, que yo vea
vuestro amor.

ISABEL.

Diràle el tiempo.

PEDRO.

No le deis al tiempo treguas,
teniendo vos vuestro amor.

ISABEL.

Pues como á mi esposo, es fuerza,
quereros.

PEDRO.

Seré dichoso.

ISABEL.

Esta mano, que lo es vuestra,
lo dirá.

LUCAS.

No es sino mia.

Tomala la mano Don Lucas.

Y es muy grande desvergüenza,
que os tomeis la mano vos,
sin darmela á mí la Iglesia.
Primillo, fondo en cuñado,
idos un poco á la lengua.

PEDRO.

Si yo hablaba aqui por vos.

LUCAS.

Sois un hablador, y ella
es tambien otra habladora.

ISABEL.

Si vos me disteis licencia:::

LUCAS.

Sí, pero sois licenciosa.

PEDRO.

Como tú dixiste, que era
poco lo que la decia:::

LUCAS.

Poco era. ¿Quién os lo niega?
Mas ni tanto ni tan poco.

ALFONSA.

¡Que ella le hablase tan tierna,
y que él le adore tan fino!

LUCAS.

Doña Alfonsa.

ALFONSA.

¿Qué me ordenas?

LUCAS.

Llevaos con vos esta mano.

Dala la mano de Doña Isabél.

ALFONSA.

Sí haré, y, pido que me tengas
por tu amiga y servidora;
y tu enemiga. *aparte.*

LUCAS.

En Illescas
me he de casar esta noche.

ALFONSA.

Hasta ir á Toledo, espera;
para que Don Pedro y yo
nos casemos, y allí sean
tu boda y la mia juntas.

ISABEL.

Antes quiera amor, que muera. *aparte.*

LUCAS.

Señora mia, no estoy
para esperaros seis leguas.

LUIS.

Muerto estoy. A acompañaros
iré con vuestra licencia,
y celebrar vuestra boda.
Yo soy Don Luis de Contreras,
vuestro servidor antiguo.

LUCAS.

No os conozco en mi conciencia.

LUIS.

Y amigo de vuestro padre.

LUCAS.

Sed su amigo norabuena;
pero no habeis de ir conmigo.

CABELLERA.

Llega el coche.

ANDREA.

La litéra.

LUIS.

Yo he de ir con vos.

LUCAS.

Voto á Dios,
que me quede en esta venta.

LUIS.

Ya me quedo.

LUCAS.

¡Gran favor!

ISABEL.

Muerta voy.

CABELLERA.

¡Hermosa bestia!

ALFONSA.

Muriendo de zelos parto.

PEDRO.

¡Que esto mi dolor consienta!

ANTONIO.

¡Que esto mi prudencia sufra!

ISABEL.

¡Que esto influyese mi estrella!

LUCAS.

Alfonsa, ¿guardas la mano?

ALFONSA.

Si señor.

LUCAS.

Pues tened cuenta.

Entre Bobos anda el juego.
Pedro, entrad.

PEDRO.

Cielos, paciencia.

LUCAS.

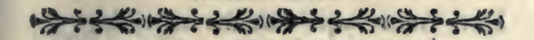
Guardeos Dios, señor Don Luis.

LUIS.

Allá he de ir, aunque no quiera.



JORNADA SEGUNDA.



Sale Don Pedro con sombrero, capa y espada, y Cabellera medio desnudo por el patio del Meson.

CABELLERA.

¿Adónde vas, señor, de esta manera,
medio desnudo?

PEDRO.

Calla, Cabellera.

CABELLERA.

A las dos de la noche, que ya han dado,
de mi medio columpio me has sacado,
y discurrir no puedo,
donde ahora me llevas.

PEDRO.

Habla quedo.

CABELLERA.

Si hemos de ir fuera, aqui miro cerrada
la puerta principal de la posada.

PEDRO.

No ha sido ese mi intento.

CABELLERA.

¿Pues adónde hemos de ir?

PEDRO.

A este aposento.

CABELLERA.

Don Lucas aquí duerme recojido,
que se oye en todo Illescas el ronquido;
Doña Alfonsa su hermana
duerme en otra alcobilla á él cercana.

PEDRO.

¿Y el padre de Isabél?

CABELLERA.

Duerme á aquel lado,
en aquel aposento.

PEDRO.

¿Está cerrado?

CABELLERA.

Cerrado está. Dí lo que quieres, ea.

PEDRO.

¿Y dónde están Doña Isabél y Andréa?

CABELLERA.

En esta sala están.

PEDRO.

Vén poco á poco,
que la tengo de hablar.

CABELLERA.

Si no estás loco,
que has de perder el seso, he imaginado;

¿Qué es esto? ¡Tú, señor, enamorado
de una muger, que serlo presto espera
de Don Lucas!

PEDRO.

Sí, amigo Cabellera.

CABELLERA.

Tén, señor, mas templanza.
¡Tú faltar de tu primo á la confianza
¿Cómo? ¡Tú enamorado de repente!

PEDRO.

Mas anciano es el mal de mi accidente.
Siglos ha que padezco un mal eterno.

CABELLERA.

Yo tuve tu accidente por moderno.
Pero si tiene tanta edad, mas sabio
quiero saber tu pena de tu labio.
Dime tu amor, que ya quiero escucharle.

PEDRO.

¿Qué intentas, con oirle?

CABELLERA.

Disculparle.

PEDRO.

¿Me ayudarás despues?

CABELLERA.

Soy tu criado.

PEDRO.

¿Oyenos alguien?

CABELLERA.

Todo está cerrado.

PEDRO.

¿Tendrás secreto?

CABELLERA.

Ser leal intento.

PEDRO.

Pues escucha mi amor.

CABELLERA.

Ya estoy atento.

PEDRO.

Era del claro Julio ardiente dia:
Manzanares al soto presidía,
y en clase, que la arena ha fabricado,
lecciones de cristal dictaba al prado,
quando, al morir la luz del Sol ardiente,
solicíto bañarme en su corriente.
En un caballo sendas exâmino,
y á la Casa del Campo me destino.
Llego á su verde falda,
elijo fertil sitio de esmeralda:
del caballo me apeo,
creo la amenidad, el cristal creo;
y apenas con pereza diligente
la templanza averiguo á la corriente,
quando alegres tambien como veloces,
á un lado escucho femeniles voces.
Guio á la voz los ojos prevenido,

y solo la logré con el oído.
Piso por las orillas, y tan quedo,
que pensé, que pisaba con el miedo,
Mas la voz me encamina, y mas me llama,
voy apartando la una y otra rama,
y en el tibio cristal de la ribera
á una deidad hallé desta manera.
Todo el cuerpo en el agua hermoso y bello
fuera el rostro y en roscas el cabello,
deshonesto el cristal que la gozaba,
de vanidad al soto la enseñaba.
Mas si de amante el soto la queria,
por gozarsela él toda, la cubria.
Quisieron mis deseos diligentes
verla por los cristales transparentes,
y al dedicar mis ojos á mi pena,
estaba al movimiento de la arena
ciego, ó turbio el cristal; y dixe luego:
¿Quién con esta deidad no ha de estar cie-
Turbio el cristal estaba, [go?
y quanto mas la arena le enturbiaba,
mejor la ví, que al no ver la corriente,
sola era su deidad lo transparente,
no el rio; que al gozar tanta hermosura,
él es quien se bañaba en su blancura.
Cubría, para ser segundo velo,
túnica de cambray todo su cielo,
y solo un pie movia el cristal blando:

sin duda imaginó, que iba pisando.
Pero quando, sin verse, se mostraba,
un plumage del agua levantaba,
del curso propio con que se movia,
viale entre el cristal, y no le via;
que distinguir no supo mi albedrío,
ni quando era su pie, ni quando el rio.
Procuraban ladrones mis enojos
robar sus perfecciones con los ojos,
quando en pie se levanta, toda hielo,
cubre el cristal lo que descubre el velo:
recatome en las ramas dilatadas,
prevenidas la esperan sus criadas;
dicenla todas, que á la orilla pase,
y nada se dexó, que yo robase:
y en fin, al recojerla,
tiritando salió perla con perla;
y yo dixe abrasado:
¡óh qué bien me parece el fuego helado!
Sale á la orilla, donde verla creo,
ponenseme delante, y no la veo:
enjugala el halago prevenido
la nieve que ella habia derretido:
quando un toro con ira y osadía
(que era dia de fiestas este dia)
desciende de Madrid al rio, y luego
mas irritado, sí, que no mas ciego,
quiere cruel, impío

de corage beberse todo el rio.
Bebe la blanca nieve,
bebe mas, y su misma sangre bebe.
El pecho, pues, herido, el cuello roto,
parte á vengar su injuria por el soto:
las cortinas de ramas desabrocha,
sacude con la coz á la garrocha,
y á mi hermosa deidad vencer procura,
que se quiso estrenar en la hermosura.
Huyen, pues, sus criadas con rezelo,
y ella se honesta con segundo velo;
que aunque el temor la halló desprevenida,
quiso mas el recato, que la vida.
Yo, que miro irritarse el toro ayrado,
de amor y de piedad á un tiempo armado,
indigno la pasion, librarla espero,
y dandole advertencias al acero,
(osadía y pasion á un tiempo junta)
el corazon le paso con la punta
con tan felice suerte,
que ni un bramido le costó la muerte.
Conoce, que á mi amor debe la vida:
honestamente la hallo agradecida;
menos, viendola mas, mi amor mitigo:
entra dentro del coche y yo la sigo:
cierra luego la noche, [che.
entre otros con lo obscuro pierdo el co-
Buscala, y no la encuentra mi cuidado:

voyme á Toledo, donde enamorado
le dixe mis finezas con enojos
á aquel retrato, que copié en los ojos.
Quexome solo al viento;
procurame mi primo un casamiento;
la execucion de sus preceptos huyo;
voy á Madrid, á efectuar el suyo:
vuelvo con Isabél. ¡Nunca volviera!
Cubre el rostro Isabél. ¡Nunca le viera!
pues dice mi esperanza, hoy mas perdida,
que es Isabél á la que dí la vida
por valor; y por suerte,
que es Isabél la que me dá la muerte.
Y en fin, amante sí y no satisfecho,
de la sombra esta noche me aprovecho;
á vengar con mis voces este agravio,
Salga esta calentura por el labio,
sepa Isabél de mi cruel tormento.
Asusten mis suspiros todo el viento.
Sean ahora, que Isabél me dexa,
intérpretes mis voces de mi quexa;
suceda todo un mal á todo un daño:
valgame un riesgo todo un desengaño.
Ahora la he de hablar: verla porfio:
dexame, que use bien de mi albedrío:
dexa, que á hablarla llegue,
para que esta tormenta se sosiegue:
dexame, que la obligue,

para que este cuidado se mitigue,
y porque al referir pena tan fiera,
mi gloria dure y mi tormento muera.

CABELLERA.

Tu relacion he escuchado,
y por Dios que me lastímo,
que se enamore quien tiene
tan lindos cinco sentidos.
¡Tú, señor, enamorado!

PEDRO.

Es el sujeto divino.

CABELLERA.

Y tú muy lindo sujeto.
Pero puesto que has venido,
á hablar con Doña Isabél,
llega falso y habla fino.
Pero no andarás muy falso
con Don Lucas, que es tu primo:
pues tú la amabas primero,
y él hasta ahier no la ha visto.
Y en llegando á enamorarse
un hombre á todo albedrío,
no hay hermano para hermano,
ni hay amigo para amigo.
Pues si un hermano no vale,
¿cómo ha de valer un primo,
que es parentesco de negros?
Todos están recojidos

los huespedes del meson.
¿Llamaré?

PEDRO.

Llama quedito.

CABELLERA.

No sea que el huesped nos sienta,
que es el huesped mas cocido,
que hay en Illescas, y siente
dentro en su casa un mosquito.

PEDRO.

Oyes ¿Viste anoche entrar
á un Don Luis, que se hizo amigo
de Don Lucas?

CABELLERA.

Embozado
tras la litéra se vino,
y anoche tomó posada
en el meson.

PEDRO.

¿Y has sabido,
á qué viene?

CABELLERA.

Galantéa
á Isabél, que así lo dixo
su criado á otro criado,
y aqueste criado mismo
á otro criado despues,
como criado fidedigno,

se lo contó y él á mí.
Yo ahora á tí te lo aviso;
que no sirve, quien no cuenta
lo que ha visto, y que no ha visto.

PEDRO.

Pues con amor y con zelos
á un tiempo me determino
á hablar á Isabél.

CABELLERA.

Pues manos
al amor, amo y amigo.
¿Llego?

PEDRO.

No llegues: espera:
que están abriendo el postigo
por de dentro.

CABELLERA.

Dices bien.

PEDRO.

¿Qué será?

CABELLERA.

No lo he entendido.

Salen Doña Isabél y Andréa de otro aposento.

ISABEL.

No me detengas, Andréa.

ANDREA.

¿Dónde vas?

ISABEL.

A dar suspiros
á los cielos de mis quexas.

ANDREA.

Template.

ISABEL.

No espero alivio.

ANDREA.

¿Qué intentas?

ISABEL.

Busçar mi padre.

ANDREA.

Está ahora recojido.

ISABEL.

Vén á despertarle, Andréa;
que no ha de ser dueño mio
Don Lucas.

ANDREA.

Resuelta estás.

PEDRO.

Arrimate.

CABELLERA.

Ya me arrimo.

ANDREA.

¿Y si no quiere tu padre?

ISABEL.

No es dueño de mi albedrío.

ANDREA.

¿Pues quién ha de ser tu esposo?

ISABEL.

Don Pedro ha de serlo mio,
ó ninguno lo ha de ser:
sino es que desconocido,
á Alfonsa quiere:::

PEDRO.

Pedidme
albricias, alma y sentidos.

ANDREA.

Vuelvete á dormir.

ISABEL.

No puedo.

CABELLERA.

Cenó poco: no me admiro.

ISABEL.

¿En qué aposento hallaré
á mi padre?

ANDREA.

No le he visto
recojer: yo no lo sé.
En habiendo amanecido,
podrás hablarle.

ISABEL.

No alargues
plazos á un dolor prolixo.
Don Pedro ha de ser.

Encuentra con Don Pedro.

PEDRO.

Don Pedro
infelice, dueño mio,
ha de ser, quien os adore
tan amante y tan rendido,
que han de ser alma y potencias
lo menos que os sacrifico.

ISABEL.

¿Quién es?

PEDRO.

Quien no os ha ganado,
quando ya os hubo perdido:
el que os ha grangeado á penas,
el que os mereció á suspiros,
el que os solcíta á riegos,
el que os procura á cariños.

ISABEL.

Hablad quedo, y ved que estamos:::

PEDRO.

Templar la voz no resisto,
que esta es la voz de mi amor,
y está mi amor encendido.

ISABEL.

Señor Don Pedro, si oísteis
la verdad del dolor mio,
si aun no os ha costado un ruego
la compasion de un cariño,

no os llameis tan infelíz,
como decís, pues no he dicho
acaso, que tengo amor,
y ya vos lo habeis sabido.
Dexad para el desdeñado
la quexa: llamese el digno
felíz, é infelíz se llame,
el que nunca ha merecido.
Yo sí que soi desdichada;
pues os quiero y lo repito,
y estando vivo el amor,
tengo á los zelos mas vivos.
Ya habreis templado con verme
el mal, de no haberme visto;
este sí es mal, pues que tiene,
viendoos mas, menos alivio.
Doña Alfonsa ha de ser vuestra;
con que viene á ser preciso,
que no lo pueda yo ser,
ni pueda llamaros mio.
Ella es quien dice, que os quiere:
con que yo naturálizo
á mis bastardos temores,
que son de mis zelos hijos.
Mirad, pues, qual de los dos
el mas infelíz ha sido;
pues vos lograis un amor,
y yo unos zelos concibo.

PEDRO.

Yo, Isabél, no tengo zelos,
yo, decís vos, que me libro
de una verdad, que la cubro
con la sombra de un indicio.
¿No es la flor clicie Don Luis,
que constante á los peligros,
está acechando los rayos
de vuestro Oriente vecino?
¿No viene á amaros, Señora?
¿No viene tras vos? ¿No he visto
que os quiere?

ISABEL.

¿Y quien es el sol?
No con falsos silogismos
me arguyais, quando estais vos
respondiendoos á vos mismo.
Si es la clicie flor Don Luis,
¿quándo el sol la clicie quiso?
¿Quándo, para desdeñarla,
no es cada rayo un aviso?
Si soy sol, como decís,
¿quándo mis rayos no han sido,
para desdeñarle, ardientes,
y para abrasarse, tibios?
¿Qué os daña á vos, que él me quiera,
pues veis, que yo no le estimo?
Mucho mas florece el premio

de la competencia al viso.
Al clavél quiere la rosa,
y él está desvanecido,
de ver, que le hayan premiado
en competencias del lirio.
Olmo, que abrazó á la hiedra,
está mas agredecido,
de vér, que siendo él distante,
se olbidase del vecino.
¿Asi qué importa, que amante,
constante, atento y activo
me quiera Don Luis á mí,
si con vér un amor mismo
en los dos, con ser á un tiempo
tan constantes como finos,
sois el preferido vos,
y es él el aborrecido?

PEDRO.

Luego aunque me quiera á mí
Doña Alfonsa, no hay indicio
para zelos.

ISABEL.

Sí le hay;
porque vos no me habeis dicho
que no la quereis; y yo,
que aborrezco á Don Luis, digo.

PEDRO.

Pues yo solo os quiero á vos.

ISABEL.

Que no me halagueis os pido
con el amor, si despues
me matais con el olbido:
que mucho peor será,
si no le teneis, fingirlo,
que si le teneis, callarle;
pues por mas decente elijo,
que me oculteis vuestra llama
y os halle despues mas fino,
que no hallarme aborrecida,
pensando, que me han querido.

PEDRO.

Pulid el bruto diamante
de mi amor, en cuyos visos
hareis claras experiencias
del fondo del ardor mio.

ISABEL.

Pues elijase un remedio,
para evitar los designios
de mi padre.

ANDREA.

Cé, señores.

PEDRO.

¿Qué es lo que dices?

ANDREA.

Que miro,
abrir aquel aposento.

PEDRO.

¿Cuyo es?

ANDREA.

El de Don Luisillo.

PEDRO.

¿Dónde irá?

ANDREA.

Habrá madrugado,
para tomar el camino,
antes que amanezca.

CABELLERA.

Es cierto.

ISABEL.

Pues, señor, yo me retiro,
no me vea.

PEDRO.

Bien eliges.

ISABEL.

Quedate á Dios, dueño mio.

PEDRO.

En fin, ¿me querrás?

ISABEL.

Soy tuya.

PEDRO.

¿Y Don Luis?

ISABEL.

Es mi enemigo.

¿Y Alfonsa?

PEDRO.

Matela amor.

CABELLERA.

Acabad, cuerpo de Christo,
que está Don Luis en el patio.

ISABEL.

Pues yo me voy. Ven conmigo. *á And.*

CABELLERA.

Señor, entra tú tambien;
porque Don Luis ha salido,
y puede verte al pasar
á tu aposento, y colijo,
que no puede juzgar bien,
de verte á esta hora vestido.

ISABEL.

Mirad, Don Pedro:::

PEDRO.

¿Qué importa,
que esté un instante contigo,
en tanto que este Don Luis
sale fuera?

ANDREA.

Bien ha dicho.
Luz tienes, y eres honrada,
que él te quiere bien, he oydo;
y los que son mas amantes,
son los menos atrevidos.

ISABEL.

Pues cierra.

ANDREA.

La puerta cierro.

PEDRO.

Tú quedate aquí escondido,
pues no importa, que te vea.

CABELLERA.

Obedecerte es preciso.

ANDREA.

Lo dicho dicho, lacayo.

CABELLERA.

Fregona, lo dicho dicho.

Entranse en el aposento de Doña Isabél los tres, queda Cabellera fuera, y salen Don Luis y Carranza.

CARRANZA.

¿A media noche, señor,
dónde vas?

LUIS.

Nada te espante.
Voy á intimar á mi amante
la justicia de mi amor.

CARRANZA.

No alcanzo tu pensamiento.

LUIS.

Huella quedo.

CARRANZA.

No dirás,
¿á donde á estas horas vas?

LUIS.

Solicíto su aposento.

CARRANZA.

Ten cordura, ten templanza.
¡Qué esto un hombre cuerdo intente!
¿Y si Don Lucas te siente?

LUIS.

No me aconsejes, Carranza.

CARRANZA.

Durmiendo á todos ahora,
con un mismo sueño igualo:
no seas Arias Gonzalo,
si está hecho el meson Zamora.
De verla no es ocasion,
y esta, en que la vas á hablar,
solo es hora de buscar
á la moza del meson.

LUIS.

A dedicar almas mil,
vengo, á la luz, por quien veo:
porque nunca yo flaqueo
de ese accidente civil.

CARRANZA.

Si ello ha de ser, vamos pues:
mitiga tu sentimiento.

LUIS.

¿Sabes, quál es su aposento,
Carranza amigo?

CARRANZA.

Este es:
A noche se recojió
en este aposento.

LUIS.

Y di,
¿estás cierto en eso?

CARRANZA.

Si.

LUIS.

Pues llama.

Llame Carranza á otro aposento, que esté enfrente del de Isabél.

¿Responden?

CARRANZA.

No.

LUIS.

Otra vez puedes volver
á llamar, por si despierta.

CARRANZA.

Llamo.

ALFONSA *dentro.*

¿Quién anda en la puerta?

LUIS.

¿Esta no es voz de mujer?
¿Quién será?

CARRANZA.

Isabél sería.

LUIS.

¿Si es Andréa?

CARRANZA.

No señor:
que yo conozco mejor
su voz, que la propia mia.

LUIS.

Dudoso en la voz estoy.

CARRANZA.

No es Andréa, señor.

LUIS.

Pues,
si no es Andréa, ella es.

Sale Doña Alfonsa medio desnuda.

ALFONSA.

¿Quién llamaba aqui?

LUIS.

Yo soy.

ALFONSA.

¿Quién sois?

CARRANZA.

Abrieron la puerta.

LUIS.

Dueño hermoso de mi vida,
quién os procuró dormida,
y os ha logrado despierta.
Soy, quien con fuego veloz ::::-

ALFONSA.

Que es Don Pedro he imaginado.
Como habla disimulado, *aparte*
no le conozco en la voz.

LUIS.

Trocar procura en caricias
halagos de un ciego dios.
Soy, el que viene tras vos.

ALFONSA.

Don Pedro es: amor, albricias. *ap.*

LUIS.

Soy, quien os quiere tan fiel ::::-

ALFONSA.

Pues ¿cómo, si es eso asi,
no me hablasteis, quando os ví?

LUIS.

Tiene razon Isabél. *aparte*
No hagais desatenta enojos
las que obré finezas sabio;
pues lo que dictaba el labio,
representaban los ojos.

ALFONSA.

Perdonad, que recelé,

(que es desconfiado quien ama)
que mirabais á otra dama.

LUIS.

Es verdad, que la miré.
Pero puesto su arrebol
de esa luz en la presencia,
conocí la diferencia
que hay de la tiniebla al sol.

ALFONSA.

Por lisonja tan dichosa
premios mi verdad ofrezca;
mas como yo os lo parezca,
no quiero ser mas hermosa.
Creer quiero lo que decis,
y valerme del consuelo.

CABELLERA.

Doña Alfonsa, vive el cielo,
es la que habla con Don Luis.
¡Buena es la conversacion!
Que es este Don Luis, ignora.
¿Cosa que la diese ahora
algun mal de corazon?

LUIS.

Sola una ocasion deseo,
en que yo pueda mostrar::::-

ALFONSA.

Don Lucas ha de estorvar
nuestro amor.

LUIS.

Asi lo creo.

Pero podeis estar cierta,
que no ha de lograr su intento;
pues quando este casamiento:::-

LUCAS *dentro*.

Ola, ¿quién anda en la puerta?

LUIS.

¿Quién es?

ALFONSA.

¡Don Lucas! ¿Qué haré?

CABELLERA.

Sentido los ha por Dios.

LUIS.

¿Don Lucas está con vos?

ALFONSA.

Pues dónde quereis, que esté.

LUIS.

Daré quexas á los cielos.
¿Asi premiasteis mi amor?
¿Cómo:::-?

ALFONSA.

¿Qué es esto, señor?
¿De Don Lucas teneis zelos?

LUIS.

Yo he de ver:::-

ALFONSA.

Tened templanza.

CARRANZA.

No es tiempo de hacer extremos.
Vente.

ALFONSA.

A Dios: luego hablarémos. *vase*

LUIS.

¿Qué es esto, amigo Carranza?

CARRANZA.

En la ceniza hemos dado
con el amor.

LUIS.

Ven tras mí.

CARRANZA.

¿Sale ya Don Lucas?

LUIS.

Sí.

CARRANZA.

Por Dios que se ha levantado.

LUIS.

Perdí famosa ocasion. *Vanse los dos.*

CABELLERA.

Pulgas lleva el Don Luisillo;
pero nó me marabillo,
que hay muchas en el meson.
A dormir de buena gana
me fuera: señor, no hay gente:
Llama á la puerta por donde entró D. Pedro.
sal presto; pero detente.

Sale Don Lucas medio vestido ridiculamente, con espada y una luz de el aposento de Doña Alfonsa.

LUCAS.

El diablo está en Cantillana.
¿Quién está aqui?

Ve á Cabellera, y él vuelve la cara.

CABELLERA.

Ya me vió.
A mi fortuna maldigo.

LUCAS.

Hombre ordinario, ¿qué digo?
¿Quién sois, hombrecillo?

CABELLERA.

Yo.

Vuelve la cara Cabellera y quiere irse.

LUCAS.

¿Qué es yo? Con eso no salva
una cuchillada fiera;
Diga, quién es?

CABELLERA.

Cabellera,
al servicio de tu calva.

LUCAS.

¿Qué haces aqui?

CABELLERA.

¿Qué diré?
Digo::: Estaba::: Porque::: Yo::::-

LUCAS.

¿Llamaste á mi puerta?

CABELLERA.

No.

LUCAS.

¿Pues quién llamó?

CABELLERA.

No lo sé.

LUCAS.

¿Viste, abrir la puerta?

CABELLERA.

Si.

LUCAS.

¿Y quién era, conociste?

CABELLERA.

No, señor.

LUCAS.

¿Y á qué saliste?

CABELLERA.

Señor, á tu voz sali.

LUCAS.

¿Era hombre, el que llamaba?

CABELLERA.

Si, señor.

LUCAS.

¿Vistele?

CABELLERA.

No.

LUCAS.

¿A dónde entró?

CABELLERA.

Que se yo.

LUCAS.

Esto está peor que estaba.
Discurro. ¿No puede ser,
que quien fue con mal intento,
por llamar á mi aposento,
llamase al de mi mujer?
¿Y que el que á llamar se atreve,
luego que abriesen la puerta,
dixese, en viendola abierta,
acojome acá, que llueve?
Pues si puede ser, yo intento
con gallardas osadias
entrar á hacer de las mias,
y visitar su aposento:
y darle presumo un zas
de buen modo, si le encuentro.

Va á la puerta por donde entró Don Pedro.

CABELLERA.

Por Christo que va allá dentro.
Ah señor, ¿á dónde vas?

LUCAS.

A visitar mi mujer.

CABELLERA.

¿Cómo lo podré impedir? *aparte*
Mira, que nos hemos de ir,
y que quiere amanecer.

LUCAS.

¿Qué importa eso? *Va á la puerta.*

CABELLERA.

Allá se arroja.
Asi le he de divertir. *aparte*
Señor, quieresme decir.
¿de qué maestro es mi hoja?
que no hay desde aqui á Sebilla,
quien la sepa conocer. *Saca la espada.*

LUCAS.

¿Ahora?

CABELLERA.

Ahora la has de ver.

LUCAS.

De Francisco Ruiz Portilla.

CABELLERA.

¡Qué ahora no salga el asnazo *ap.*
de Don Pedro! Es un espejo
la espada; diz, que es del viejo.

LUCAS.

Del mozo es este recazo.
Quedate aqui.

Dale la espada, y va á la puerta.

CABELLERA.

No remedia
nada, y su intento no he visto.
Ah, si: de las que has escrito,
¿quieres leerme una comedia?

LUCAS.

¿A media noche?

CABELLERA.

Es verano.

LUCAS.

¿Pues á donde la oirás?

CABELLERA.

En aquel pozo, y serás
poeta Samaritano.
La que se ha de hacer cien dias,
segun dices.

LUCAS.

Ela aqui.

Saca una comedia.

Oye un paso que escribí
entre Herodes y Herodias.

CABELLERA.

Será famoso.

LUCAS.

Si á fe.
Pero ver primero intento,
quien llamaba á mi aposento.

Hace que va al aposento.

CABELLERA.

Señor, yo fui el que llamé,

LUCAS.

Si eras tú, yo me concluyo.
¿Y á qué llamaste, si eras?

CABELLERA.

Llamaba, á que me leyeras
algun trabajillo tuyo,
si no dormias acaso.
Don Pedro asi me ha de oir, *ap.*
ahora es tiempo de salir.

Dice recio este verso.

LUCAS.

¿Quién ha de salir?

CABELLERA.

El paso.

Di los versos.

LUCAS.

Son valientes.

CABELLERA.

Lope es contigo novél.

LUCAS.

Sale Herodes, y con él
quatrocientos inocentes.

Asomanse Andréa y Don Pedro á la puerta.

PEDRO.

Ahora á salir me obligo,
aunque alli está.

ANDREA.

¿Sales?

PEDRO.

Si.

CABELLERA.

Vaya, señor.

LUCAS.

Dice asi:::
¿Quién anda en aquel postigo?

Velos Don Lucas.

PEDRO.

El me vió: cierra la puerta:
cierra.

Cierran y tornanse á entrar.

ANDREA.

Naci desdichada.

LUCAS.

¿Conmigo la hacen cerrada?
Pues yo la he de hacer abierta.

CABELLERA.

Vive Dios que no salió.

LUCAS.

Cabellera.

CABELLERA.

El ha de hallarle.
¿Quieres entrar á matarle?
Responde.

LUCAS.

No, sino no.
Llama á la puerta. *llama Cabellera.*

ANDREA *dentro.*

¿Quién llama?

LUCAS.

¿Esta es la criada?

CABELLERA.

Si.

LUCAS.

Ola, criada, abre aqui
al marido de tu ama.

ANDREA.

Entrad. *abre*

LUCAS.

Entra tú primero.
Morirá, á fe de christiano. *saca la espada.*

CABELLERA.

Pon la daga en la otra mano,
y dame ese candelero:
que yo he de morir contigo.

Da Don Lucas la luz á Cabellera.

LUCAS.

Esa luz puedes llevar.

CABELLERA.

Asi lo he de remediar. *aparte*
¿No me sigues?

LUCAS.

Ya te sigo.

CABELLERA.

Voy enojado.

LUCAS.

Voy ciego.

CABELLERA.

Adelante, industria mia.

LUCAS.

¡Adulterio el primer dia!
Entre bobos anda el juego.

Entranse, y salen Don Pedro y Doña Isabél turbados.

ISABEL.

¿Entró Don Lucas?

PEDRO.

Entró,
desnudo el ayrado acero.

ISABEL.

Detras de aquesta cortina
te esconde.

PEDRO.

No me resuelvo.
Diré, que tu esposo soy.

ISABEL.

Echasme á perder con eso.
Escondete, dueño mio.

PEDRO.

Advierte :::-

ISABEL.

Escondete presto,
que llegan.

PEDRO.

No me porfies.

ISABEL.

Mira, señor :::-

PEDRO.

Estoy ciego.

ISABEL.

Haz esto por mí. ¿Qué dudas?

PEDRO.

Isabél, ya te obedezco.

Escondese detras de una cortina, y salen Don Lucas y Cabellera con el candelero.

LUCAS.

Alumbra, mozo.

CABELLERA.

Ya alumbro.

LUCAS.

¿Quién está en este aposento?

ISABEL.

¿Qué es esto, señor Don Lucas?
¿Cómo vos tan descompuesto
alterais de mi quietud
el recatado silencio?

LUCAS.

¿Qué haceis, Isabél, vestida
á estas horas?

ISABEL.

En el lecho
desvelada, y no desnuda
estaba esperando el tiempo
de partir. ¿Y vos ayrado
y ciego, cómo resuelto
os entrais de esta manera?

LUCAS.

¿Y qué hombre estaba aqui dentro?

ISABEL.

¿Estais en vos?

LUCAS.

Si señora.
Ya estoy en vuestro aposento,
y le he de ver de pe á pa.
Alumbra, hermano: miremos
detras de aquesta cortina.

CABELLERA.

Has dicho muy bien: yo llego:

Cae en el suelo Cabellera, fingiendo que tropezó y mata la luz.

¡Jesus¡

LUCAS.

¿Qué ha sido?

CABELLERA.

Caer,
y matar la luz á un tiempo.

LUCAS.

Trahe otra.

CABELLERA.

Tengo quebrado
un pie. Sal, señor.

Sale Don Pedro detras de la cortina con la mano delante.

PEDRO.

Yo pruebo
á salir, puesto que ahora
no hay luces.

LUCAS.

Ah señor Nieto,
pues es huesped, trayga luces.
Ponerme á la puerta quiero:
no sea que estando á escuras,
se salga el que está aca dentro.

Vase á la puerta, ponese en ella, y al salir Don Pedro tropieza con él, y asele Don Lucas.

ISABEL.

¡Valgame Dios! ¿Qué he de hacer?

LUCAS.

¿Quién anda aqui?

PEDRO.

Vive el cielo,
que he topado con Don Lucas.

LUCAS.

Topé un hombre.

CABELLERA.

Peor es esto:
porque al salir, es sin duda,
que ha topado con Don Pedro.
Quiero decir, que soy yo,
y llegarme.

Llegase cara con cara con su amo.

LUCAS.

Diga luego,
quien es.

CABELLERA.

Yo, que voy por luces.

LUCAS.

Mentís, que es de mejor pelo,
á quien yo tengo.

CABELLERA.

Señor,
yo soy.

LUCAS.

Ahora lo veremos.
Luces. *en voz alta.*

Dentro el Mesonero.

¿Andan los demonios

en el meson?

Hace fuerza Don Pedro para soltarse.

LUCAS.

Estaos quedo.

Salen Don Luis y Doña Alfonsa con luces.

ALFONSA.

Luz hay aqui.

LUIS.

Y aqui hay luz.

ISABEL.

¡Qué miro! Valgame el cielo.

LUCAS.

Verbum caro fray Andres.
¿Pues qué haceis aqui, Don Pedro?

PEDRO.

Señor, mirar por tu honor,
y mirar por lo que debo:
mirar, que tu eres mi sangre.

LUCAS.

Dejad esos miramientos,
y decid, ¿qué haceis aqui?

LUIS.

Ea, responded, Don Pedro.

LUCAS.

¿Quien os mete en eso á vos?
¿Sois mi sombra, caballero?

LUIS.

Soy vuestra luz, pues la traygo.

LUCAS.

Pues llevaos la luz, os ruego;
que yo no la he menester.
¿A dónde vais?

LUIS.

A Toledo.

LUCAS.

Pues yo me vuelvo á Madrid,
solamente por no veros.

LUIS.

Sois ingrato, vive Dios.
Yo me voy. *vase.*

LUCAS.

No soy mas de esto.
Valgate el diablo el Don Luis.

ALFONSA.

Don Lucas, decid, ¿qué es esto?

LUCAS.

Don Pedro está aqui encerrado.

ALFONSA.

¿Vos le encontrasteis?

LUCAS.

Yo mesmo.

ALFONSA.

¿Pues á que entró?

LUCAS.

Que sé yo.

ALFONSA.

¿Quiere á Isabél?

LUCAS.

Lo sospecho,
pues yo le he hallado escondido
ahora.

ALFONSA.

¡Valgame el cielo!

Finje que la da el mal de corazon y cae sobre un taburete.

CABELLERA.

Dióle el mal.

LUCAS.

Tenla esa mano.
y tirala bien del dedo
del corazon. ¿No hay quien trayga
manteca?

ISABEL.

Si, yo la tengo.

LUCAS.

Pues id por ella.

ISABEL.

Yo voy.
Llamaré de alli á Don Pedro. *vase*

CABELLERA.

¡Que gran mal! pobre señora.

LUCAS.

¿Veis, primo, lo que habeis hecho?

Tenedla esta mano vos,
porque voy á mi aposento
por la uña de la gran bestia.

Vase, y Don Pedro tomala la mano.

CABELLERA.

Ponga su uña, que es lo mesmo.

PEDRO.

¿Fuese?

CABELLERA.

Si.

PEDRO.

¿Qué hemos de hacer?

CABELLERA.

Luego trataremos de eso.
Requiebra á la desmayada,
(si entra Don Lucas) mas tierno;
porque crea, que la quieres;
que esto importa.

PEDRO.

Y eso intento.

CABELLERA.

El viene ya.

PEDRO.

Doña Alfonsa,
mi luz, mi divino cielo,
no le disfraceis turbado,
si he de gozarle sereno.
A vos os quiero, señora,

Sale Doña Isabél.

ISABEL.

¡Qué es lo que escucho!

PEDRO.

Creed esto,
que solo á vuestra hermosura
se consagran mis deseos.
El alma sois, por quien vivo,
vos sois la luz, por quien veo.

ISABEL.

Pues traydor, falso, atrevido:::
Viven mis ardientes zèlos,
dioses que hoy en mi coraje
tienen la corona y cetro,
que he de pagarte en venganzas,
quanto cobro en escarmientos.
Don Luis ha de ser mi esposo:
porque aunque yo le aborrezco,
por vengarme de tí solo,
vengarme en mí misma apruebo.
Quedate:::

PEDRO.

Espera, señora,
Dexa á la desmayada.
y advierte, que estos requiebros
los pronuncio con el labio,
y los finjo con el pecho.
Dixelos, porque Don Lucas

entendiese, que la quiero:
no porque á tí no te adoro.
Escuchame.

ISABEL.

No te creo:
que no estando aqui él, no vienen
esas disculpas á tiempo.

CABELLERA.

Si aqueste desmayo fuera
fingido, estabamos buenos.

PEDRO.

Señora, solo eres tú
el alma por quien aliento,
la muerte por quien yo vivo,
y la vida por quien muero.
Escucha.

ISABEL.

No tengo oidos.

PEDRO.

Repara bien:::-

ISABEL.

Ya te dexo.

PEDRO.

Que solo te adoro á tí,
que á Doña Alfonsa aborrezco.

Levantase Doña Alfonsa del desmayo.

ALFONSA.

Pues vive el cielo, cruel,

falso, ingrato, lisonjero,
que has de decir, de las dos
á qual adoras, supuesto,
que á ella le mientes finezas,
y á mi me finges requiebros.

CABELLERA.

El desmayo era fingido:
todo el infierno anda suelto.

ALFONSA.

Di, á quien quieres.

ISABEL.

Eso aguardo.

PEDRO.

Mirad:::-

ALFONSA.

¿En qué estás suspenso?

ISABEL.

¿Me quieres?

PEDRO.

¿Qué la diré?

ALFONSA.

¿Me aborreces?

PEDRO.

¡Qué haré, cielos!

ISABEL.

¡Qué te elevas!

ALFONSA.

¡Qué te turbas!

ISABEL.

¿Quién merece tu desprecio?

ALFONSA.

¿Quién es dueño de tu amor?

PEDRO.

Si digo:::-

CABELLERA.

Buena la has hecho.

PEDRO.

Quien quiero, á la una agravio,
si á la otra favorezco. *aparte*

ALFONSA.

¿Estas eran las finezas,
con que anoche en mi aposento
dixiste, que me adorabas?

PEDRO.

¡Yo en tu aposento! ¿Qué es esto?

ISABEL.

A Alfonsa quieres, traydor.

ALFONSA.

Doña Isabél es tu dueño.

ISABEL.

Hoy has de probar mis iras.

ALFONSA.

Hoy has de ver tu escarmiento.

PEDRO.

Doña Alfonsa:::

ALFONSA.

No te escucho.

PEDRO.

Doña Isabél :::

ISABEL.

Soy de fuego.

PEDRO.

Mirad :::-

Sale Don Lucas.

LUCAS.

Ya está aqui la uña.

CABELLERA.

La bestia ha llegado á tiempo.

LUCAS.

¿Estás sosegada?

ALFONSA.

No.

LUCAS.

¿Pues qué sientes?

ALFONSA.

Un desprecio.

LUCAS.

¿Qué es esto, Isabél?

ISABEL.

No sé.

LUCAS.

Tú, dí tu mal.

ALFONSA.

Soy de hielo.

LUCAS.

Tú dime tu pena.

ISABEL.

Es grande.

LUCAS.

¿No hay remedio?

ISABEL.

Es sin remedio.

LUCAS.

Don Pedro, dime, qué sientes.

PEDRO.

No tiene voz mi tormento.

LUCAS.

¿No lo he de saber?

ALFONSA.

Sabraslo.

LUCAS.

¿No me lo dirás?

ISABEL.

No puedo.

LUCAS.

Isabél, á la litéra.
Alfonsa, el coche está puesto.
Pedro, el rucio está ensillado.
En Cavañas nos veremos.

ALFONSA.

Quexas, que muero de amor.

ISABEL.

Iras, que rabio de zelos.

LUCAS.

Honra, que andais titubeando.

PEDRO.

Dudas, que andais discurriendo.

LUCAS.

Pero yo lo sabré todo,
que entre bobos anda el juego.

JORNADA TERCERA.

Salen Don Antonio y Don Lucas.

LUCAS *dentro.*

Ten ese macho, mulero:
que es un poquillo mohino.

Salen los dos.

ANTONIO.

¿Dónde fuera del camino
me sacais?

LUCAS.

Hablaros quiero.

ANTONIO.

¿Pues á qué nos apartamos
del camino? ¿Qué qué quereis?

LUCAS.

Suegro, ahora lo vereis.

ANTONIO.

Ya estamos solos.

LUCAS.

Si estamos.

¿Viene el coche?

ANTONIO.

Se quedó
mas de una legua de aqui.

LUCAS.

¿Quereis escucharme?

ANTONIO.

Si.

LUCAS.

¿Habeis de enojaros?

ANTONIO.

No.

LUCAS.

¿Oís bien?

ANTONIO.

¿No lo sabeis?

LUCAS.

Quiero hablar quedo.

ANTONIO.

Hablad quedo.

LUCAS.

Ultimadamente ¿puedo
hablar á vulto?

ANTONIO.

Podeis.
¿Teneis que hablar mucho?

LUCAS.

Mucho.
¿Replicareis, quando yo

estuviere hablando?

ANTONIO.

No.

LUCAS.

Pues escuchad.

ANTONIO.

Ya os escucho.

LUCAS.

Yo soy, señor Don Antonio
de Contreras, un hidalgo
bien entendido, asi asi,
y bien quisto, tanto quanto.
Soy ligero, luchador,
tiro una barra de á quatro,
y aunque pese quatro y libra,
á mas de quarenta pasos.
Soy diestro, como el mas diestro,
esplendidamente largo,
por el principio atrevido,
y valiente por el cabo.
De la escopeta en las suertes
salen mis tiros en blanco,
y puedo tirar con todos
quantos hay del rey abajo.
Canto, baylo y represento,
y si me pongo á caballo,
caygo bien sobre la silla,
y de ella mejor, si caygo.

Si en Zocodover toreo,
me llaman el secretario
de los toros, porque apenas
llegan, quando los despacho.
Conozco bien de pinturas,
hago comedias á pasto,
y como todos, tambien
llamo á los versos trabajos.
No soy nada caballero
de ciudad: soy cortesano,
y naci bien entendido,
aunque naci mayorazgo.
Pues mi talle no es muy lerdo;
soy delgado sin ser flaco,
soy muy ancho de cintura,
y de hombtos tambien soy ancho.
Los pies asi me los quiero:
piernas asi me las traygo,
con su punta de lo ayroso,
y su encaxe de estevado.
Yo me alabo: perdonad;
que esto importa para el caso:
y no he de hallar, quien me alabe
en un campo despoblado.
En fin discreto, valiente,
galan, ayroso, bizarro,
diestro, musico, poeta,
ginete, toreador, franco,

y sobre todo teniendo
de renta seis mil ducados,
(que no es muy mala pimienta
para estos veinte guisados)
salgo, á que Isabél merezca
estas gracias en sus brazos,
que nunca pensé, por Dios,
venderme yo tan barato;
y hallo, que con vuestra hija
me distes por liebre gato.

ANTONIO.

Advertid, que sois un necio.

LUCAS.

¿No me oireis?

ANTONIO.

No he de escucharos.
Mataros, era mas justo.

LUCAS.

Señor mio, no lo hagamos
pendencia. Escuchad ahora,
y vamos al cuento.

ANTONIO.

Vamos.

LUCAS.

Lo primero, envié á decir,
que saliese con cuidado
de Madrid, y se pusiese
una mascara al recato.

Y ella se puso por una,
media mascarilla, tanto,
que se le vió media cara
desde la nariz abajo.
Lo segundo, os supliqué,
que no vinierais, enviando,
de que á Isabel admitia,
un recibo ante escribano;
y os venisteis, no sabiendo,
que yo he de vestirme llano;
pues la tela de mujer
no ha menester suegro al canto.
Lo tercero, luego al punto
que me vió, se fue de labios,
y me dixo mil requiebros
por mil rodeos extraños;
y una mujer, quando es propia,
ha de andar camino llano:
que no ha de ser hablador
el amor, que ha de ser casto.
Mas: arguyó con mi primo,
daca el trato, toma el trato:
con que se le echa de ver,
que es tratante, á treinta pasos.
Luego le dixo, y le daba,
sin haberla nunca hablado,
los requiebros en mi nombre,
y en causa propia la mano.

Mas: un Don Luis se ha venido,
amante zorrero al lado,
por vuestra señora hija,
muy modesto, aunque muy falso.
Y en Illescas esta noche
hallé á mi primo encerrado
en la sala de Isabél,
y hoy, que á examinarle aguardo,
pregunto, qué fue la causa,
de haber anoche violado
el que ella llamaba templo,
y vos nombrareis sagrado:
y dixome, que alli oculto
estuvo, por ver si acaso
Don Luis hablarla intentára,
para que su azero ayrado
feriára á venganzas nobles
aquellos zelos villanos.

ANTONIO.

¿Y habló con Don Luis?

LUCAS.

No habló.

Pero es caso temerario,
que haya de andar un marido,
si la ha hablado, ó no la hablado.
¿Por una mujer, y propia,
he de andar yo bacilando,
pudiendo por mi persona

tener mujeres á pasto?
Ella, en fin, no es para mí.
Mujer, que se haya criado
en Toledo, es lo que quiero,
y aun que naciese en mi barrio.
Mujer criada en Madrid,
para mi propia, descarto:
que son de reves las unas,
y las otras son de tajo.
Y en efecto, Don Antonio,
solo vengo á suplicaros,
que os volvais con vuestra hija
á vuestra calle de Francos.
No he de casarme con ella,
aunque me hicieran pedazos.
Solos estamos los dos;
nadie nos oye en el campo.
Volveos á Misa Isabél
á Madrid, sin enojaros:
que esto es entre padres y hijos,
que es algo mas que entre hermanos.
Que en llegando las sospechas,
á andar tan cerca del casco,
y en siendo los suegros turbios,
han de ser los hiernos claros.

ANTONIO.

Por cierto, señor Don Lucas,
que un poco antes de escucharos,

os tuve por majadero:
pero no os tuve por tanto.
¿Sabeis, con quien hablais?

LUCAS.

Si.

Dadme mi carta de pago,
y llevaos á vuestra hija.

ANTONIO.

Con ella habeis de casaros,
ó os tengo de dar la muerte.
¿Qué dirán de mi honra, quantos
digan, que á casarse vino?

LUCAS.

¿Y que dirán los criados,
que han sabido, que Don Luis
la anda siguiendo los pasos?

ANTONIO.

Don Luis camina á Toledo.

LUCAS.

¿Pues cómo va tan despacio,
yendo Isabél en litéra,
y él en mula?

ANTONIO.

¿No está claro,
que es por llevar compañia,
y no ir solo?

LUCAS.

Ese es el caso:

que por no ir solo á Toledo,
quiere ir acompañado.

ANTONIO.

¿No decis, que vuestro primo
se encerró anoche en el quarto
de mi hija?

LUCAS.

Asi lo digo,
y él asi me lo ha contado,
para ver mejor, si hablaba
con él.

ANTONIO.

Pues desengañaos,
y logre esa diligencia
quietudes á vuestro engaño.
Si no es cómplice en su amor,
¿por qué quereis indignado,
pagarla en viles castigos
quanto debeis en halagos?
Don Luis está ya en Toledo,
porque ya se ha adelantado:
y yo quedo con la quexa,
y vos con el desengaño.
Templaos, Don Lucas, prudente:
que vive Dios, que me espanto,
que no tengais entre esotras
la falta de ser confiado.

LUCAS.

¿Y cómo? Si tengo tal;
que no soy tan mentecato,
que no sepa, que merezco
mas que él esto y otro tanto.
Pero diceme mi primo,
que es un poco mas cursado,
que las mujeres escojen
lo peor.

ANTONIO.

Pues consolaos;
que no teneis mal partido,
si es verdadero el adagio.

LUCAS.

Ahora, señor Don Antonio,
vuelvo á decir, que estoy llano
á casar con vuestra hija.
Ya yo estoy desengañado.
Pero si acaso Don Luis,
amante dos veces zayno,
vuelve á hacerse encontradizo
con nosotros, no me caso.

ANTONIO.

Pues yo admito ese partido.

LUCAS.

Yo vuestro precepto abrazo.

ANTONIO.

Pues esperemos el coche

en ese camino.

LUCAS.

Vamos.
Ah si: Don Antonio, aviso,
que si hubiere algun engaño
en el amor de Don Luis,
que si él entra por un lado
á medias, como sucede
con otros mas estirados,
me habeis de volver al punto
quanto yo hubiere gastado
en mulas, coche, litera,
gastos de camino y carros:
que no es justicia, ni es bien,
quando yo me quedo en blanco,
que seamos él y yo,
él del gusto y yo del gasto.

ANTONIO.

Dios os haga mas discreto.

LUCAS.

No haga mas, que ya ha hecho harto. *vanse.*

Dentro ruido de carruages.

Dentro 1.

Arre, rucia de un puto, arre, beata.

Dentro 2.

Dale, dale, Perico, á la reata.

Dentro 1.

Oyga, la parda como se atropella.

Dentro 2.

Arre, mula de aquel hijo de aquella.

CABELLERA *dentro.*

Va una carrera, cocherillo ingrato.

Dentro 1.

¿Qué hace que no se apea y corre un rato?

CABELLERA.

¿A donde va el patan en el matado?

Caminante dentro.

A buscar voy á tu mujer, menguado.

CABELLERA.

Digame, si va á vella,
¿cómo va tan despacio?

Caminante dentro.

Tal es ella.

Dentro 2.

¿Y él no dexa á sus hijos con el Cura?

Otro caminante dentro.

Por aqui hay un monton.

CABELLERA.

¿Pues qué hay?

Todos.

Vasura.

Cantan dentro.

Mozuelas de la corte,
todo es caminar,
unas van á Huete,
y otras á Alcala.

CABELLERA.

Pára, cochero: el coche se ha volcado.

Dentro 1.

El cibicón del coche se ha quebrado.

Dentro 2.

¿Pues qué importa?

ANDREA.

¡Qué lindo desahogo!

ALFONSA.

Saquenme á mí primero, que me ahógo.

CABELLERA.

Páren esa litéra.

Cochero.

Pára, pára.

ANDREA.

Quebrose la redoma de la cara.

Salen Doña Isabél y Andréa.

ISABEL.

Volcóse el coche.

ANDREA.

En hora mala sea.

ISABEL.

Don Pedro saca á Doña Alfonsa, Andréa.
¿Qué espero? Ya su amor se ha declarado.

ANDREA.

¿Si la dará otro mal como el pasado?

ISABEL.

¡Cómo mis iras se hallan mas templadas!

ANDREA.

Previniendola está dos almohadas,
en tanto que aderezan una rueda.

ISABEL.

¿Queda mas que saber?

ANDREA.

Aun mas te queda.

ISABEL.

Ya Doña Alfonsa en ellas se ha sentado.

ANDREA.

Don Pedro en la litéra te ha buscado,
y como no te halla, yo rezelo,
que te viene á buscar.

ISABEL.

Pues vive el cielo,
que yo no le he de hablar.

Salen Don Pedro y Cabellera.

PEDRO.

Oye, detente:
no quieras:::

ISABEL.

Dexame.

PEDRO.

Tan impaciente
malograr mi verdad.

ISABEL.

No hay quien la crea.

PEDRO.

Ruegala, que me escuche, amiga Andrea.
Abona tú mi fe.

ISABEL.

Nada te abona.

CABELLERA.

Enternecete, dura Faraona.

PEDRO.

Iras y pasos detén.

ISABEL.

Cruel, diestro engañador,
que amagas con el amor,
para herir con el desdén,
¿quién es tan ingrato? ¿quién?
¿quién fue tan desconocido,
que por haber conseguido
una tan facil victoria,
resucite una memoria
con la muerte de un olbido?
Y pues tus engaños veo,
delinqüente el mas atróz,
¿para qué hiciste á tu voz
complice de tu deseo?
Si sabes, que no te creo
si conoces mi razon,
¿por qué quiso tu pasion
(viendo que es mayor agravio)
hacer delinqüente al labio

de lo que erró el corazon?
Y ya que tan falso eras,
y ya que no me querias,
dí, ¿para qué me fingias?
¿Pidote yo que me quieras?
Tu amor fingieras, y fueras
poco fino; solo un daño
sintiera mi desengaño;
mas tal mis ansias me vén,
que mucho mas que el desdén,
vengo á sentir el engaño.
No me hables, y mis enojos
menos ayrados verás:
que se irritan mucho mas
mis oídos, que mis ojos.
Quiero vencer los despojos
de mi amor, si te oygo, á veces;
y tanto al verte mereces,
que aunque has fingido primero,
solo miro, que te quiero,
y no oygo, que me aborreces.
Mas vete: que he de argüir,
quando me quiera templar,
que á mí no me puede amar,
quien á otra sabe fingir.
Ya yo te he llegado á oír,
que á tu prima has de querer;
y aquel que llegare á ser

en mi amor el preferido,
aun no ha de decir fingido,
que procura otra mujer.
A Alfonsa dices, que quieres,
á mí dices, que me adoras,
por una, fingiendo, lloras,
y por otra, amando, mueres.
¿Pues cómo, si no prefieres
tu voluntad declarada,
creerá mi pasion errada,
quando es la tuya fingida,
que soy yo la preferida,
y es Alfonsa la olbidada?
Pues templese este accidente:
que no es justicia, que acuda
á una tan dificil duda
un amor tan evidente:
porque es mas facil, que intente,
menos ayrado y mas sabio,
siendo tan grande el agravio,
á vista de mis enojos,
dar lagrimas á mis ojos,
que evidencias á tu labio.
Quiere, adora á Alfonsa bella,
y sea yo la olbidada:
porque ya estoy bien hallada
con tu olbido, y con mi estrella.
Yo soy la infelice, y ella

quien te merece mejor;
y pues tuve yo el error,
de haberte querido, es bien,
que pague con el desdén,
lo que erré con el amor.
Y vete ahora de aqui,
porque no es justicia, no,
que tenga la culpa yo,
y te dé la quexa á tí.

PEDRO.

Hermosa luz, por quien ví,
alma por quien animé,
deydad, á quien adoré,
no hagas con ciega venganza,
que pague tu desconfianza
lo que no ha errado mi fe.
Dexa esa pasion, que dura
en tus sentidos inquieta:
y no seas tan discreta,
que no creas tu hermosura.
Tú misma á tí te asegura:
imaginate deidad,
y creerás mi verdad:
usa bien de tus recelos,
y cria para estos zelos
por hijo á la vanidad.
A Doña Alfonsa prefieres,
bien como al lirio la rosa.

Mas qué importa , ser hermosa,
si no presumes , lo que eres.
Sé como esotras mujeres:
tén contigo mas pasion:
haz de tí satisfaccion:
sé divina mas humana;
que á tí , para ser mas vana,
te sobra mas perfeccion.

ISABEL.

Esa prudente advertencia,
con que tu pasion me ayuda,
es buena para la duda,
mas no para la evidencia.
Ella dixo en mi presencia,
que tú en su quarto has estado
anoche : que la has hablado;
¿pues cómo , si esto es verdad,
con toda mi vanidad
sosegaré mi cuidado?
¿Y quando eso fuera , dí,
dí , quando con ella estabas,
no te oí decir , que amabas
á Doña Alfonsa?

PEDRO.

Es asi.

ISABEL.

¿Tú no lo confiesas?

PEDRO.

Sí;
mas fingido mi amor fue.

ISABEL.

Y quando te pregunté,
á qual de las dos querias,
¿por qué no me respondias?

PEDRO.

Oye por qué.

ISABEL.

Dí por qué.

PEDRO.

Porque es grosería errada,
nunca al labio permitida,
despreciar la aborrecida
en presencia de la amada.
Bastela, verse olbidada,
sin que oyese aquel desdén:
bastela, quererte bien,
sin que, al vér desprecio tal,
la venga á pagar tan mal,
porque me quiso tan bien.

ISABEL.

Pues galan no quiero ahora,
que por no dexar corrida
á aquella, de quien se olbida,
no hace un gusto á la que adora.
Vete.

PEDRO.

Escuchame, Señora.
Que agradezca, no te espantè,
vér, que me ame tan constante;
pero á tí te he preferido.

ISABEL.

Pues, si estás agradecido,
cerca estás de ser amante.

PEDRO.

Oye, señora, y verás:::

ISABEL.

No he de oirte.

PEDRO.

Aguarda, espera.

CABELLERA.

Don Luis abrió la litéra,
y mira, si en ella estás.

PEDRO.

¿Y ahora tambien dirás,
que no te tiene aficion?

ISABEL.

Daré la satisfaccion.

PEDRO.

Tampoco te he de creer.

ISABEL.

¿Quieres echarme á perder
con los zelos mi razon?
Pues no ha de valerte, no.

Despreciarle pienso aqui.

PEDRO.

¿Y yo he de escucharlo?

ISABEL.

Sí,

Don Luis. *en voz alta.*

LUIS *dentro.*

¿Quién me llama?

ISABEL.

Yo.

ANDREA.

El viene acá: ya te oyó.

ISABEL.

Escondete entre esos ramos.

CABELLERA.

La satisfaccion oygamos.

ISABEL.

Yo he de quedar con rezelos,
y tú has de quedar sin zelos.

CABELLERA.

Vén, señor, que llega.

PEDRO.

Vamos.

Escondense, y sale Don Luis.

LUIS.

Al cariño de tu voz
no vengo, divina ingrata,

como otras veces solía,
á consagrar vida y alma.
A ser escarmiento, vengo,
de mi amor, á ser venganza
de tu desdén, á ser duda
de mis propias esperanzas.
Fiera, al paso que divina,
cruél, al paso que blanda,
que me matas con los zelos,
y con el desdén me halagas;
yo soy, el que mereció
sacrificarse á tus llamas,
si no ciega mariposa,
atrevida salamandra.
Yo soy aquel, que te quiso,
y aquel, soy á quien agravias,
el que como el girasol
aspiró á tus luces tardas,
el que anoche en tu aposento
logró, (nunca los lográra)
de tu labio mas favores,
que tú quexas de mis ansias.
Y quando á tan fino amor,
á tan fingidas palabras
encubridora la noche
secretamente mediaba,
quando un sí llegó á mi oído,
llegó un premio á mi esperanza:

recojome á mi aposento;
y quando pensé, que estaba
Don Lucas dentro del suyo,
que á veces la voz engaña,
oygo en otro quarto voces,
tomo luz, busco la causa,
y hallo (ay Dios!) que con Don Pedro
tu fe y mi lealtad agravias.
¿Para esto me diste un sí?
Para esto, dime, premiabas
un amor, que le he sufrido
al riesgo de una esperanza?
No quiero ya tus favores:
logre Don Pedro en tus aras
las ofrendas por deseos,
que amante y fino consagra.
Bastan tres años de enigmas:
tres años de dudas bastan:
desengañenme los ojos,
con ser ellos, quien me engañan.
Ya el sí, que me diste anoche,
no le estimaré.

ISABEL.

Repara,
que yo no te he hablado anoche.
¿Dónde, ó cómo?

LUIS.

Ya no falta,

sino que tambien me niegues,
que me diste la palabra,
de ser mi esposa. Si piensas,
que la he de admitir, te engañas.

ISABEL.

¿Yo te hablé anoche?

LUIS.

¿Eso niegas?

ISABEL.

Mira:::

LUIS.

¿Mis zelos, qué aguardan?
Solo vengo á despedirme
de mi amor. ¡Quedate falsa!
Tus voces ya no las creo;
tu amor ya me desengaña.
A Madrid vuelvo corrido:
vuelvase el alma á la patria,
del desengaño: halle el puerto,
quién navegó en la borrasca.
Razon tengo, ya lo sabes:
zelos tengo, tú los causas:
y si dudosos obligan,
averiguados agravian.

ISABEL.

Espera:::

LUIS.

Voyme.

PEDRO.

¡Ah cruél!

ISABEL.

Mira:::

LUIS.

Dexame, traydora. *vase.*

Salen Don Pedro y Cabellera.

PEDRO.

Pideme zelos ahora
de Doña Alfonsa, Isabél.
Habla, ¿Qué te has suspendido?
No finjas leves enojos.
Dí, qué no han visto mis ojos:
dí, qué está incapáz mi oído:
Resuelto á escucharte estoy.
¿Qué puedes ya responder?
¿Con qué has de satisfacer
mis zelos?

ISABEL.

Con ser quien soy.

PEDRO.

¿Pues cómo puedes negar,
que estuviste (gran tormento!)
con Don Luis en tu aposento?
Respondeme.

ISABEL.

Con callar.

PEDRO.

Isabél ingrata, dí,
(fuego en todas las mujeres)
¿cómo niegas, que le quieres?

ISABEL.

Con decir, que te amo á tí.

PEDRO.

¿No entró?

ISABEL.

A callar me sentencio
un bronce obstinado labras.

PEDRO.

No crëes tú mis palabras,
¿y he de creer tu silencio?
Fiera homicida del alma,
matar con la voz intentas:
mar, que embozó las tormentas
con la quietud de la calma:
ingrata la mas divina,
divina mas rigorosa,
purpurea á la vista rosa,
y al tacto cruél espina:
ya no podrá tu rigor
peregrinar esta senda,
ya me he quitado la venda,
y con vista no hay amor.
A dexarte, me sentencia
una verdad tan desnuda:

que el caminar por la duda,
encontré con la evidencia.
Ya no he de ser el que soy,
ya no quiere arrepentido,
sufrir á tu voz mi oído:
ya te dexo, ya me voy.

ISABEL.

Pues, falso, aleve, infiel,
ingrato, cómo enemigo,
si estuve anoche contigo,
¿cómo pude estár con él?
¿Quándo habia de hablarle, espero
saber, quando yo quisiera?
Respondeme.

PEDRO.

¿No pudiera,
haberte hablado primero?

ISABEL.

No pudiera: y ese es
el indicio mas impropio.
¿No sabes tú, que tú propio
le viste salir despues
de su aposento?

PEDRO.

Es asi.

ISABEL.

¿Luego el castigo mereces?

PEDRO.

¿No pudo salir dos veces?

ISABEL.

Sí pudo salir. Mas, dí,
¿quando estabas escondido,
que yo te amaba, no oíste?

PEDRO.

Sí; pero tambien pudiste
haberme ya conocido.

ISABEL.

Ya que en esos zelos das,
díme, Don Pedro, por Dios,
¿puedo yo querer á dos?

PEDRO.

A Don Luis quieres no mas.

ISABEL.

Y si eso pudiera ser,
(que no lo he de consentir)
¿por qué habia de fingir
contigo?

PEDRO.

Por ser mujer.

ISABEL.

Tú eres la luz de mi vida;
solo á tí te adoro yo.

PEDRO.

¿No lo haces de amante?

ISABEL.

No.

PEDRO.

¿Pues de qué?

ISABEL.

De agradecida.

Dexa esa duda, señor:
no te cueste un sentimiento;
que no hay agradecimiento,
adonde no hay fino amor.

PEDRO.

Las finezas son agravios.

ISABEL.

Mi bien, templa esos enojos,
y satisfagan mis ojos
lo que no aciertan mis labios.

PEDRO.

No he de creerte, cruél.

ISABEL.

Advierte:::

PEDRO.

No estoy en mí.

Salen Don Lucas y Doña Alfonsa, cada uno por su puerta.

ALFONSA.

Don Pedro, ¿qué haceís aqui?

LUCAS.

¿Qué es eso, Doña Isabél?

CABELLERA.

Cayeron en ratonera.

LUCAS.

¿Qué era el caso?

ISABEL.

Señor, fue:::

PEDRO.

Fue, señor::: ¿Qué le diré?

ISABEL.

Era estár quexosa.

PEDRO.

Era,
reñirme ahora tambien,
porque entré con el intento,
que te dixe, en su aposento
esta noche.

LUCAS.

Hizo muy bien.

ISABEL.

Esforcemos la salida. *aparte.*
¿Y á vuestro amor corresponde,
que entre otro, que vos, adonde
yo estuviere recojida?

CABELLERA.

Ya deste rayo escapamos.

ISABEL.

¿Vos dudais, siendo quien soy?
Nadie entra, donde yo estoy.

LUCAS.

Porque no entre nadie, andamos.

ALFONSA.

¡Qué asi este engaño creyó!
Don Lucas, advierte ahora,
que no entró:::

LUCAS.

Callad, señora:
yo sé si entró, ó si no entró.

ALFONSA.

Que creais, me marabillo,
este enojo que fingió.
El la quiere.

LUCAS.

Ya se yo
que la quiere Don Luisillo:
mas yo lo sabré atajar.

ALFONSA.

No es sino:::

LUCAS.

Callad, señora,
que os habeis hecho habladora.

ALFONSA.

Mirad:::

LUCAS.

No quiero mirar.

ALFONSA.

Advierte, señor, que es él.

LUCAS.

Calla, hermana, no me enfades:
haganse estas amistades:
dadle un abrazo, Isabél.

ISABEL.

No me lo habeis de mandar:
que ha dudado en mi opinion.

LUCAS.

Digo, que teneis razon,
pero le habeis de abrazar.

ISABEL.

Por vos hago este reparo.

LUCAS.

Sois muy honesta, Isabél.

ISABEL.

¿Querrá él?

LUCAS.

Sí querrá él:
¿no está claro?

PEDRO.

No está claro.

LUCAS.

¿Cómo no? Viven los cielos:::

PEDRO.

Si aun no tengo satisfecha
una evidente sospecha:::

LUCAS.

Qué sospecha?

PEDRO.

De unos zelos. *aparte.*

ALFONSA.

¿No lo has entendido?

LUCAS.

No.

¿Pues hay otra causa?

ISABEL.

Sí:

que está Doña Alfonsa aqui.

LUCAS.

¿Y estoy en las Indias yo?
Habeis de darla un abrazo
por mí; acabemos por Dios.

ISABEL.

Voy á darsele por vos.

CABELLERA.

Que te clavas, bestionazo.

ALFONSA.

¿Siendo ciertos mis recelos,
cómo mis iras reprimo?

PEDRO.

Agradecelo á mi primo.

Abrazanse.

ISABEL.

Agradecelo á mis zelos.

LUCAS.

Eso me parece bien.

ALFONSA.

Mira, hermano:::

LUCAS.

Ya es enfado:

¿Está el coche aderezado?

ANDREA.

Si, señor.

LUCAS.

Isabél, vén.

ALFONSA.

Diréle, que me engañó,
luego que salga de aqui.

LUCAS.

¿Eres su amiga?

ISABEL.

Yo sí.

LUCAS.

¿Y tú eres su amigo?

PEDRO.

Aun no.

ANDREA.

Hazlos amigos. ¿Qué esperas?

LUCAS.

Vuelvan acá. ¿Dónde ván?

CABELLERA.

Dexalos, que ellos se harán
mas amigos, que tú quieras. *vanse.*

Salen Don Luis y Carranza.

CARRANZA.

Este es Cavañas, señor,

LUIS.

¡Desaliñado lugar!

CARRANZA.

La primer pulga se dice,
que fue de aqui natural.
Aqui han de parar el coche
y la litéra.

LUIS.

Es verdad:
y aqui he de hablar á Don Lucas.

CARRANZA.

Yo pienso, que llegan ya.
¿Pero que intentas decirle,
si le hablas?

LUIS.

Tú lo sabrás.

CARRANZA.

¿Tienes zelos de Isabél?

LUIS.

He llegado á imaginar,
que si anoche (como viste)
habló conmigo, será
poner manchas en el sol,
buscarla en su honestidad.
Demás, que aquel aposento
en que la hallamos, está

poco distante del otro,
y se pudo acaso entrar
en él, oyendo la voz
de Don Lucas.

CARRANZA.

Es verdad,
que él la sintió, quando tú
la hablabas.

LUIS.

Tente, que ya
llegan todos á la puente.

CARRANZA.

¿Qué intentas?

LUIS.

Tú has de llamar
á Don Lucas, y decirle,
que un caballero, que está
por huesped de este aposento,
dice, que le quiere hablar.

CARRANZA.

Voy á hacer, lo que me ordenas.

LUIS.

Con silencio.

CARRANZA.

Así será. *vase.*

LUIS.

Sepa Don Lucas de mí
mi amor: sepa la verdad

de mi dolor ; que no es bien,
donde tantas dudas hay,
ocultar el accidente,
pudiendo sanar el mal.

Sale Don Lucas.

LUCAS.

¿Está un caballero aqui,
que me quiere hablar?

LUIS.

Sí está.

LUCAS.

¿Vos sois?

LUIS.

Sí, señor Don Lucas.

LUCAS.

¿Todavía caminais?
¿Vais en mula, ó en camello?
porque desde ahier acá,
quando os presumo delante,
os vengo á encontrar atrás.
¿Qué me quereis, caballero,
que un punto no me dexais?

LUIS.

Quiero hablaros.

LUCAS.

Yo no quiero,
que me hableis.

LUIS.

Esperad,
que os importa á vos.

LUCAS.

¿A mí
me importa? Pues perdonad;
que con importarme á mí
tanto, no os quiero escuchar.

LUIS.

¿Y si toca á vuestro honor?

LUCAS.

A mi honor no toca tal;
que yo sé mas de mi honra,
que vos, ni que quantos hay.

LUIS.

Dos palabras no me oireis?

LUCAS.

¿Dos palabras?

LUIS.

Dos no mas.

LUCAS.

Como no me digais tres,
lo admito.

LUIS.

Pues dos serán.

LUCAS.

Decidlas.

LUIS.

Doña Isabél
me quiere á mí solo.

LUCAS.

Zas.
Mas habeis dicho de mil
en dos palabras no mas.
Pero ya que se ha soltado
tan grande punto al hablar,
deshaced toda la media,
y hablad mas; ¿pero qué mas?

LUIS.

Señor, yo miré á Isabél.

LUCAS.

Bien pudierais escusar,
haberla mirado.

LUIS.

El sol,
quando con luz celestial
sale al Oriente divino
dorando la tierra y mar,
alumbra la mas distante
flor, que en capillo sagáz
de la violencia del cierzo
guarda las hojas de azár.

LUCAS.

No os andeis conmigo en flores:
señor Don Luis, acabad.

LUIS.

Digo, que adoré sus rayos
con amor tan pertináz:::

LUCAS.

¡Pertináz! Don Luis, quereis
que me vaya ahora á echar
en el pozo de Cavañas,
que en esa plazuela está?

LUIS.

Quisome Isabél; que yo
lo conocí en un mirar
tan al descuido, que era
cuidado de mi verdad;
que quien los ojos no entiende:::

LUCAS.

Oculista, ó Barrabás,
que de Isabél en los ojos
hallastes la enfermedad,
decidme, ¿cómo os premió?
que aquesto es lo principal,
y no me hableis tan pulido.

LUIS.

Premióme, con no me hablar.
Pero en Illescas anoche
con ardiente actividad
la solicité en su lecho:
salió á hablarme hasta el zaguan,
y en él me explicó la enigma

de toda su voluntad.
Dice, que ha de ser mi esposa,
y que violentada vá,
á daros la mano á vos.
Pues, si eso fuese verdad,
¿por qué dos almas quereis
de un mismo cuerpo apartar?
Yo os tengo por entendido,
y os quiero pedir:::

LUCAS.

Callad:
que para esta y para estotra
que me la habeis de pagar.

Dentro Doña Alfonsa.

ALFONSA.

¿Está mi hermano aqui dentro?

LUCAS.

A esta alcoba os retirad:
que quiero hablar á mi hermana.

LUIS.

¿Decidme, en qué estado está
mi libertad y mi vida?

LUCAS.

Idos: que harto tiempo hay,
para hablar de vuestra vida,
y de vuestra libertad.

Sale Doña Alfonsa.

ALFONSA.

¿Hermano?

LUCAS.

¿Qué hay, Doña Alfonsa?

ALFONSA.

Yo vengo á hablaros.

LUCAS.

¡Hay tal!

¡Qué dellos hablarme quieren!
Mas si yo los dexo hablar,
hacen muy bien, en hablarme,
y hago, en oírlos, muy mal.

ALFONSA.

¿Estamos solos?

LUCAS.

Sí hermana.

ALFONSA.

Dí, señor, te enojarás
de mis voces?

LUCAS.

Qué sé yo.

ALFONSA.

Sabes, señor:::

LUCAS.

No sé tal.

ALFONSA.

Que soy mujer:::

LUCAS.

No lo sé

ALFONSA.

Yo, señor:::

LUCAS.

Acaba ya.

Este Don Luis, y esta hermana,
pienso, que me han de acabar.

ALFONSA.

Tengo amor:::

LUCAS.

Tén norabuena.

ALFONSA.

A Don Pedro.

LUCAS.

Bien está.

ALFONSA.

Pero él no me quiere á mí;
porque amante desleal
á Doña Isabél procura
contra mi fe y tu amistad.

LUCAS.

Digo, que no he de creerlo.

ALFONSA.

Ya sabes, que me dá un mal
de corazon:::

LUCAS.

Si, señora.

ALFONSA.

Y tambien te acordarás,
que en Illescas me dió anoche
un mal destos.

LUCAS.

¿Pues qué hay?

ALFONSA.

Sabrás, que el mal fue fingido.

LUCAS.

¿Y ahora quién te creerá,
si te dá el mal verdadero?

ALFONSA.

Importó disimular;
porque Don Pedro, traydor,
juzgando, que era verdad,
dixo á Isabél mil ternezas;
yo entonces quise estorvar
su amor con mi indignacion;
y tan adelante está
su amor, que aun en tu presencia
la requebró.

LUCAS.

Bueno está.

ALFONSA.

Anoche estuvo con ella
en su aposento; y pues ya
llegan mis zelos á ser
declarados, tú podrás

tomar venganza en los dos.
Solicita pues vengar
esta traycion, que te ha hecho,
contra la fidelidad
Don Pedro.

LUCAS.

¡Buena la hice!
¿Mas quién puede exâminar
si quiere á Don Luis, ó á Pedro?
Pero á entrambos los querrá;
porque la tal Isabél,
tiene gran facilidad.
Mas de lo que estoy corrido,
mas que de todo mi mal,
es, que riñendo por zelos,
los hiciese yo abrazar.
Pero á qual de los dos quiere,
ahora he de averiguar;
y si es Don Pedro su amante,
por vida de esta, y no mas,
que he de tomar tal venganza,
que he de hacer castigo tal,
que dure toda la vida,
aun que vivan mas que Adan:
que darles muerte á los dos,
es venganza venial.

ALFONSA.

¿Pues qué intentas?

LUCAS *en voz alta.*

Don Antonio.

ALFONSA.

Sentado está en el zaguan.

LUÇAS *en voz alta.*

Don Pedro.

ALFONSA.

Ya entra Don Pedro.

LUCAS *en voz alta.*

Doña Isabél.

ALFONSA.

Allí está.

Salen Don Antonio, Doña Isabél, Don Pedro, Andréa y Cabellera.

ANTONIO.

¿Qué me mandais?

ISABEL.

¿Qué me quieres?

PEDRO.

¿Qué me ordenas?

LUCAS.

Esperad.

Cabellera, entra acá dentro.

CABELLERA.

Como ordenas, entro ya.

LUCAS.

Cierra la puerta.

CABELLERA.

Ya cierro.

LUCAS.

Dame la llave.

CABELLERA.

Tomad.

LUCAS.

Don Luis, salid.

LUIS *saliendo de la alcova.*

Ya yo salgo.

ISABEL.

Di, ¿qué intentas?

ANTONIO.

¿Qué será

PEDRO.

¿A qué me llamas?

LUIS.

¿Qué es esto?

ALFONSA.

¿Qué pretendes?

LUCAS.

Escuchad.

El señor Don Luis, que veis,
me ha contado, que es galan
de Doña Isabél; y dice,
que con ella ha de casar:
porque ella le dió palabra
en Illescas, y:::-

CABELLERA.

No hay tal:
que yo en Illescas anoche
le ví, á una puerta llamar,
y con Doña Alfonsa habló
por Isabél. ¿No es verdad,
que tú la sentiste anoche?
¿Tú no saliste, á buscar
un hombre con luz y espada?
Pues él fue.

LUIS.

¿Quién negará,
que tú saliste, y que yo
me escondí? Pero juzgad,
que yo hablé con Isabél,
no con Alfonsa.

ALFONSA.

Aguardad:
yo fui la que alli os hablé;
dero yo os llegaba á hablar,
pensando, que era Don Pedro.

PEDRO.

Amor, albricias me dad.

ISABEL.

¿Lo entendiste?

PEDRO.

Si, Isabél.

LUCAS.

Esto está, como ha de estar:
ya está este galan á un lado:
con esto me dexará.
Pues vamos al caso ahora,
porque hay mas que averiguar.
Doña Alfonsa me ha contado,
que traydor y desleal
quereis á Isabél.

PEDRO.

Señor:::

LUCAS.

Decidme, en esto lo que hay.
Vos me dixisteis anoche,
que entrasteis solo á cuidar
por mi honor en su aposento:
con que colegido está,
que de la parte de afuera
lo pudierades mirar.
Mas: os ha escuchado Alfonsa,
ternisimo requebrar,
y satisfacerla amante.

ANTONIO.

Don Lucas, no lo creais.

LUCAS.

Yo creeré lo que quisiere:
dexadme ahora, y callad.
Mas: os hablasteis muy tiernos

en Torrejoncillo. Mas:
quando el coche se quebró
(esto no podeis negar)
tuvisteis un quebradero
de cabeza.

CABELLERA.

¡Hay tal pesar!

LUCAS.

Mas: al llegar á Cavañas
(esto fue sin mas, ni mas)
la sacasteis en los brazos
de la litéra al zaguan.
Mas: desde ahier á estas horas
os miran de par á par,
cantando á un coro los dos
el tono del ay, ay, ay.
Mas: aqui os hicisteis señas,
mas: no lo podeis negar;
pues muchos mases son estos:
digan luego el otro mas.

ISABEL.

Padre y señor:::-

ANTONIO.

¿Qué respondes?

ISABEL.

Don Pedro:::-

ANTONIO.

Remisa estás.

ISABEL.

Es el que me dió la vida
en el rio.

PEDRO.

Y el que ya
no puede ahora negarte
una antigua voluntad.
Antes que tú la quisieras
la adoré: no es desleal
quien no puede reprimir
un amor tan eficaz.

LUCAS.

Calla, primillo, que vive:::
Pero no quiero jurar:
que he vengarme de tí.

PEDRO.

Estrena el cuchillo ya
en mi garganta.

LUCAS.

Eso no:
yo no os tengo de matar:
eso es lo que vos quereis.

PEDRO.

¿Pues qué intentas?

ANDREA.

¿Qué querrá?
Entre bobos anda el juego.

ANTONIO.

¿Qué haces?

LUCAS.

Ahora lo verás.

Vos sois, Don Pedro, muy pobre;
y á no ser, porque en mí hallais
el arrimo de pariente,
perecierais.

PEDRO.

Es verdad.

LUCAS.

Doña Isabel es muy pobre;
por ser hermosa no mas,
yo me casaba con ella;
pero no tiene un real
de dote.

ANTONIO.

Por eso es
virtuosa y principal.

LUCAS.

Pues dadla la mano al punto:
que en esto me he de vengar:
ella muy pobre, vos pobre
no tendreis hora de paz.
El amor se acaba luego,
nunca la necesidad;
hoy con el pan de la boda
no buscareis otro pan.

De mí os vengais esta noche,
y mañana, á mas tardar,
quando almorceis un requiebro,
y en la mesa, en vez de pan,
pongais una fe al comer,
y una constancia al cenar:
y pongais en vez de gala
un buen amor de Milan,
una tela de *mi vida*,
aforrada en *me querrás*:
echareis de ver los dos,
qual se ha vengado de qual.

PEDRO.

Señor:::

LUCAS.

Ello has de casarte.

CABELLERA.

Cruel castigo le das.

LUCAS.

Entre bobos anda el juego.
Presto me lo pagarán,
y sabrán presto lo que es
sin olla una voluntad.

PEDRO.

Hacerme de rogar quiero: *ap.*
Señor:::

CABELLERA.

La mano la da;

no se arrepienta.

PEDRO.

Esta es
mi mano. *Danse las manos.*

ISABEL.

El alma será,
quien solo ajuste este lazo.

LUCAS.

Don Luis, si os quereis casar,
mi hermana está aqui de nones,
y hareis los dos lindo par.

LUIS.

En Toledo nos veremos.

LUCAS.

Ireme de él, si allá vais.

CABELLERA.

Y Don Francisco de Roxas
á tan gran comunidad
pide el perdon, con que siempre
le favoreceís y honrais.

EL HECHIZADO
POR FUERZA.

COMEDIA

DE DON ANTONIO DE ZAMORA.

¡Singulto á mi,
que he nacido capellan
de Parla, que es mas que ser
sacristan de San Torcaz!

ADVERTENCIA.

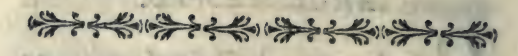
Don Antonio de Zamora, Gentilhombre de la casa de S. M., oficial de la Secretaria de Indias, autor de esta comedia, floreció á principios de este siglo. Fue de agudisimo ingenio, y cultivó las musas con felicidad. Compuso varias comedias, entre las quales esta es la mas célebre. Publicó, viviendo, una coleccion de ellas en un tomo impreso en Madrid. Sus herederos repitieron la impresion en el año de 1774. Fray Juan de la Concepcion, Carmelita descalzo, que murió habiendo pasado al orden de Trinitarios calzados, en la aprobacion que precede á estas comedias, se explica en los siguientes terminos: „En „estas comedias he hallado las invencio„nes raras, pero verisimiles: las trazas „ingeniosas, pero sin violencia: los Prin„cipes introducidos, pero sin desdoro: „los Santos imitados, pero sin desacato: „las mujeres despejadas, pero sin baxe„za: las máxîmas políticas vivas, pero „sin sátira: los chistes agudisimos, pero „christianos: los theatros vistosos, pero „no trahidos: la verdad vestida, pero

,,no manchada: los conceptos frequen-
,,tes, pero no pesados: los versos suaves,
,,pero no inutiles: el estilo propriamen-
,,te poético, pero no afectado: el to-
,,do no con todo lo que debe tener,
,,pero faltandole menos que á los mas."
Esta censura de un sujeto acreditado por su ingenio y sus producciones poéticas, darán siempre honor al nombre de Don Antonio de Zamora.



ARGUMENTO.

Don Luis, tio de Doña Leonor, que debia pasar á Italia, concertó el casamiento de ésta, con Don Claudio, caballero estudiante, y capigorron, que poseia cierta capellania: al mismo tiempo dispuso que Don Diego, igualmente sobrino suyo, hermano de Doña Leonor contraxese matrimonio con Doña Luisa, hermana de Don Claudio. Estimulado éste mas del interes de su capellania, que de las gracias de DoñaLeonor, repugnaba casarse con ella; y no habiendo sido de provecho quantos recursos puso ésta en practica, para hacerle cumplir el contrato, acudió al de intimidarle y hacerle creer, que estaba hechizado, valiendose para esto de la industria de una esclava suya, criolla, llamada Lucia, y del auxîlio del Doctor Carranque, que la galanteaba. Persuadido Don Claudio estár hechizado, consintió en el casamiento. Todo lo demás de la comedia contribuye á la implicacion y movimiento de la accion que se supone en Madrid, y principalmente en casa de Don Claudio, donde vivian igualmente Don Diego y Doña Luisa.



PERSONAS.

DON CLAUDIO.

EL DOCTOR CARRANQUE.

DON DIEGO.

PINCHAUVAS, *vejete.*

DOÑA LUISA.

DOÑA LEONOR.

ISABEL, *criada.*

LUCIGUELA, *esclava.*

PICATOSTE, *criado.*

JUANA, *criada.*

Tres Médicos.

Música.



EL HECHIZADO POR FUERZA.

JORNADA PRIMERA.

Salen Doña Leonor, Doña Luisa y Isabél.

D. LEONOR.

¿Me vió entrar tu hermano?

D. LUISA.

No:

pues aunque tan de mañana
se viste, aún de su aposento

está la puerta cerrada.

ISABEL.

Como es la hora, en que toma
cuenta de lo que se gasta
á nuestro Rodrigo, ahora
estará, desde la cama
ajustandonos la vida.

D. LEONOR.

No quisiera, que llegára
á verme, antes que viniera
el Medico.

ISABEL,

Pues ya tarda:
que es puntualisimo, siempre
que mi señora le llama.

D. LUISA.

¿Por qué, si me galantea,
el ver, que me sirve, extrañas?

ISABEL.

Porque yo conozco á alguno,
que pretende y no agasaja.

D. LEONOR.

En fin, Doña Luisa mia,
¿solicíta cara á cara
tus favores?

D. LUISA.

Si, Leonór:
y de quererme, se pasa,

á zelarme.

D. LEONOR.

¿Eso consientes?

D. LUISA.

Si: porque disimulada,
para divertirme, hago
de su atrevimiento chanza.

ISABEL.

El Doctor Carranque es hombre
de raro filis, y mi ama
debe estarle agradecida.

D. LEONOR.

¿Por qué?

ISABEL.

Por qué, por amarla,
gualdrapa y peluca compra.

D. LEONOR.

Y de fineza tan rara,
¿qué le has dicho?

ISABEL.

¿Qué le he dicho?
Que yo espero ver, que trayga
la mula la cabellera,
y el Medico la gualdrapa.

D. LUISA.

No de Isabél las locuras
oygas.

D. LEONOR.

Antes con su gracia
divierto mi sentimiento.
Mas, dime, ¿cómo se halla
tu hermano Don Claudio?

D. LUISA.

Anoche
no estuvo bueno; y como anda
melancolico estos dias
por las raras circunstancias,
que en ellos ha habido, siendo
tu Don Diego, quien las causa,
se acostó temprano.

D. LEONOR.

Aunque
yo sola la interesada
parezco en el cuento, debe
ser el empeño de entrambas;
pues si tu hermano conmigo,
Luisa mia, no se casa,
mal con mi hermano Don Diego
tú te casarás; pues ambas
bodas ajustó el prudente
consejo de quien las trata.
Y queriendoos con tan nobles
finas reciprocas ansias,
los dos debeis concurrir,
á que se logre mi traza;

porque, si un nudo se rompe,
dos coyundas se desatan.

D. LUISA.

Tú sabes, quanto á Don Diego
estimo, desde que grata
rendí á su ruego la activa
generosa repugnancia
de mi desden. Pero creo,
que son diligencias vanas,
las que emprendes.

D. LEONOR.

Ya conozco
el raro genio, la extraña
condicion y en fin (perdona,
Luisa, aunque seas su hermana)
la terca simplicidad
de Don Claudio. Pero ¿quántas
de esas porfias se vieron
persuadidas ó engañadas
de la industria discursiva,
de la sutileza humana?

D. LUISA.

Nadie mas que yo, Leonor,
por tì y por él se alegrára,
de que el medio se consiga;
pues la cosa que me agrada
mas en el mundo, es un chiste
de habilidad cortesana,

en quien el garbo compite
con la discrecion.

D. LEONOR.

Te engañas,
si piensas, que es chiste, el que es
tan propio empeño del alma.
Que, quando Don Luis mi tio,
antes de pasar á Italia,
trató nuestros casamientos,
mostrase su repugnancia
tu hermano, aun quando me sobran
tantas razones de dama,
fuera desayre, no ofensa;
mas que, estando ya ajustadas
ambas bodas, y el ajuste
público en Madrid, se haya
de arrepentir caprichoso
del contrato y la palabra,
es ofensa y no desayre,
y mas con tan ruin, tan baja
disculpa, como (teniendo
patrimonio que le basta)
no querer dejar la corta
renta, que le rinde en Parla
no sé que capellanía,
por cuyo motivo anda
de habitos largos, metido
á estudianton de la Mancha.

No dudo yo, que en mi boca
es la instancia desayrada,
al ver que ruego; mas quiero
yo repitiendo la instancia,
cerrar la boca á la siempre
mordaz malicia villana,
de quien, al ver, que ha tenido
Don Claudio en mi casa entrada,
discurra, que quiza pudo
averiguar en mi casa
algun algo, que desmienta
los creditos de mi fama.

D. LUISA.

El que el motivo sea justo,
Leonor, si bien lo reparas,
no quita el que sea la empresa,
dificil. Pero tu esclava::::-

Sale Lucigüela á la andaluza, con un clavo en la frente.

LUCIGUELA.

Buenos dias.

ISABEL.

Lucigüela,
á buena hora te levantas.

LUCIGUELA.

Isabél, toca esos huesos.

D. LEONOR.

¿Qué hay, Lucia?

LUCIGUELA.

Que ahora pasa
la calle el Doctor Carranque
acicalado de barba,
punzando con los vigotes
el embozo de la capa.

D. LUISA.

¿Qué te dixo?

LUCIGUELA.

Que al instante
venia, porque pasaba
á una junta, en que le habian
de dar el dinero en natas.

D. LUISA.

No murmures de él, Lucía;
que en efecto soy su dama,
y lo siento.

LUCIGUELA.

Vamos claros:
él es Medico de chapa,
y en su vida ha errado cura.

ISABEL.

¿Por qué?

LUCIGUELA.

Porque siempre mata.
Pero, señora, ¿en qué estado
estamos de nuestra traza?

D. LEONOR.

Ya la he dicho á Luisa, como
valiendose nuestra maña
de la aprehension, con que siempre
vive Don Claudio, de que haya
quien le hechize, pues jamás
mordió pan, que no acabára,
gastó cinta, que no queme,
ni tomó dulce ni alhaja
de mujer, que no conozca,
que uno muerda, y otro trayga;
he pensado, en que, despues
de obligarle cortesana,
(si á mi razon se resiste)
le he de amenazar ayrada
con mi razon y contigo,
de quien (verdad sea ó chanza)
desconfia, pues criolla,
venida de Guatimala,
le has hecho creer, que en las Indias
hacer hechizos es gala,
de suerte, que concurriendo
el Medico, que se halla
pretendiente de marido
con Luisa, á hacerle creer, que anda
hechizado, y tú esforzando
con tus enredos la traza,
(segun es poco avisado)

será posible, que cayga
en el engaño; y ya que
al fin no se logre nada,
¿qué se pierde, en intentar
una accion, que quando salga
á la calle, pasará
por chasco, y no por venganza?

LUCIGUELA.

Como el Medico me ayude,
Doña Luisa me haga espaldas,
tú finjas, Isabél calle,
catale hechizado.

D. LUISA.

Es tanta
la fineza, con que sirve
á Leonor, que por lograrla,
al Medico ha reducido,
á que por su parte haga
espaldas á nuestra industria.

LUCIGUELA.

¿Y quando, para empezarla,
ha de venir?

D. LUISA.

Hoy le espero.

LUCIGUELA.

Pues las manos en la masa
tenemos, señora, no hay
sino echar la red.

D. LUISA.

Pues calla:
que ya de su quarto, á medio
vestir, sale.

D. LEONOR.

En esta quadra
nos entremos, hasta que
sea ocasion, de que salga.

ISABEL.

Con él viene Pinchauvas.

LUCIGUELA.

¿Qué va, que hay en esta sala
montescos y capeletes?

D. LUISA.

Ven, Leonor.

LUCIGUELA.

Andad, muchachas:
que yo os he de hacer mujeres.

Escondense, y sale Don Claudio en cuerpo de jubon, con un rosario en la mano, y Pinchauvas, vejete, en cuerpo.

D. CLAUDIO.

Pues está la cuenta errada,
volvamos á ella.

PINCHAUVAS.

¿Por un
quarto vuelves á tomarla?

D. CLAUDIO.

¿Pues, digo, es moco de pavo
un quarto cada mañana?

PINCHAUVAS.

Sea por Dios.

D. CLAUDIO.

Pan y carne
son treinta, y entra la vaca.

PINCHAUVAS.

No son sino treinta y dos;
pues, porque no sea mala,
doy un quarto mas en libra.

D. CLAUDIO.

¿Quarto de mas? Eso es farda:
que al carnicero le sobra
la sisa sin la alcabala.
Adelante, seo Pinchauvas.

PINCHAUVAS.

Doce maís de ensalada.

D. CLAUDIO.

¿Verde ó cocida?

PINCHAUVAS.

Un cardo es.

D. CLAUDIO.

Los cardos no cuestan nada.

PINCHAUVAS.

¿Cómo?

D. CLAUDIO.

Cociendo las pencas,
que se arrojan en la plaza;
mas vaya por esta vez.

PINCHAUVAS.

Quatro quartos de una carta.

D. CLAUDIO.

No entiendo de esas. ¿Pues tengo
yo de poner de mi casa,
el que á otro se le antoje,
darme desde alla las pascuas?

PINCHAUVAS.

Si es la carta para usted,
¿quién la ha de pagar?

D. CLAUDIO.

Mi hermana.

PINCHAUVAS.

Ya la leyó, y ved, que en ella
os envian quatro cargas
de herrax para los braseros.

D. CLAUDIO.

¿Herrax truxo? vaya en gracia.
Echo las cuentas, y á otra.

PINCHAUVAS.

Onza y media de Oaxaca,
para mezclar.

D. CLAUDIO.

¡Onza y media.

PINCHAUVAS.

Para dos xicaras basta.

D. CLAUDIO.

Y aun para catorce sobra.

PINCHAUVAS.

Si á mí traherlo me mandan,
¿qué he de hacer yo?

D. CLAUDIO.

No traherlo:
cuerpo de Christo con su alma.

PINCHAUVAS.

¿Y si mi ama gusta de ello?

D. CLAUDIO.

Que no guste de ello su ama.

PINCHAUVAS.

Soy mandado.

D. CLAUDIO.

Es un sison;
y á no tener esas canas,
hiciera, que le baxasen
al calabozo del agua.

PINCHAUVAS.

Nadie de los que he servido,
me ha dicho tales palabras.

D. CLAUDIO.

Pues yo soy uno y las digo.

PINCHAUVAS.

Usted, si de mí se enfada,

me ajuste la cuenta.

D. CLAUDIO.

Nolo.

PINCHAUVAS.

Y en pagandome :::-

D. CLAUDIO.

No hay blanca.

PINCHAUVAS.

Me ire con Dios.

D. CLAUDIO.

¿Quién le ha dicho,
que gusta Dios de fantasmas?

PINCHAUVAS.

¿Soy yo esclavo?

D. CLAUDIO.

Ya le he dicho,
que es un sison, y me cansa
ver, que hecho tierra se emplee,
en sisarme las entrañas.

PINCHAUVAS.

Yo soy un Gallego honrado,
y pudiera en toda Hespaña
vender honra.

D. CLAUDIO.

¿Y á esos precios
quién quiere que la comprára?

PINCHAUVAS.

Vive Dios :::-

D. CLAUDIO.

Claro es, que vive.

PINCHAUVAS.

Que á no mirar:::-

D. CLAUDIO.

No mirára.

PINCHAUVAS.

Hiciera :::-

D. CLAUDIO.

Lo que no hace:
que es tener conciencia.

PINCHAUVAS.

Vaya,
que es un miserable.

D. CLAUDIO.

Venga,
que es un sisón.

Sale Doña Leonòr, y quedanse al paño Doña Luisa, Isabél y Luciguela.

D. LEONOR.

¿Pues qué causa,
Don Claudio, tanto os altera,
que asi alborotais la casa?
¿Pinchauvas, qué ha sido esto?

D. CLAUDIO.

¿Doña Leonor, aqui estabais?

D. LEONOR.

Si: aqui estaba; y ya que poco

melindrosa ó poco vana,
me hice el desayre, de entrar
á hablaros quatro palabras,
no me he de ir, sin que me hagais
la lisonja, de escucharlas.

D. CLAUDIO.

Si son en razon de boda,
venis mal.

D. LEONOR.

Ved, que soy dama,
y os suplico, que me oygais.

D. CLAUDIO.

¿Y, digo, sereis muy larga?

D. LEONOR.

Segun vos fuereis atento.

D. CLAUDIO.

Ahora, señor, vaya en gracia,
y se llamaba Lucrecia.
Ola, idos vos noramala,
y en limpiando los vestidos,
entradmelos á esta quadra;
que es dia hoy de refaccion.

PINCHAUVAS.

¡Qué sirva yo á este panarra!
¡O pobreza, á lo que obligas! *vase.*

Al paño Luciguela y Doña Luisa.

LUCIGUELA.

Detras de aquesta mampara

podemos oir, si pega
la intentona.

D. LUISA.

Pues no hagas
ruido, y atiende, Lucía.

D. CLAUDIO.

Ya estamos, como Dios manda.
Doña Leonor, ¿qué se ofrece?

D. LEONOR.

Que escucheis.

D. CLAUDIO.

Ay que no es nada.

D. LEONOR.

Pues quien os habla, soy yo.

D. CLAUDIO.

Bravo puñado de tarjas.

D. LEONOR.

Don Luis de Orozco, mi tio,
cuya nobleza heredada
le dió un mayorazgo en Burgos,
y en Milan una bengala,
viniendo á Madrid (en esta
retirada de campaña)
á sus pretensiones, dió
principio, á que se tratáran
nuestra boda y la de Doña
Luisa Rangél, vuestra hermana,
con mi hermano y su sobrino.

Don Diego, atento á que á entrambas
familias, para vivir
dentro de Madrid, sobraban
en el lustre la nobleza,
y en la herencia la abundancia.
Ajustaronse en efecto
ambos contratos, y á causa
de serle fuerza á mi tio,
dar una vuelta á su patria,
nuestras capitulaciones
dexó, antes de irse, firmadas;
en cuya fe, á vivir juntos
pasamos, siendo esta casa
capaz, de que en sus dos quartos,
baxo y principal, lográra
nuestra union tener mas cerca
de la dicha la esperanza.
Y quando creí, que vos
(atento á lo que ganabais
en mi mano) dieseis priesa,
para vencer la tardanza,
caprichudo, temerario,
necio, loco, huís la cara
á la ventura de ser
mi marido, sin que os valga
mas disculpa, (si es que la hay)
que no querer dexar vaca
una eclesiastica renta,

tan corta, que apenas pasa
de cien ducados, sin ver,
que si por simple os agrada,
quanto vos teneis, es ya
simple por concomitancia.
Dexo de decir las muchas
diligencias, aunque vanas,
que, por vençeros, hicieron
nuestros parientes; y para
no cansaros, voy á que,
como estas cosas sagradas
del honor no son materias,
que las ajusta la espada,
(cuyo reparo á Don Diego
le mantiene, sin sacarla)
á nadie mas que á mí toca,
advertiros cortesana,
(sin que discurrais, que yo
os busco de enamorada,
pues teneis vos de galan,
lo mismo que yo de humana)
que mi punto está mal puesto,
vuestra hermana desayrada,
Don Diego irritado, y vos
sin juicio y todos sin fama;
hasta que al fin, conociendo
vuestro yerro:::-

D. CLAUDIO.

Leonor, basta:
que ya de oíros, estoy,
como Dios quiere las almas.
Mas para que de una via
estos dos mandados se hagan,
Pinchauvas.

PINCHAUVAS *dentro.*

Señor.

D. CLAUDIO.

Los peynes.

PINCHAUVAS *saliendo.*

Ya están aqui.

LUCIGUELA.

El desbarata
ahora, como siempre.

D. LUISA.

Escucha.

LUCIGUELA.

Hijos, buena va la danza,
se dixo en caso como este,
y da el granizo en la albarda;
pero aguardemos al caso.

D. CLAUDIO.

Veme peynando esta mata.

Sientase y ponese la tohalla.

PINCHAUVAS.

La tohalla está como un oro.

D. CLAUDIO.

Peyna, y matame la caspa.
Señora Doña Leonor,
ya habreis conocido en mí,
que yò, á Dios gracias, naci
dos mil leguas del amor.
Jamás por divertimiento,
ni por el bien parecer
hice cosa, y mas mujer,
que es muchas cosas. Con tiento. *á Pinch.*
Es verdad, que yo, engañado,
di un si, que me fue pedido;
mas si en eso ha consistido,
ya digo no, y he enviudado.
Casarme por apetito.
no es cosa; porque en efecto,
en pescandome el coleto,
usque ad mortem. Aspacito. *á Pinch.*
Mi hermana, no me da enfado,
que se quede sin casar;
pues miren, que gran pesar
me hace, en quitarme un cuñado.
Demás de que la Luisica,
ni por todo el mundo entero,
se casará. Majadero, *á Pinch.*
rascame bien, que ahí me pica.
Ya sé, que es la renta mia
corta: mas aqui de Dios:

menor renta teneis vos,
para ser capellania.
Don Diego, que es un pobrete,
no me dará; y si lo intenta,
y me matáre, hago cuenta,
que me he casado. El copete. *á Pinch.*
Yo, en fin, no he de sujetar
mi libertad, á tener
amas que satisfacer,
ni chiquillos que criar;
y pues que por mí y por vos,
hablar en esto, me irrita,
ya que me he peynado, quita. *á Pinch.*
Quedad á la paz de Dios. *Levantase.*

D. LEONOR.

Eso no: que aunque no dexa
ya vuestra voz esperanza,
habeis de oir mi venganza,
pues escuchasteis mi quexa.

D. CLAUDIO.

¿Venganza de mí? Eso es bueno.

D. LEONOR.

Si: porque en ofensa igual,
sin fiarme del puñal,
ni permitirme al veneno,
que la vida han de costaros,
creed, dentro de pocos dias
las fieras ofensas mias.

D. CLAUDIO.

Digo, digo: vamos claros.
¿Cómo es eso?

D. LEONOR.

Como está
en mi arbitrio desde aqui
el que vivais, ó no.

D. CLAUDIO.

¿Si?

D. LEONOR.

Y presto lo vereis.

D CLAUDIO.

Ya.

D. LEONOR.

Y pues sentir es preciso,
Sacando un lienzo, hace que llora.
el que os pierda de esta suerte,
para embarazar la muerte,
aprovechad el aviso. *vase.*

D. CLAUDIO.

¿Qué muerte ó qué haca?

PINCHAUVAS.

Voló.

LUCIGUELA.

Ahora entro yo en mí lugar.

D. CLAUDIO.

Matar: ¿No hay mas que matar?

LUCIGUELA.

No hay mas, como quiera yo.

D. CLAUDIO.

Lucía mia.

LUCIGUELA.

No hay Lucia:
y ved, Don Claudio, que os
hablo de parte de Dios.
Vuestra vida, (si porfia,
vuestro genio contra toda
la atencion de un noble estilo)
está pendiente de un hilo.
Amigo, ó morir ó boda.
Yo, quien os ha de matar,
soy. Mirad, lo que os espera;
que si de hoy pasa, aunque quiera,
no lo podré remediar.

D. CLAUDIO.

¿Pues que hacer podré, indeciso
en un empeño tan fuerte? *llorando.*

LUCIGUELA.

Para embarazar la muerte,
aprovechar el aviso. *vase.*

D. CLAUDIO.

Oye, Lucía. En el pecho
brincos me da el corazon;
mas voy por mi refaccion.

Sale Doña Luisa.

D. LUISA.

¿Hermano, qué es lo que has hecho?

D. CLAUDIO.

Que sé yo, que respondi
á Leonor; y me amagó
Lucía, que lo escuchó.

D. LUISA.

¡Ay desdichada de mí! *llora,*

D. CLAUDIO.

¿Ah Luisa, tú lloras?

D. LUISA.

Siento,
el haberte de perder.

D. CLAUDIO.

¿Qué es lo que dices, mujer?

D. LUISA.

Claudio, ó luto ó casamiento.

D. CLAUDIO.

¿Pues á que miran crueles
estos enojos postizos?

D. LUISA.

A vengarse con hechizos.

D. CLAUDIO.

Pues digo, ¿Somos pasteles?
¡Hechizos á un Licénciado!
¡Linda gracia por mi fe!
Luisa, yo los curaré
todos con papel mojado.

PINCHAUVAS.

Yo solo sé, que la tal
Luciguela es una fiera
enredadora, hechicera.

D. CLAUDIO.

¿Qué sabes de eso, animal?
Pero vamonos de aqui.

D. LUISA.

¿En fin, quando el riesgo ves,
buscas el riesgo?

D. CLAUDIO.

Si.

D. LUISA.

¡Pues
ay desdichada de mí! *vase.*

D. CLAUDIO.

A vencer tanto enemigo,
solamente basto yo.
Mas vive Christo, que no
las llevo todas conmigo.

Vanse y salen Don Diego y Picatoste

PICATOSTE.

¿A casa vuelves?

D. DIEGO.

Procuro,
Picatoste, ver si acaso
logro entrar, á ver á Luisa,
luego que salga Don Claudio.

PICATOSTE.

Mucho temo, que ha de estarse
en casa, como anda malo.

D. DIEGO.

Conforme viniere el viento:
porque él es loco.

PICATOSTE.

No tanto,
como parece; pues dió,
(aunque el matrimonio es santo)
en que mas santo es, no haberle;
y loco, ó no loco al cabo
lo ha conseguido.

D. DIEGO.

No de eso
me hables; porque, aunque tomarlo
debo como de hombre, que hace
gala, de ser mentecato,
no obstante, de Leonor siento
el desayre.

PICATOSTE.

Vamos claros:
¿nada mas que eso has sentido?

D. DIEGO.

Siento, estando enamorado
de Luisa su hermana, haber
de perderla, por el raro
ridiculo genio suyo.

PICATOSTE.

Y bien, ¿en que estado estamos?

D. DIEGO.

En el de que no he podido
hablarla, desde que ayrado,
para cumplir con mi quexa,
le negué el habla á su hermano.
Pero espera: que él (si no
miente el trage estrafalario
de clerizonte Bolonio)
viene por la calle abajo.
¿Qué harémos?

PICATOSTE.

Estarnos quedos
en esta esquina, y en dando
él la vuelta, entrar allá.

D. DIEGO.

Bien has dicho.

PICATOSTE.

Van dos quartos,
que te habla.

D. DIEGO.

Mucho me temo,
segun estoy irritado.

PICATOSTE.

Si aspiras al parentesco,
no mates al mayorazgo,
hasta que le heredes.

Sale Don Claudio.

D. CLAUDIO.

Fiera
tirada hay de aqui al Vicario.
Pero vale Dios, que son
corredores mis zapatos.

PICATOSTE.

Hablando viene entre sí.

D. CLAUDIO.

Pero, ingenio, discurramos
en el caso de hoy.

PICATOSTE.

Paróse.

D. CLAUDIO.

Ahora, señor, vamos claros.
La mujer tiene razon;
porque si yo la engañado
de meche á meche, y por mí
está echando los livianos,
es fuerza, que el panadizo
reviente por algun lado.
En este cuento hay dos cosas:
la una és, que yo soy un asno,
y lo erré; la otra es, que ella
se muere por mis pedazos.
La Leonor es un demonio,
la Luciguela es un diablo;
y esto de decirme Luisa,

(despues de lo que ha pasado)
Claudio, luto ó casamiénto,
me va oliendo á chincharrazo.
Demás de que estas criollas
de la otra parte del charco,
por quitame allá esa boda,
hechizaran á un christiano.
Vive Dios, que el caso es recio.

PICATOSTE.

Acá se viene acercando.

D. CLAUDIO.

Pero allí está el cuñadillo.
Buenos dias, Don Santiago.

D. DIEGO.

Don Diego para serviros.

D. CLAUDIO.

Es verdad; tendre cuidado
para otra vez.

D. DIEGO.

Dios os guarde.

D. CLAUDIO.

El os la dé muchos años.

D. DIEGO.

Gran mozo para pariente.

D. CLADIO.

Bello hombre para cuñado. *vase,*

PICATOSTE.

Allá vayas, y no vuelvas.

D. DIEGO.

Pues no puede ser reparo,
el entrar en nuestra propia
casa, Picatoste, vamos.

PICATOSTE.

Dexame ir delante á mí:
para que á Isabél llamando,
sepa, si puedes entrar.

D. DIEGO.

Dices bién.

PICATOSTE.

A paso largo
va por la calle, que vuela
el domine Licenciado. *vase.*

D. DIEGO.

¡Suerte injusta, quien creyera,
despues de tantos cuidados,
como de Luisa el amor
me cuesta, que por el vano
capricho de un hombre necio,
hubiese de malograrlos!
Mas si porfias undosas
saben ablandar peñascos,
bien podrán quexas rendidas
sobornar pechos ingratos.
Y pues hoy es en mi pena
la primer vez que la hablo,
(despues que cerró la puerta

la repugnancia al contrato)
hoy veré, con qué semblante
me recibe, por si saco
alguna razon, que pueda
servirme de alivio.

Vase, y por el otro lado salen Picatoste é Isabél.

PICATOSTE.

Al caso,
Isabél.

ISABEL.

Desde que no
nos vemos, no nos hablamos.

PICATOSTE.

No es tiempo ahora deso, sino
de que veas, si mi amo
puede hablar á tu señora.

ISABEL.

¡Hablarla! Para eso estamos.

PICATOSTE.

Pero él viene.

ISABEL.

Picatoste,
querer hablarla, es en vano;
porque está hecha un basilisco.

Sale Don Diego.

D. DIEGO.

No estará sino un milagro.

ISABEL.

¿ Señor ?

D. DIEGO.

¿ Isabél ?

ISABEL.

¿ Pues cómo,
despues del ceño pasado,
en que solo tuvo culpa
el pollino de mi amo,
te humanas tanto ?

D. DIEGO.

No creas
en ceños de enamorados,
Isabél ; porque el despecho
parece ira , y es halago.
¿ Qué hace tu ama y mi dueño ?

ISABEL.

Tocandose está en su quarto.

D. DIEGO.

¿ Podré hablarla ?

EL DOCTOR *dentro.*

En el portal
mete la mula , muchacho,
y espera.

ISABEL.

El Doctor es éste;
que como Don Claudio ha estado
malo , viene á verle.

PINCHAUVAS.

En viendo,
que ha salido tan temprano,
se irá.

ISABEL.

No obstante, es preciso
que te escondas, y en entrando,
al quarto de mi ama, salgas.

D. DIEGO.

Bien dices.

PICATOSTE.

Yo por criado
no seré tan conocido;
y así, pián pián me baxo
al portal, aunque me encuentre.

ISABEL.

Ya los tacones de palo
suenan cerca.

D. DIEGO.

¡Que ahora hubiese
de venir este embarazo!

Escondese, y sále el Doctor con capa larga y vueltas de bolillo, y encuentra con Picatoste.

DOCTOR.

Dios sea aqui.

ISABEL.

¿Oh, señor Doctor?

DOCTOR.

¿Niña, quién es este hidalgo?

ISABEL.

Un criado del vecino.

DOCTOR.

¿De Don Diego? Ansias, á espacio.

PICATOSTE.

Y muy servidor de todos
los galanes de este barrio.

DOCTOR.

Bien está.

PICATOSTE.

A Dios, Isabél. *vase.*

ISABEL.

Dá á Lucía mil recados.

DOCTOR.

Mi señora Doña Luisa
¿qué hace?

ISABEL.

Se está tocando.
¿Quieres entrar?

Sale Doña Luisa.

D. LUISA.

¿Isabél?
¿Mas quién está aqui?

DOCTOR.

Quien blanco
de vuestras saetas yace

en los ultimos desmayos.
Pero, si *cognitio morbi*
inventio est remedii, estando
de mi parte lo rendido,
en vos cesará lo ingrato.

D. LUISA.

Señor Don Fabian ¿era hora,
de que nos viesemos?

ISABEL.

Malo
vá esto, si escucha Don Diego.
Pero asi he de remediarlo.
Cierra la puerta donde se escondió D. Diego.

D. LUISA.

¿Qué haces?

ISABEL.

Cerrar esta puerta,
porque entra el ayre colado.

DOCTOR.

Siempre, quando sale el alba,
tirita de frio el campo.
Pero presto vuestros ojos
en los tremores del prado,
quanto egrotaron durmiendo,
subsanaron alumbrando.

D. LUISA.

Dexémos, por vuestra vida,
lisonjas que estimo, y vamos

discurriendo en nuestro empeño.

DOCTOR.

Si ahier os dixe, que no hago
nada en serviros, y os dí
la palabra de ayudaros,
¿cómo hoy dudosa volveis,
á recetar el mandato?

D. LUISA.

Porque no penseis, que tiene
otro motivo, el rogaros,
que concurrais á que crea
mi hermano, que está hechizado;
sabed:::

DOCTOR.

Perdonad, que ignore
la causa, que os ha obligado;
quando á mí, para serviros
me sobra, la de agradaros.

D. LUISA.

Ya por acá está dispuesto
todo quanto es necesario
para el chasco.

DOCTOR.

Hoy daré yo
principio, á lograr el chasco;
pues Don Claudió no está bueno.

Abre D. Diego la puerta de repente, y sacando el medio cuerpo se vuelve á entrar, y el Doctor se altera.

D. DIEGO.

Ya sin duda habrá pasado
al quarto de Luisa; pero
con ella está aqui.

ISABEL.

Oyga, el diablo
del ayre.

D. LUISA.

¿Isabel, qué es eso?

DOCTOR.

¿Cielos, un hombre embozado
no fue, quien abrió la puerta?

ISABEL.

Andar: vióle el Esculapio.

DOCTOR.

¡Fiero empeño!

D. DIEGO.

Poco á poco,
pues es preciso el recato,
volveré á cerrar.

ISABEL.

¡Qué gustes,
de estar en aqueste paso,
con este ayre!

DOCTOR.

¡Ah perra, y quién
te diera docientos palos!
Pero conocerle, es fuerza,
y aun matarle.

Echa mano al puñal.

D. LUISA.

¿Qué os ha dado?

DOCTOR.

Una sincopal de zelos.

ISABEL.

Diaforetico es el caso.

D. LUISA.

¿Estais en vos?

D. CLAUDIO *dentro.*

Pinchauvas,
abre esta puerta.

D. LUISA.

Mi hermano.

DOCTOR.

Disimulémos; cordura.

D. LUISA.

Sacadme de este cuidado.
¿Decid, qué habeis visto?

DOCTOR.

He visto:::

Salen Don Claudio y Pinchauvas.

D. CLAUDIO.

Saca el brasero, muchacho.

PINCHAUVAS.

Se está pasando, señor.

D. CLAUDIO.

¿Don Fabián?

DOCTOR.

¿Señor Don Claudio?

D. CLAUDIO.

¿Cómo tan tarde, sabiendo,
que yo os estaba esperando?

DOCTOR.

Dabame prisa otro enfermo.

D. CLAUDIO.

Señor Doctor, vamos claros:
que no son de perder cada
visítica doce quartos.

DOCTOR.

¿En efecto, qué se ofrece?

D. CLAUDIO.

Deciros, como me hallo
mal dispuesto; porque siento
un *lapsus linguæ* en el bazo,
y en el higado otra cosa,
á manera de entusiasmos.
Estoy triste, que es contento;
y me parece, que traygo
millon y medio de duendes

en el desván de los cascos.
En fin, amigo, yo estoy,
como dicen, espirando
sin saber de qué.

DOCTOR.

Pues puedo *aparte.*
haber padecido engaño,
ò ser de Isabél traycion,
lo que ví, hasta averiguarlo,
obedecer quiero á Luisa.

D. CLAUDIO.

¿Qué os parece, Don Fulano?
¿No respondeis? Pues para eso
me curará mi Lacayo.

DOCTOR.

Esas materias son humos
de algun humorcillo craso,
que mordicante exâspera
los sucos atrabiliarios.
El pulso.

D. LUISA.

¿Isabél, has visto
hombre mas desalumbrado?

ISABEL.

Debe de ser loco.

DOCTOR.

Estotro.

ISABEL.

Si ella supiera el gazapo,
que está escondido : : :

DOCTOR.

La lengua.

D. CLAUDIO.

Digo ; ¿están limpias las manos?

DOCTOR.

Al marcial del guante huelen.

D. CLAUDIO.

No huelen sino á estofado,
del que cenasteis anoche.

PINCHAUVAS.

¿Las cejas arquéa? Malo.

DOCTOR.

Mas mal hay del que pensais.

D. CLAUDIO.

?Qué decís?

DOCTOR.

Que estais muy malo;
porque el volante del pulso,
los ojos desencaxados,
la lengua aspera, el color
pálido, el aliento tardo,
y en las articulaciones
la trepidacion del pasmo
son malas señales todas.

D. CLAUDIO.

Andallo: de esta volamos.
¿Qué vá, que me dán viruelas,
y me hago hastillas á araños?

D. LUISA.

¿Os parece, que podrá
ser este algun resfriado,
que con la cama se cure?

DOCTOR.

Señora, pica mas alto.
Yo tomára por partido,
fuese un dolor de costado.

D. CLAUDIO.

¿Pues, señores, qué he hecho yo
para todo este aparato?

D. LUISA.

¡Ay hermano! que en los mozos:::

D. CLAUDIO.

¿Vivo como un ermitaño,
y me riñes?

D. LUISA.

Bien pudieras
entenderme; que claro hablo.

DOCTOR.

Al Doctor y al Confesor,
señores, se ha de hablar claro.
Sepamos, qué hay.

D. LUISA.

Que quexosa
una mujer, le ha amagado,
con que ha de vengarse de él.

D. CLAUDIO.

Es verdad: mas yo no hago
caso de eso.

DOCTOR.

Pues, amigo,
vos estais maleficiado.

D. CLAUDIO.

¿Malefiqué? Vive Christo,
que si me maleficaron,
haga:::

DOCTOR.

No es ya tiempo de eso:
y mientras yo mas despacio
estudio en esa materia,
traygan de escribir recado,
recetaré una bebida.

D. CLAUDIO.

Desacoto purgas.

DOCTOR.

Quando
lo fuese, en esto consiste,
el ir atajando el daño.
Esta es una agua tipsana,
hecha de hierbas, que un sano

la puede tomar.

D. CLAUDIO.

Pues id,
á recetarmela, al patio:
que ni escrita quiero verla.

D. LUISA.

Yo en casa del Boticario
la enviaré.

DOCTOR.

Buena ocasion
es, para explicar mi agravio: *aparte.*
pues tal purga no ha de haber.

Ponese á recetar.

D. CLAUDIO.

¡Ah vil mujer, en qué estado
has puesto este pobre hombre!
Mas no te irás alabando.

PINCHAUVAS.

¡Qué lástima me hace, el verle!

ISABEL.

No pegó mal el emplasto.

DOCTOR.

Señora, esta bebidilla

Dale un papel.

la ha de tomar muy temprano,
y tomada, haga exercicio
dentro de su propio quarto,
hasta que yo venga. Ingrata, *á D. Luisa.*

en ese papel declaro
mi dolor ; y hasta la vista.

D. LUISA.

¿Isabél , lo has escuchado?

ISABEL.

Si, señora. ¡Hay tal jumento!

D. DIEGO *volviendo á entreabrir la puerta.*

La visita vá de espacio,
y yo::: Mas Don Claudio es éste.

D. CLAUDIO.

¿Ah Doctor, en qué quedamos?

DOCTOR.

En que mañana sabrémos
los hechizos, que os han dado.
Rabiando de zelos voy. *vase.*

D. CLAUDIO.

¡Yo hechizado por ensalmo!
De ésta , la capellanía
vuela con doscientos diablos. *vase.*

PINCHAUVAS.

Voy á acostarle.

D. DIEGO.

Ya puedo
salir.

ISABEL.

¿Señora , veamos,
qué receta es esa?

D. LUISA.

¿Cómo
lo hemos de saber, estando
en latin?

ISABEL.

No creas eso;
porque, segun lo que ha dado
á entender, quexas ha escrito.

D. LUISA.

¿De qué, si atenta le pago
la fineza, que por mí
está haciendo?

D. DIEGO.

¡Qué he escuchado!

D. LUISA.

Pero en su genio no es nuevo,
el estar zeloso.

ISABEL.

Andallo.
Si lo oye Don Diego, aqui
anda la de mazagatos.

D. DIEGO.

Zeloso dixo, ¿Hay mas penas?

Salen Leonor y Luciguela.

ISABEL.

Abre el papel.

D. LEONOR.

Esperando,

á que se fuesen estuve,
para saber, en qué estado
estamos de nuestra industria.

LUCIGUELA.

¿Isabél, tenemos algo
de nuevo?

ISABEL.

Tengo, el que hay un
miedo, que parece quatro.

D. LUISA.

¿Leonor, no es buen sitio éste,
para que hablemos despacio,
en lo que al Medico debo?

ISABEL.

No, señora: en el estrado
estareis mejor.

D. LUISA.

Y allá
podremos reir un rato
de las quexas, que me escribe.

Sale Don Diego cojiendo el papel.

D. DIEGO.

Yo las veré, pues las causo.

D. LUISA.

¡Vos aqui! ¿Cómo, Isabél:::?

ISABEL.

Yo no sé, por donde ha entrado.

D. LUISA.

¡Hay tan raro atrevimiento!

D. DIEGO.

¡Hay tan manifiesto agravio!

D. LEONOR.

¿Qué papel es ese, Diego?

ISABEL.

La receta que ha dexado
el Doctor.

D. DIEGO.

Ya lo verémos.

ISABEL.

Pues leedla y desengañaos.

Lee Don Diego.

Falsa, si quieres saber
la causa de mi cuidado,
preguntala, á quien tenias
dentro de tu propio quarto.

LUCIGUELA.

¿Eso receta? Oyga el diantre.

ISABEL.

Toma, si purga.

D. LUISA.

¿Es encanto,
lo que me sucede, cielos?

D. DIEGO.

Ya, ingrata, has visto:::

D. LUISA.

No osado
prosigas, y ve, que yo
ni ofendo ni satisfago.

D. DIEGO.

Lo uno es verdad, mas pues no
es tiempo ahora, de pararnos
en quexas, sino de que
le haga yo dos mil pedazos:::

LUCIGUELA.

¡Ay mi Doctor! De ésta muere.

D. DIEGO.

Quedate, á llorar su estrago,
ingrata. *vase.*

D. LUISA.

Tenle, Leonor.

ISABEL.

Dexa, que le dé un porrazo.

D. LUISA.

Buena anda la tremolina.

D. LEONOR.

Tras él baxaré, aunque en vano
imagino, reportarle. *vase.*

D. LUISA.

Lucía, vé tú volando,
á detenerle; Isabél,
sigueme tú.

LUCIGUELA.

Lindo paso
de zelos.

ISABEL.

¿Qué dices de esto?

LUCIGUELA.

Que el Doctor es arrojado;
mas guardese de que haya
menester al Boticario.

Vase cada una por su lado.



JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Claudio y Picatoste, como recatandose.

D. CLAUDIO.

Yo, hijo mio Picatoste,
pues no es facil, que nos oyga
nadie de casa, te llamo,
para fiarte mi honra.
¿Vienes de prisa?

PICATOSTE.

No, cierto.

D. CLAUDIO.

Pues tanto el secreto importa,
cerremos aqui.

PICATOSTE.

Cerremos.

Hace que cierra.

D. CLAUDIO.

Hijo, asi Dios te dé gloria,
quando de esta vida vayas,
que me digas una cosa.

PICATOSTE.

Y aun ciento, si las supiere.

D. CLAUDIO.

Vén acá: en quanto á chismosa,
y hablando sin miedo, en quanto
á estupenda enredadora,
¿qué sabes de Lucigüela?

PICATOSTE.

Si no me hubiera ella propia *aparte.*
dicho el cuento, y prevenido,
lo que es fuerza que responda,
de esta se desbarataba
el juego de la tramoya.
Nadie mejor que yo puede
decir de esa picarona
las malas mañas; pues, como
há que sirvo á mi señora
tantos años, he podido
averiguarla las drogas:
demás de que, como yo
al principio quise boda
con ella, y quien galantéa,
todas las acciones ronda,
en pocos dias ví mucho.

D. CLAUDIO.

Dilo, asi Dios te socorra.
De esta suerte sabré, si es
Lucigüela encantadora.

PICATOSTE.

Si dixera ; pero el punto
de hombre de bien:::

D. CLAUDIO.

Dale bola.
No hay punto de bien que valga,
para que no se conozca,
de quien debemos guardarnos.

PICATOSTE.

¿Ofreces callarlo?

D. CLAUDIO.

Oyga.
Digole á usted, señor mio,
que no saldrá de mi boca.

PICATOSTE.

Tragandose vá el anzuelo.

D. CLAUDIO.

Hecho estoy una ponzoña.

PICATOSTE.

Es lo primero creer,
que todas estas criollas
son inclinadas, por uso
á supersticiones.

D. CLAUDIO.

¡Moscas!

PICATOSTE.

Lo segundo es, que Lucía
es hechicera famosa,

con pacto explicito *ad intra*
en la magia negra.

D. CLAUDIO.

¡Toma!

PICATOSTE.

Lo tercero es, que segun
las acciones lo denotan,
no te mira bien Lucía
desde lo de su ama.

D. CLAUDIO.

¡Sopla!

PICATOSTE.

Y lo ultimo, que ella mira,
á hacerte algun daño.

D. CLAUDIO.

¡Soga!

PICATOSTE.

Las pruebas que tengo de esto,
es haber visto, que todas
las noches en su aposento
saca de cierta redoma
un unguento, y despues que
segun su virtud se arroba,
se vá por las vovedillas.

D. CLAUDIO.

¡Jesu-Christo! ¿Y quedan rotas?

PICATOSTE.

No, señor; que es por ensalmo.

D. CLAUDIO.

¿Qué salmo, ni qué salmodia?

PICATOSTE.

Ensalmo es tercera especie
de superticion, que consta
de sanar sin medicina.

D. CLAUDIO.

¿Vale caro?

PICATOSTE.

No se compra.

D. CLAUDIO.

Es que yo de mi dolencia
quisiera sanar sin costa.

PICATOSTE.

Lucía, fue quien chupó el niño
del Letrado, y quien con sola
una voz, de una baraja
de naypes algo roñosa,
hizo, que la sota de oros
requebrase al Rey de copas:
y otras mil cosas.

D. CLAUDIO.

¿Señores,
no hay en el mundo corozas?

PICATOSTE.

Nadie se atreve á acusarla;
pues, si alguno la deshonra,
dará con él en Turquía,

ó le convertirá en mona.

D. CLAUDIO.

Si tú callaste, incurriste.

PICATOSTE.

Eso á sus amos les toca;
mas tambien los tiene á ellos
insensatos.

D. CLAUDIO.

¡Linda moza!
En buenas manos dí yo:
Dios mio, misericordia.

PICATOSTE.

Lo peor es, que hacer suele,
para matar, si se enoja,
hechizos irremediables,
y los hace de esta forma:
que yo por las rehendijas
de la puerta lo ví ahora.

D. CLAUDIO.

¿Quándo, hijo?

PICATOSTE.

Ahora.

D. CLAUDIO.

No doy
por mi vida una alcachofa.

PICATOSTE.

Pone sobre un velador
una lamparilla mohosa,

en quien, quando hace el conjuro,
con las raras ceremonias
de oraciones y visajes,
echa, invocando á Mahoma,
un poco de aceyte negro,
como el color de tu loba.

D. CLAUDIO.

Hermoso atar de rocín,
y atabale por la cola.

PICATOSTE.

Aqui es, segun razon,
quando el dicho pacto otorga
con el familiar, y como
se vá gastando por horas
el aceyte, vá muriendo
el hechizado, de forma
que en ahumando la torcida,
se cae muerta la persona.

D. CLAUDIO.

¿Luego, luego?

PICATOSTE.

Luego, luego.

D. CLAUDIO.

¡Hermosa ayuda de costa!
Pero vamos al remedio.

PICATOSTE.

Ya tragó el cebo: mamóla.

D. CLAUDIO.

¿De suerte, Picatostico,
que ahora, segun lo que informas,
hay lamparilla en campaña?

PICATOSTE.

Anoche la ví á deshora;
porque dispertando al ruido
de unos ahullidos de zorra,
que sonaban, como quando
rechina mucho una noria,
veni, *vidi* & *fugi*.

D. CLAUDIO.

Pues
yo soy (¡el llanto me ahoga!)
el pobre (ah triste dé mí!)
que en muriendo (¡qué congoja!)
la lampara (¡ay, hijo mio!)
ha de (¡mal haya la boda!)
caerse muerto.

PICATOSTE.

Requiescat.
¿Mas por qué esta infame toma
contra tí las armas?

D. CLAUDIO.

Eso,
amigo, pica en historia:
son cuentos largos.

PICATOSTE.

Pues no hay
sino prevenir tus cosas,
y hacer buen animo.

D. CLAUDIO.

¡Qué
desdichada fue la hora,
en que nací! Pero dime,
¿la pobre vida ó la alforja
del hechizado no dura
lo que el aceyte, que moja
la torcida?

PICATOSTE.

Claro está.

D. CLAUDIO.

Luego, si hallásemos moda,
de entrar, quando ella se ha ido,
y echar, sin que lo conozca,
cada noche una panilla,
durará la vida contra
el gusto de la hechicera?

PICATOSTE.

No hay duda.

D. CLAUDIO.

Pues á la obra.
Tú has de entrarme en su aposento.

PICATOSTE.

Primero fuera á la horca.

No hay que hablar de eso.

D. CLAUDIO *arrodillandose.*

Hijo mio,
esta fineza, entre otras,
te he de deber.

PICATOSTE.

Quanto puedo
hacer, si á tanto te arrojas,
es darte la llave y una
reliquia marabillosa.

D. CLAUDIO.

¿Qué reliquia es?

PICATOSTE.

Un hueso
del Catalán Serrallonga. *llaman.*

D. CLAUDIO.

Santo mio::: ¿Mas llamaron?

PICATOSTE.

Sí.

D. CLAUDIO.

Pues vete por esotra
puerta de la despensilla,
hasta despues.

PICATOSTE.

En fin, osas
entrar en el aposento
de Lucía?

D. CLAUDIO.

¿Somos Monjas?

Claro está.

PICATOSTE.

Dios quiera, que
no te quedes por las costas.
Voy, de quanto me ha pasado,
á dar cuenta, porque importa.

Vase Picatoste, y abre la puerta D. Claudio: sale Pinchauvas con una cazuela, y un frasco de vino, y servilleta.

D. CLAUDIO.

¿Quién es?

PINCHAUVAS.

Yo soy.

D. CLAUDIO.

¿Pinchauvas?

PINCHAUVAS.

Ya tienes aqui la polla,
vino, pan y servilleta.

D. CLAUDIO.

Bien venido seas: ponla
en esta mesa; que como
me dan á comer por onzas
con esta cura ó esta haca,
rabio de hambre.

PICATOSTE.

Usted la coma,

que yo atisbaré, si vienen.

Vihuela dentro.

D. CLAUDIO.

Pero escucha, que alli tocan
una vihuela.

PINCHAUVAS.

Isabél,
que se precia de cantora,
querrá solfear.

D. CLAUDIO.

Vé partiendo,
y dexala con su solfa.

PINCHAUVAS.

¿Trincho?

D. CLAUDIO.

Trincha, porque ya
se me hace agua la boca,

Parte la polla Pinchauvas, y mientras canta Isabél, se suspende Don Claudio.

ISABEL *cantando.*

Por los enojos de Arlaja,
beldad de Constantinopla
muriendose está de hechizos
el misero Barbarroja.

D. CLAUDIO.

Todo quanto miro y oygo,
son imagenes, son sombras

de mi desgracia ; mas venga
esa pechuguilla , y corra.

PINCHAUVAS.

No he visto cosa mas tierna.

D. CLAUDIO.

¡Qué no me dexe esta boda,
comer con gusto! Maldita
sea el alma de las coplas.

ISABEL *canta.*

Porque faltó a su palabra,
estando para ser novia,
la va quitando la vida,
como quien no hace tal cosa.

D. CLAUDIO.

Ya escampa, y llueven hechizos.

Sale Isabél huyendo con una guitarra en la mano, y detras Doña Luisa y Juana con un vaso como de purga.

D. LUISA.

Ah infame.

ISABEL.

Tente, señora.

JUANA.

Huye, Isabél.

PINCHAUVAS.

Hácia aqui
se acerca la batahola.

D. CLAUDIO.

Pues no he de darlas ni un hueso.

PINCHAUVAS.

¿Qué es esto? ¿Quién alborota
el quarto de mi señor?

D. LUISA.

Yo soy: nadie se me ponga
delante; que he de matar
á esa picara sin honra;
pues, quando mi pobre hermano
muriendose está, con poca
atencion, donde él la escuche,
canta lo que todos lloran.

D. CLAUDIO.

Yo, Luisa, asi Dios me guarde,
que me hallo como en la gloria;
y ahora iba á desayunarme.

PINCHAUVAS.

Y con una polla sola,
que yo le traxe.

D. LUISA.

Otra infamia.

Pues, esqueleto con gorra,
sabes, que apenas un caldo
pasa de doce á doce horas,
y aún ese, en su hastio, mas
que le brinda, le provoca,
¿y con una polla entera,

en desgana tan notoria,
quieres, que se desayune?
No fuera yo tan dichosa.
Quita esa mesa, vejete;
suelta esa guitarra, loca;
y por no afligirle mas,
agradeced, que no os rompa
la cabeza.

PINCHAUVAS.

Usted perdone.

ISABEL.

Sin causa te desazonas.

D. LUISA.

De música, ni comida
gusta, quien en su penosa
enfermedad solo tiene
el padecer por lisonja.

D. CLAUDIO.

Hermana, por esta cruz :::-

D. LUISA.

Tienes razon, que te sobra.

D. CLAUDIO.

Yo queria :::-

D. LUISA.

No comer,
vas á decir; pues no comas.

D. CLAUDIO.

No es mal chasco, por mi vida.

D. LUISA.

Cazuela, pan y candiota
vayan fuera.

PINCHAUVAS.

Vayan fuera.

D. CLAUDIO.

Este es martyrio de toca.

Vase Pinchauvas, llevandose los trastos.

D. LUISA.

Llega tú ese vidrio, Juana.

JUANA.

Aqui, señora, le tienes.

D. CLAUDIO.

¿Luisa, con esa te vienes?

D. LUISA.

¿No has de tomar la tipsana?

D. CLAUDIO.

¡Tipsana! Bravo regalo,
quando en el mundo hay sorbetes.

D. LUISA.

¡Qué ahun malo no te sujetes!

D. CLAUDIO.

¿Quién te ha dicho, que estoy malo?

D. LUISA.

¿Cómo que no? Esa es mania,
que tu hypocondria fragua.

D. CLAUDIO.

¿Señores, qué tiene el agua

que ver con la hypocondria?

ISABEL.

No mal la desecha se hizo.

D. LUISA.

Mira, que esta es la primer
diligencia, para ver
la eficacia del hechizo.

D. CLAUDIO.

Yo la tomaré, despues
de almorzar á mi sabor.

D. LUISA.

¿Despues de almorzar? ¡Qué error!
Mirala, que linda es.

Sientase tomando el vidrio.

D. CLAUDIO.

¡Qué será, sagrados cielos,
esta bebida cruel!

ISABEL.

Un poco del agua miel,
que sobró de los buñuelos.

D. LUISA.

¿Para quándo son los brios?
Bebela, Don Claudio, ea.

D. CLAUDIO.

Señor, en descuento sea
de tantos pecados mios.
¡Cómo huele!

D. LUISA.

Hacer extremos,
si es preciso, es disparate.

JUANA.

¿Mas que sabe á chocolate?

Levantase Don Claudio.

D. CLAUDIO.

Tomala tú, y lo sabremos.

JUANA.

Tomarla yo, es por demás,
si á mí mala no ves,

D. CLAUDIO,

Pues, para quando lo estés,
tomada te la tendrás,

D. LUISA.

Ya con el delirio empieza
á irritarse. ¡Hay tal trabajo!

D. CLAUDIO.

Tomala, perra: ó te encajo
la tipsana en la cabeza.

D. LUISA.

Modera, Claudio, el exceso
de tus locos procederes.

D. CLAUDIO,

¿Con que en efecto no quieres
tomarla? Pues ahí va eso.

Tira el vaso á Juana.

JUANA.

¡Ay Jesus!

Sale el Doctor.

DOCTOR.

¿Qué ruido es este?

D. LUISA.

Que por mas que se lo diga,
y aun se lo ruegue, no quiso
tomar Claudio la bebida.

ISABEL.

Que hizo pedazos el vidrio.

JUANA.

Y me manchó la basquiña.

DOCTOR.

Eso es ser incorregible;
y nadie sin medicina
sanó hasta ahora.

D. CLAUDIO.

Seo Doctor,
si tengo una hambre canina,
hecha de las dos mitades
de colegio y poesía,
¿he de hartarme de tipsanas
en tiempo de longanizas?

DOCTOR.

Andad, señor: que eso es ya
declararse la manía;
y si dais en ser inquieto,

traheré, para que os corrijan,
tres ó quatro practicantes.

D. CLAUDIO.

¿A mí?

DOCTOR.

Si: á vos.

D. CLAUDIO.

Dale guindas.
Lo mismo será, aunque vengan
los niños de la doctrina:
y usted no se canse, que
por vida de Doña Luisa,
he de almorzar.

DOCTOR.

Sosegaos;
y pues el hambre os irrita,
concertémonos.

D. CLAUDIO.

¿En quanto?

DOCTOR.

En alguna conservilla,
agua y chocolate.

D. CLAUDIO.

Corcho.

DOCTOR.

Pues sean dos higadillas
de polla.

D. CLAUDIO.

Poca manteca.

DOCTOR.

¿Pues qué quereis ?

D. CLUDIAO.

Carne frita;
y alborotaré la casa,
si me baxan de dos libras.

D. LUISA.

Esto es cansarnos en vano.
Demosle, quanto nos pida;
y muerase.

D. CLUDIAO.

Ea, Isabel,
ea, Juana, á la cocina.

Las dos.

Vamos. Mal provecho te haga. *vanse.*

D. CLAUDIO.

Pues demonos maña, hijas;
que allá en mi quarto os espero.
¡Qué! ¿conmigo alincantinas?
Y en quanto á lo culta, no:
si: bucolica thalia. *vase.*

DOCTOR.

Aunque ir tras él, es preciso,
dexa infiel, dexa enemiga,
que de paso mi tormento
salga, á sofocar mi vida.

D. LUISA.

Si le desconfio, temo, *aparte.*
que en la industria no prosiga.

Don Diego y Luciguela al paño.

D. DIEGO.

Avisa, que estoy aqui,
ya que tú acaso subias,
á ver á Luisa.

LUCIGUELA.

Yo creo,
que vienes, segun la pinta,
por atun, y á ver al Duque.

D. DIEGO.

No sin razon lo malicias.
Pero espera: que el Doctor
con ella está hablando.

LUCIGUELA.

¡Chispas!
¿Qué va, qué el Medico ahora
se va como una canilla?

D. LUISA.

Digo, que fue aprehension.

DOCTOR.

Nunca
fueron mis penas ficticias;
y ved, que aunque por vos hago
finezas tan repetidas,
en la seccion de mi enojo,

ninguna es de mas estima,
como irme, sin saber, quien
en vuestro quarto teniais;
porque en fin, como el humor
colérico predomina
en el zeloso, y yo estaba
febricitante de envidia,
en el pulso del cariño
daba latidos la ira.

D. DIEGO.

¿Haslo oido?

LUCIGUELA.

Si: mas esto,
mas que colera, da risa.

D. LUISA.

Creed, que (si ya no es que fuese
ilusion ó fantasia)
escondido algun criado,
(que es curiosa la familia)
daria, viendole vos,
causa para esa malicia;
y que á lo mucho, que os debo,
responderé agradecida.
Y ahora, porque á visitar
baxo á Leonor mi vecina,
quedad con Dios, y cuidado
con la junta discurrida.

DOCTOR.

Mis dos pasantes y un mozo
practicante en cirugia
del hospital general,
para que en el todo os sirvan
estan ya avisados.

D. LUISA.

Pues,
Don Fabian, hasta la vista.

DOCTOR.

Ireme, en viendo á Don Claudio.
¡Qué beldad tan peregrina!
Dios te libre de viruelas,
sarampiones y alfombrillas. *vase.*

D. LUISA.

¿Mas quien está aqui? ¡Qué miro!

LUCIGUELA.

Nosotros. ¿De qué te admiras?

D. LUISA.

¡Pues cómo, señor Don Diego,
estando tan ofendida
de vos, osaís, poco atento,
repetir la groseria,
de hablarme!

D. DIEGO.

No tan ayrada
os jacteis, desvanecida,
de que os busco.

LUCIGUELA.

¿Pues ese hombre,
para que asi le despidas,
hizo mas, que querer darle
al seo Doctor una pisa,
porque no recete quexas,
yendo á dar minorativas?
Y asi que mi ama, y yo
le hicimos dar por vencida
su colera á tu respeto:::-

D. DIEGO.

¿Quién te mete á tí, Lucía,
en hablar en lo que ya
mis desengaños olbidan?
Sabiéndo, que vuestro hermano
no está bueno, y que sería *á D. Luisa.*
en mí poca urbanidad,
rehusarme á esta visita,
á saber, como se halla,
vengo por cortesania,
no por interes.

D. LUISA.

Si es eso
lo que á subir, os motiva,
Lucía, dile á mi hermano,
como, á verle en cortesia,
está aqui el señor Don Diego.

LUCIGUELA.

Yo llamaré á Isabelilla:
que no entiendo de Don Claudio
á solas.

D. LUISA.

¿Por qué replicas,
si aun para eso no querrá
hablar con criadas mias?

LUCIGUELA.

¿Y el recado, que de mi ama
traygo para tí?

D. LUISA.

Ella misma
me le dirá: pues á verla,
voy desde aqui.

LUCIGUELA.

No permitas,
Dios mio, que al tal Don Claudio
le halle con la enfurecida. *vase.*

D. LUISA.

Aqui podeis esperar,
si no venís muy de prisa,
del recado la respuesta;
y á Dios.

D. DIEGO.

Esperad, que aunque iba
sellando el labio á la ofensa,
reventó el dolor la mina.

D. LUISA.

¿Qué intentais?

D. DIEGO.

Quexarme, ya
que solo el pesar me alivia.

Dª. LUISA.

Ved, que vos en esta casa
entrais por cortesania,
no por interes.

DOCTOR *al paño.*

Dichoso
soy, pues aun no se ha ido Luisa.
¡Mas Don Diego! ¡O quien hubiera
oido lo que la decia!

D. DIEGO.

Bueno fuera, que os callase
insensible mi fatiga,
que entrando á veros ahier,
fue fuerza, porque venia
el Médico, que supiera
su intencion y mi desdicha,
esconderme en esa quadra,
y que cerrando advertida
la puerta Isabél, á tiempo
que yo abriendola salia,
vió el vulto:::

DOCTOR.

¡Cómo! ¿Qué usted

rea el de la agachadiza?

D. DIEGO.

Que yo, volviendo á esconderme,
dí tiempo, á que desmentida
la sospecha, ó no vengada,
quando mi hermana subia,
cojiese el papel.

DOCTOR.

¡Ah ingrata
á uno amas, y á otro aseninas!

D. DIEGO.

Ojala, como á él, me hiciese
mi sentimiento cenizas.

D. LUISA.

Don Diego, si yo:::-

D. DIEGO.

¡Turbada
ahora ¡Entonces atrevida!

DOCTOR.

Pues la ocasion y el parage
son unos, colera mia,
juguemosla de su palo,
ya que por la escalerilla,
respeto de estar sin armas,
puedo escapar.

D. DIEGO.

Nada digas;
que pecho todo trayciones,

ha de ser todo mentiras.

Embozase el Doctor, y sale de la puerta, quanto le vea Don Diego, y vase tosiendo.

DOCTOR.

Embozome hasta los ojos,
y haciendo la gigantilla,
salgo y toso.

D. CLAUDIO *dentro.*

Perra, aqui
lo has de pagar, vive cribas.

LUCIGUELA *dentro.*

¿No hay quien me socorra?

DOCTOR.

Alli,
parece, que anda paliza:
mas no importa.

D. DIEGO.

¿Quién tosió?

DOCTOR.

Ahí es una niñeria. *vase.*

D. DIEGO.

¿Qué veo? Un hombre embozado
es, que de esa quadra iba
á salir: darele muerte.

Saca la daga, y entrase tras él.

D. LUISA.

Don Diego, repara, mira.

D. DIEGO.

Quita, aleve; que no siempre
has de embarazar mis iras.

D. LUISA.

¿Qué será esto, cielos? Pero
en el quarto de mi amiga
Leonor, de uno y otro acaso
me encontrará la noticia;
que aqui mi vida se arriesga,
y mi pundonor peligra.

Vase, y sale despues Lucigüela huyendo de Don Claudio con un palo de escoba en la mano, Juana, Isabel, Pinchauvas, y por el otro lado Don Diego con la daga desnuda y la capa terciada.

LUCIGUELA *dentro.*

Que me mata.

D. CLAUDIO.

No haré mas,
que romperte una costilla.

LUCIGUELA.

¡Ay de mí!

D. DIEGO *dentro.*

Cobarde, espera.

D. CLAUDIO.

Mientes, que no soy gallina;
y ahora verás, si sé, ó no,
sacudir el polvo.

LUCIGUELA.

Aprisa.

Los tres.

Tente, señor.

D. CLAUDIO.

¿Qué es tenerme?
Que la he de abrir, por san Dimas,
quatro palmos de cabeza.

LUCIGUELA.

¡Ay Dios, y qué bien temia!

D. DIEGO.

¿Por qué huyes, si ocasionas:::

D. CLAUDIO.

Tenganse aqui á la justicia:
¿Don Diego? *salen.*

D. DIEGO.

¿Don Claudio?

D. CLAUDIO.

¿Hombre,
estais en vuestra camisa?
¿Dónde vais con esa daga
desnuda?

D. DIEGO.

No sé, que diga; *ap.*
pero la accion, en que hallo
á Don Claudio y á Lucía,
me disculpe. Entrando á veros:::-

D. CLADIO.

Ya lo sé todo.

D. DIEGO.

Me avisa
la quexa de esa criada,
su riesgo, y :::-

D. CLAUDIO.

Bien por mi vida.
¿Entrabais á socorrerla?

D. DIEGO.

Claro está.

D. CLAUDIO.

Pues ni una rima
de Don Diegos ha de hacer,
que me sosiegue una pizca;
por que he de matarla.

D. DIEGO.

No es
tan facil, como imagina
vuestro error; que estoy yo aqui.

D. CLAUDIO.

Pues pese á vuestra barriga,
¿por que teneis vos criadas
hechiceras de obra prima?

LUCIGUELA.

¿Eso decís?

D. CLAUDIO.

Bien sabeis,

que me teneis en la espina.

D. DIEGO.

Vuestra locura, á no daros
otra respuesta, me obliga,
que esta. Ve delante.

D. CLAUDIO.

¿Oís?
Pues antes de muchos dias
he de dar cuenta á la Santa,
si es que suelto la maldita:
y ella, vos y Leonor, todos
habeis de ir en retahila.

D. DIEGO.

Está bien. ¿Quién será, cielos,
quién mi sospecha motiva?
Pero esta noche veré,
siendo de mi honor espia,
si hallo luz, que aclare tantas
dudosas nieblas impias. *vase.*

LUCIGUELA.

Bueno queda; pero luego,
con la industria prevenida,
verá, lo que se le espera. *vase.*

ISABEL.

¿Si ahora anda esta tremolina,
qué queda para la noche? *vase.*

JUANA.

La Lucía es brava hija.

D. CLAUDIO.

Pinchauvas.

PINCHAUVAS.

Señor, temblando
estoy, no le dé la tirria.

D. CLAUDIO.

Ven, te daré para el gasto
seis reales en calderilla,
y llamate á Picatoste.

PINCHAUVAS.

Ahora estaba en nuestra esquina.

D. CLAUDIO.

¿En qué estado, santos cielos,
estará la lamparilla?

Vanse y salen Doña Leonor y Doña Luisa.

D. LUISA.

Bien pensado está, Leonor,
el chasco, que le han de dar.

D. LEONOR.

Si nos le ayuda á lograr,
Luisa, el sazonado humor
de Picatoste, no dudo,
que hemos de tener buen rato.

D. LUISA.

Es tan raro mentecato
mi hermano, que sólo él pudo
sujetarse á miedo igual,
y aun de tí me admira, el ver,

que asi te empeñes, en ser
esposa de un animal.

D. LEONOR.

Ya conozco, quan injusto
es mi deseo ó mi error:
mas por salvar el honor,
quiero maltratar el gusto.

D. LUISA.

Yo á ese error agradecida
estar debo, si se advierte,
que el pretender tú una muerte,
me hace posible una vida:
que amo á Don Diego, y sintiera,
que otra su mano lográra,
aunque la fortuna avara,
sin saber de qué manera,
con mil acasos procura
desconfiar su atencion.

D. LEONOR.

Hijos son de su pasion
los zelos de tu hermosura;
y si es verdad, como él dixo,
que en tu quarto su cuidado
un hombre encontró embozado
esta mañana, colijo,
que á tener motivo viene.

D. LUISA.

Bien de mí creerás, que ignoro

quien pudo ser, aunque lloro
la justa causa que tiene;
si bien le desengañó,
(como nos dixo Lucía)
ver, que á nadie hallado habia;
y pues él, quando volvió
á casa, fuerza es que hiciese
público su frenesí,
di, ¿qué te dixo de mí?

D. LEONOR.

¿Qué quieres que me dixese?
Nada: pues solo aturdido,
y con turbadas acciones
cumplió las obligaciones
de todos los que han reñido.
Pisó recio en la escalera,
entró triste, habló turbado,
arrimó la espada á un lado,
arrojó la cabellera:
habló entre sí, suspiró,
sentose á comer sin vida,
dixo mal de la comida,
comió mal, ó no comió:
levantóse, é importuno
salió al punto, á pisar lodos,
despues de reñir con todos,
sin responder á ninguno.

D. LUISA.

¿Qué me cuentas?

PICATOSTE *al paño.*

Ce, señoras.

D. LEONOR.

¿Picatoste?

PICATOSTE.

Si: yo soy.

D. LUISA.

¿Y Claudio?

PICATOSTE.

Con él estoy
en la antesala, ha dos horas:
y vosotras, á estorvar
venis, lo que yo trazé:
pues hasta que el quarto esté
á escuras, no quiere entrar.

D. LEONOR.

Si ese es el inconveniente,
sola esta pieza dexemos:
que luego á acechar saldremos.

PICATOSTE.

¿Está ya á punto la gente?

D. LEONOR.

Ahora lo sabré. Lucía.

LUCIGUELA *al lado contrario al paño.*

Señora.

D. LEONOR.

¿Qué hay por allá?

LUCIGUELA.

Todo prevenido está.

D. LUISA.

Pues mata tú esa bugia,
y cuidado.

LUCIGUELA.

Fia de mí,
y de las que están conmigo.

PICATOSTE.

A Dios, Lucía.

D. LEONOR.

Ven.

D. LUISA.

Ya te sigo. *vanse.*

LUCIGUELA.

Oyes, oyes.

PICATOSTE.

¿Es á mí?

LUCIGUELA.

A tí es.

PICATOSTE.

Pasa adelante.

LUCIGUELA.

Es menester:::-

PICATOSTE.

Di tu intento.

LUCIGUELA.

Que en el primer aposento
le detengas un instante,
mientras cuelgo yo en el mio,
para que vamos seguros,
las tablas de los conjuros.

PICATOSTE.

Está bien.

LUCIGUELA.

De ver me rio,
que aun miedo me pone á mí
lo mismo, que yo trazé;
mas voyme. *vase.*

PICATOSTE.

Pues ya se fue,
voy por él. ¿Estas aqui?

Saca Picatoste á Don Claudio de la mano poco á poco.

D. CLAUDIO.

Si, y entre dos mil desmayos
del susto de verme acá.
¿Y la reliquia?

PICATOSTE.

Aqui está.

D. CLAUDIO.

¿Para quando son los rayos? *ap.*

PICATOSTE.

Al cuello, como tú dices,

te la echo: llegate, pues.

Dale en las narices con la bolsa.

D. CLAUDIO.

Quedito: que eso mas es
colgarla de las narices.
De su gran virtud espero,
que darme auxîlio prometa.

PICATOSTE.

Una piedra es de escopeta *ap.*
en un bolsillo de cuero.
Como tu ingenio previno,
¿trahes la alcuza?

D. CLAUDIO.

¡Hay tal perenne!
Con el aceyte que viene,
puede freirse un cochino.

PICATOSTE.

Pues vamos entrando.

D. CLAUDIO.

¿Y tú
no has de acompañarme? di.

PICATOSTE.

A enseñarte el quarto, si.

D. CLAUDIO.

¿Y despues?

PICATOSTE.

Un bercebú.

D. CLAUDIO.

Pues no por eso el valor
del empeño ha de cesar:
persinome para entrar,
y encomiendome al Señor,

PICATOSTE.

Pisa quedo.

Vanse por un lado, y por el contrario salen Lucigüela, Isabél, Juana y otras mujeres, y van colgando algunas pinturas de mascarones, sierpes y otras cosas ridiculas; y poniendo en medio un velador y en él una lamparilla, se esconden en diciendo los versos.

LUCIGUELA.

Pues ya es bien,
colgar aqui estas pinturas,
cuyas extrañas figuras
espantoso horror le den,
demonos prisa.

ISABEL.

Cada una
la suya cuelgue de un clavo.

JUANA.

Tu raro discurso alabo.

LUCIGUELA.

De mi ama la fortuna
estriba, en que se consiga.

ISABEL.

A disfrazar y á esconder.

JUANA *y mujer.*

¿Nosotras qué hemos de hacer?

LUCIGUELA.

Lo que Isabelilla os diga.

JUANA.

¿Pongo la lampara aqui?

LUCIGUELA.

Si, mi Juana.

ISABEL.

Ruido suena.

LUCIGUELA.

¿Truenos, estatua y cadena
están prevenidos?

Las tres.

Si.

LUCIGUELA.

Pues vamonos; que despues
Picatoste pasará
por esotra puerta acá.

JUANA.

Ya hay moro en campaña.

Vanse y salen Picatoste y Don Claudio.

PICATOSTE.

Esta es
de Luciguela sin fe,
Don Claudio, la habitacion.

D. CLUADIO.

¡Valgame Dios! ¡Qué mansion
tan como que sé yo que!

PICATOSTE.

¿Qué te parece?

D. CLAUDIO.

Lo mismo,
que en Salazar dicho admiran:
boca es por donde respiran
las gargantas del abismo.

PICATOSTE.

El hueco de esta escalera
sea tu escondite hoy:
que yo allá fuera me voy.

D. CLAUDIO.

¿Alla fuera? Guarda fuera.

PICATOSTE.

No hables de eso. ¿Pero ya
no ves la lampara alli?

D. CLAUDIO.

¿Y no miras (!ay de mí!)
á la escasa luz que da,
pintadas dos mil visiones
de diablos y matachines?

PICATOSTE.

Trastos son espadachines,
para tentar san Antones.
Su espiritu los gobierna.

D. CLAUDIO.

De distinguirlos no acabo.

PICATOSTE.

Para eso tengo aqui un cabo,
que sobró de la linterna.

D. CLAUDIO.

Enciendele en dos instantes.

PICATOSTE.

¡Si apagase la luz yo!

D. CLAUDIO.

Mira lo que haces, no
me mates antes con antes.

Enciende una cerilla, y va con ella Don Claudio reparando en todas las pinturas.

PICATOSTE.

Vesle aqui.

D. CLAUDIO.

¡Lindo retablo
el de esta figura es!
Yo conozco un Ginovés,
que se parece á este diablo.
Aqueste es un mascaron
con mil vestiglos horrendos,
y ésta una sierpe: ¡estupendos
santazos de devocion!

PICATOSTE.

Mientras haciendo visages

los mira , escurrir intento. *vase.*

D. CLAUDIO.

Cierto que el tal aposento
parece quarto de Pages.
Una danza aqui se alcanza
á vér, aunque no muy bien,
de borricos; yo sé, quien
pudiera entrar en la danza.
En Arabigo á ver , llego,
en todas letras sin fin:
si estuvieran en Latin,
lo entendiera como en Griego.
Pero Picatoste infiel
se escapó sin mas , ni mas.
Ea , ahora es ello.

Al paño Luciguela, Isabél y las demás.

LUCIGUELA.

Detrás
os quedad de este cancél;
que yo sola he de salir.

D. CLAUDIO.

Miedo , tu rigor modera;
pero allá vá la aceytera.

Saca una alcuza.

LUCIGUELA.

Hijas , ver , callar y oír.

D. CLAUDIO.

Lampara descomunal,

cuyo reflexo civil
me vá á moco de candil
chupando el olio vital:
en que he de vencer me fundo
tu traydor influxo avieso,
velis, *nolis*; pues para eso
hay alcuzas en el mundo.
Otra panilla por mí arda;
y aunque tan ayrada estás,
si vivo ocho dias mas,
¡ay de Lucía!

LUCIGUELA.

¡Ay de tí!

Suena dentro una cadena, y asustase D. Claudio, y suelta la aceytera.

D. CLAUDIO.

Valgame aqui la piedad
de Diaconos, Exôrcistas,
y los quatro Evangelistas,
Fé, Esperanza y Caridad.

D. Luisa y D. Leonor al lado contrario.

D. LUISA.

Ya la cadena sonó.

D. LEONOR.

Llega sin ruido.

LUCIGUELA.

Pues ya
temblando de miedo está,

ahora sí que entro bien yo.

D. CLAUDIO.

Apenas acierto al cuello;
pero ya el bolsillo hallé:
escondome, y por lo que
tronáre, alcuza, y á ello;
que aunque el aceyte he vertido,
algo en ella habrá quedado.

Levanta la alcuza que se ha caído.

¿Pero qué es esto?

LUCIGUELA.

Cuidado
con la estatua y el vestido.

LUCIGUELA *cantando.*

Oh vosotros comuneros
genios, que ayrados vivís
el diabólico desván
del postrer zaquizamí,
venid, pues, rompiendo el ayre,
al encantado Jardín
de Falerina, en quien es
Asturiano Paladín
Don Claudio, ese miserable
Eclesiastico adalid.
La Magica Luciguela
os llama; ¡No venís!

MUSICA.

Sí.

D. CLAUDIO.

¿Eso tenemos ahora,
si venís, ó no venís?

LUCIGUELA *cantando.*

¿Adónde, pues, de Don Claudio
la estatua teneis?

Las tres.

Aqui.

PICATOSTE.

Y yo detrás de ella, para
dar mas fuerzas al ardid.

Salen Isabél, Juana, y otra mujer en el mismo trage con velos y hachas negras, y sacan una estatua que imite á Don Claudio, y detrás Picatoste escondido.

D. CLAUDIO.

Justicia del Cielo: ¡Aquel
no soy yo! sí, voto á cris.
¿Pues qué quiere hacer conmigo
esta mujer, entre mil
demonios que se la lleven?

LUCIGUELA *cantando.*

Ea, pues, chisgarabís
protodiablo, pues te ayudan
pie de gallo y zascandil,
la ultima experiencia hagamos,
pues nos llegamos á unir,

de la Nigromante cueva
en el tragico sibil,
de si ha de casarse ó no,
para dexar de morir,
con Bradamante Rengél,
aliás Leonor.

D. CLAUDIO.

¡San Dionís!

Las tres.

¿Qué aguardas, si á tu obediencia
nos tienes?

LUCIGUELA.

¿Empiezo?

Las tres.

Sí.

D. LEONOR.

Luisa, ¡quál está su alma!

D. CLAUDIO.

¿Señor, esto consentís?

LUCIGUELA *cantando.*

Don Claudio, cuyo error
ha venido á Madrid
á casarse en romance,
y á enviudar en latin,
de paz á hablarte viene
Lucigüela gentil,
peynando de culebras
la endemoniada crin,

los partidos escucha:

LAS TRES *cantando.*

para que, al elegir,
mueras, si dices no,
vivas, si dices sí.

LUCIGUELA *cantando.*

Las vistas que te esperan
son un medio escarpin
y un jubon de xerguilla
aforrado en terlíz;
los dulces y el refresco
serán en el festin
una libra de aloja
y una azumbre de anís.

LAS TRES *cantando.*

Del dote no te se habla;
porque, para lucir,
nunca podrán faltarte
veinte maravedís.

LUCIGUELA *cantando.*

Todo este bien te aguarda;
mas si galan civil
la desprecias, por ser
Cura en Vacia Madrid,
quando te calaberes,
serás con triste fin
pie de cruz, si ahora eres
figura de tapiz;

resuelvete, y sea presto.

LAS TRES *cantando.*

Porque en este confin,
el deshecho hymenéo
se trueque en parce mi.

D. CLAUDIO.

¿*Parce mi*? Esa es parda;
porque yo he de vivir,
aunque le pese al diablo.

D. LEONOR.

Luisa, en mi vida ví
chiste de mejor gusto.

D. LUISA.

Espíritus, ¿qué decís?
¿Qué ha respondido?

Las tres.

Nada.

PICATOSTE.

Ya responderá. *aparte.*

LUCIGUELA.

En fin,
ser esposo no quieres,
para vivir feliz,
de Doña Leonor?

PICATOSTE.

Nones.

Mueve la estatua la cabeza á un lado y á otro.

D. CLAUDIO.

Ah buen hijo, eso sí.
Si acierta, á decir pares,
le doy con un mentis.

LUCIGUELA.

La estatua, lo que él
hubiera de decir,
dixo; mas para que
de trato tan ruin
Bradamante se vengue
de este Rugero vil,
en tono que adormece
los sentidos, decid:

LAS QUATRO *cantando.*

¡Ay Domine infelíz!
porque si no te velas,
te han de velar á tí.

D. CLAUDIO.

Esto es malo; mas, cielos,
desde que llegué á oír
el tono, un trasudor
me ha dado en la naríz.

LAS QUATRO *cantando.*

¡Ay Domine infelíz! &c.

D. CLAUDIO.

¿Ansias, qué mal es éste,
que no sé distinguir,
si vá por *musa musæ*,

ó vá por *quis vel qui*?

LAS QUATRO *cantando.*

¡ Ay Domine , &c.

LUCIGUELA.

Pues ya en su estatua muere;
quitemosla de ahí,
y apagando de un soplo
la luz de aquel candil,
demos con él en tierra.

Ván retirando la estatua entre las tres, y al llegar Lucigüela á soplar la luz, la agarra Don Claudio.

D. CLAUDIO.

Vestiglo femeníl,
eso no.

LUCIGUELA.

Suelta.

D. CLAUDIO.

Agarra.

LUCIGUELA.

Y á ese asombro , que ví
en tu pecho , agradece
á mi impulso no ir
volando hasta la gruta
del Magico Merlin.

Las quatro.

¡Qué asombro!

LUCIGUELA.

¿No me sueltas?

D. CLAUDIO.

No; que soy contra tí
Licenciado de presa.

LUCIGUELA.

Pues hombre valadí,
mi aliento empañe el velo
del celeste zafir:
tronad, tronad, esferas.

Truenos dentro, cae Don Claudio, y escondense las quatro, y salen Doña Luisa y Doña Leonor.

D. CLAUDIO.

Muerto soy (¡ay de mí!)

LUCIGUELA.

Escapemos ahora.

D. LEONOR Y D. LUISA.

¿Quién se quexaba ahí?

D. LEONOR.

Don Claudio.

D. LUISA.

Hermano.

D. CLAUDIO.

¡Ay
que me he muerto un perníl!

Sale Don Diego con valona caída, espada, y broquel en la mano.

D. DIEGO.

¿Quién se atreve en mi casa:::?
¡Mas qué veo!

LUCIGUELA *dentro.*

Venid,
que en su quarto se oculta.

D. DIEGO.

¿Vos sois?

D. CLAUDIO.

Ya no soy, ni
seré de aqui adelante.

Salen Lucigüela, Picatoste, Isabél y Juana.

LUCIGUELA.

Aqui está.

PICATOSTE.

Bien decís.

ISABEL.

Levantemosle.

LUCIGUELA.

Alzad
del suelo, Juan Guarin.

D. CLAUDIO.

Quitadme allá esa perra;
que ella me ha puesto asi.

D. DIEGO.

¿No sabrémos, qué ha sido?

LUCIGUELA.

Que por lo que hoy reñí

con él, entró á matarme,
y por querer seguir
mi fuga, tropezó.

D. DIEGO.

Es muy mal hecho, y:::

D. CLAUDIO.

Miente, asi Dios me guarde.

D. LUISA.

¿Hermano, qué sentís?

D. CLAUDIO.

El que si no me velo,
me han de velar á mí.

D. LEONOR.

Mil disparates dice.

D. DIEGO.

¿Quién diablos á vivir
traxo conmigo este hombre?

D. CLAUDIO.

Llevenme por San Gil
á la cama, y sabed:::

D. LEONOR.

Logróse.

LUCIGUELA.

¡Hay tal mastin!

TODOS.

¿Qué?

D. CLAUDIO.

Que si no me velo,
me han de velar á mí.

JORNADA TERCERA.

Salen Isabél, Doña Leonor y Doña Luisa.

D. LUISA.

¿FUese el Doctor?

ISABEL.

Ya se fue;
y aunque vino hecho un Nerón,
se fue mas blando que un guante.

D. LUISA.

Sin duda sabe el amor
de Don Diego.

ISABEL.

Ahí fica ó punto;
porque desde que le oyó,
darte quexas, ha creído,
(como cree en la Fé de Dios)
que el escondido fue él.

D. LUISA.

Logrese nuestra intencion,
y diga, lo que dixere.

D. LEONOR.

¿Y en efecto, en qué quedó
cerca de la junta?

ISABEL.

En que,
cumpliendo su obligacion,
vendrá con sus dos Pasantes,
y el Practicante Muñoz,
(que ha sido criado suyo)
á hacerle creer al simplon
de mi amo, que está en parage,
de darle la Extrema-Uncion.

D. LEONOR.

¿Y Lucía?

ISABEL.

Allá en mi quarto.
Como dixo mi amo, que hoy,
para divertirse, quiere
comer en San Blás al Sol,
me pidió, que la dexase
el vestido de color
que ha de llevar.

D. LEONOR.

Algun nuevo
embuste traza, aunque yo
pienso, que no es menester.

D. LUISA.

Es verdad, que la invencion

de anoche, casi le ha hecho
creer, que es verdad, lo que vió.

ISABEL.

Si él no se casare, quiero
quemar mis libros.

D. LEONOR.

Mi honor
y el amor, que Luisa tiene
á Don Diego, en esto son
quien se interesan.

D. CLAUDIO *dentro.*

Pinchauvas,
sacame á este corredor
el recado de escribir.

D. LUISA.

Claudio es éste.

D. LEONOR.

Ya nos vió.

D. LUISA.

¿Pues qué harémos?

D. LEONOR.

Esforzar
con nuestra conversacion
su engaño.

Don Claudio, y Pinchauvas al paño.

D. CLAUDIO.

¿Oyes no es aquella
Leonorcilla?

PINCHAUVAS.

Como soy
corto de vista, no bien
la encandilaré.

D. CLAUDIO.

Hablador,
ponte gafas.

Ponese anteojos Pinchauvas.

PINCHAUVAS.

Aun no alcanzo.

D. CLAUDIO.

Pues subete otro escalon.
¿Es ella?

PINCHAUVAS.

No la distingo

D. CLAUDIO.

Daca esas gafas, bribon,
que yo soy mas alto, y puedo
descubrir campo; to, to,
ella es, y está con Luisa.
Diréle en resolucion,
lo que hace al caso.

ISABEL.

A la puerta
escuchando se quedó:
¿En qué pensais?

D. LEONOR.

Esto importa,
para engañarle mejor.

Aparte con Doña Luisa.

D. LUISA.

Mucho, Leonor, he sentido,
que una vez que declaró
mi amor su quexa, te halle
tan de parte del rigor.
Nadie mas, que yo, ha culpado
la injusta desatencion
de Don Claudio, en no casarse;
pero que él haga un error,
no es causa, para que tú
hagas una sinrazon,
y sinrazon que le cuesta
la vida; pues al rigor
de su mal ha de perderla.

D. CLAUDIO.

¡Miren la buena intencion
de mi hermana!

D. LEONOR.

Aunque pudiera,
para cumplir con los dos,
negar, que le doy la muerte,
no lo he de hacer; porque son
tan publicos mis agravios,
que para que hagan menor

mi ofensa, es precisa esta
pública satisfaccion.
Yo soy, quien su ruina trazo,
Lucía, quien le hechizó,
y él quien ha de morir.

D. CLAUDIO.

Eso,
como quisiere el Doctor.

D. LUISA.

Ya es esa mucha osadía.

D. CLAUDIO.

¡Ah buena Luisa!

D. LUISA.

Y no,
porque él sea un simple:::

D. CLAUDIO.

Es mentira.

D. LUISA.

Has de hacer ostentacion
de su riesgo.

D. LEONOR.

El tambien hizo
gala de mi deshonor.

D. CLAUDIO.

Yo no debo nada á nadie,
como debo mi alma á Dios.

D. LUISA.

Pues ya que has dado, en hacer

tema de lo que es rigor,
no faltará, quien por él
vuelva.

D. LEONOR.

¿Quién?

D. CLAUDIO.

La Inquisicion.

D. LUISA.

Su misma inocencia; y vamos
de aqui, Isabél: que no estoy
para oír locuras.

D. LEONOR.

Mira,
que hablas conmigo, y que no
sufro atrevimientos.

D. LUISA.

Pues
ya está dicho.

D. CLAUDIO.

Esto voló.

D. LEONOR.

Quien pensare:::

D. CLAUDIO.

¡Ah caballeros,
asi mi reputacion
se ariesga! ¿Qué es esto?

D. LEONOR.

Nada,

habiendo llegado vos.

D. LUISA.

Mucho, habiendo tú venido.

D. CLAUDIO.

Luisa, desde aquel rincon
(testigo de ello Pinchauvas)
oi todo lo que pasó,
y lo de la callejuela.

D. LEONOR.

Y bien, ¿qué decís?

D. CLAUDIO.

Que sois
una mujer infernal,
y que ha un mes, que estoy por vos
con el alma entre los dientes.

D. LEONOR.

Si no fuerais vos traydor,
no fuera yo vengativa.

D. CLAUDIO.

Ea, Isabél, expulsion:
exi foras, Pinchauvas.

Los 2.

Voyme, pues lo mandas.

D. CLAUDIO.

Ox:
porque quisiera tratar
con Leonor una qüestion,
párrafo *De maleficiis.*

D. LUISA.

Yo tambien, Claudio, me voy.

D. CLAUDIO.

Luisa, por lo que tronare,
no es malo, que estemos dos:
y toma un abrazo, porque
te has portado con valor.

D. LEONOR.

¿A qué aguardais?

D. CLAUDIO.

Escuchad
un puntico del sermon.

D. LEONOR.

Harto será, que la risa
no me desmienta el furor.

D. CLAUDIO.

Señora, yo soy un hombre
tan como Dios me crió,
que diré mi sentimiento
al gallo de la Pasion:
y asi perdonad, que os diga
lo que siento. Vos, Leonor,
porque con vos no he querido
contraher desponsacion,
me habeis hechizado adrede
por la imaginaria, y por
la enormísima despues,
y luego por un monton

de cosas, siendo Lucía
la que sin ton, ni sin son
me hechizó, y hechizará
al padre que la engendró;
porque ella, y toda su casta,
toda su generacion
y toda su descendencia
han sido, serán y son
hechiceros lamparistas
del aceyte de Astarot.
Decir por fas, ó por nefas,
que me case en conclusion,
es cosa, que no se hiciera
ni con el Cid Campeador.
Morirme de parte á parte
yo, sin tener mal humor,
por vuestro gusto y gustillo,
es estelionato, y soy
yo mucho hombre, para que
me muera sin sarampion.
Y pues *ya la lamparilla*,
con que *allá* en el obrador
de Lucía me haceis ayre,
estará sin algodon,
Doña Leonor, yo hallo un medio,
de que sin que demos hoy,
que hacer al diablo, seamos
amigos á parte *post*;

y es, que para vuestro dote
eche yo alguna pension
sobre mi Capellanía,
y tendreis de dos en dos
novios asi asi, que vengan
á tomar la colacion.
Miradme, asi Dios os guarde,
por vuestra contemplacion,
hecho un almario de huesos,
con romatismo y con tós.
¿No os dá lastima, que un hombre,
que gracias á Dios vivió
sano como una manzana,
y gordo á fuerza de arroz,
se haya de morir en seco?
¡Fiera cosa! Ea, Leonor,
pelitos á la mar, y haya
dulzayna, agua de limon,
y almondiguillas que canten,
para que mi succesor
sea vuestro novio, y por mí
se case á plana y renglon.
¿Qué respondeis?

D. LEONOR.

A tan necia
infame proposicion
ya respondí.

D. CLAUDIO.

¿A quién?

D. LEONOR.

A Luisa.

D. CLAUDIO.

Qué fué, que se me olbidó?

D. LEONOR.

Que habeis de morir.

D. CLAUDIO.

¿Mujer,
sabes, que si cuenta doy
á mi Cabildo, te ha de
cantar una excomunion?

D. LEONOR.

Nada de eso me persuade.

D. CLAUDIO.

¿Nada? Ni el saber que estoy
ordenado de tonsura,
que soy clerigo menor,
y traygo aqui una corona
redonda como un melon?

D. LEONOR.

Don Claudio, no nos cansemos;
que si esperais de mi voz
consuelo, no hallareis otro,
que, ó boda, ó Kyrie eleyson.
Quexaos, acusadme, haced,
quanto sea en vuestro favor,

que, quando acudan, ya habreis
vos dado cuenta al Señor. *vase.*

D. CLAUDIO.

Por vida de:::

D. LUISA.

Aguarda, hermano.

D. CLAUDIO.

Luisa, dexame, aunque muera,
darla cien coces siquiera,
como del codo á la mano.

D. LUISA.

Repara, que es indecente,
que á una mujer, que has amado,
ajes de caso pensado.

D. CLAUDIO.

Pues ajarla de repente.

Sale Isabél.

ISABEL.

¿Señora?

D. LUISA.

¿Qué hay, Isabél?

ISABEL.

Que ya los quatro Doctores
están en casa.

D. CLAUDIO.

Señores,
de esta daré yo la piel.

D. LUISA.

Pues, á que la junta se haga,
vamos, antes que sea hora
de ir al campo.

ISABEL.

Vén, señora.

D. CLAUDIO.

Digo, Luisa, ¿y quién los paga?

D. LUISA.

Yo.

D. CLAUDIO.

Eso vaya; porque ya
no se há de lograr de mi
ni un solo maravedí;
pero vamos hácia allá;
que quiero, en la dicha junta
oír lo que dice Galeno;
porque no me siento bueno
de anoche acá.

D. LUISA.

Voy difunta.

D. CLAUDIO.

¿De qué?

D. LUISA.

De que no has tomado
elcasarte por partido. *vase.*

D. CLAUDIO.

Si he de morir de marido,

lo mismo es asi, que asado.

ISABEL.

¿Por postre, te has de casar
con ella?

D. CLAUDIO.

Aun está por ver;
aunque pienso, que ha de ser
preciso, el enmaridar.

Vase, y sale el Doctor, los dos Medicos, el Practicante y Luciguela.

DOCTOR.

Toma este papel, Lucía:
pues en él los polvos ván.

D. LUISA.

¿Y de qué son?

DOCTOR.

De la hierba
coloquintida oriental,
cuya virtud es, dar hipo:
y si la pueden echar
en caldo, ó en chocolate,
mucho mejor.

LUCIGUELA.

Bien está.

DOCTOR 2.

Nosotros, pues se ha dispuesto,
el que nos salga á escuchar,
harémos la cama al cuento.

LUCIGUELA.

¿Y á quién se los he de dar?

DOCTOR.

A Isabél, por si pudiere
hacer la droga en San Blás,
donde hoy vá á comer.

LUCIGUELA.

Ya entiendo;
y pues Luisa sale acá,
y con ella ha de venir
á la Sala Doctoral
el Hechizado por Fuerza,
á Dios; que voy á entregar
á Isabél los polvos: de esta
se le lleva Satanás. *vase.*

DOCTOR.

Ea, señores, cuidado
con lo dicho.

Sale Doña Luisa.

D. LUISA.

¡Don Fabian
¡Señores! En hora buena
vengais, esta casa á honrar.

Los tres.

Besoos los pies.

DOCTOR.

Su semblante
es de mi pena cordial.

D. CLAUDIO *al paño.*

Desde aqui podré oír lo que
dice de mi enfermedad
el Proto-Martyrologio
de esta salud clerical.

MEDICO 2.

Señora, á esotro aposento
por un rato os retirad,
mientras se confiere.

D. LUISA.

A nada
imagino replicar:
quedad con Dios. ¡Ay Don Claudio,
y qué malograda edad! *vase.*

D. CLAUDIO.

Quatro son las tres Marias.

DOCTOR.

Ea, señores, tomad
asientos; y yo, que sé
el mal estado, en que está
la enfermedad de Don Claudio,
hablaré primero.

Los tres.

Andad.

D. CLAUDIO *sentandose.*

Dios ponga tiento en tu lengua.

DOCTOR.

¡Lo que puede una beldad! *aparte.*
Todas las indicaciones,
que en la poca facultad
del egrotante declaran,
que el accidente es mortal,
præter naturam coadjuvant,
(*teste Avicena*) á que hay
maleficio supurante
aliento y calor vital,
como lo dixo Riberio
en su *Praxis* singular,
de *fame canina*, *siti*
morbosa, & *febri lethal.*

D. CLAUDIO.

Si habla mas en latin, temo,
que le he descalabrar.

DOCTOR.

Ahora, señores, la prueba
es, que á veces suele estar
frenético, cacoquimio,
sintomato, contumáz,
emuntorio, canceroso,
pútrido y corrupto.

D. CLAUDIO.

¿Hay mas
hermosas especies, para
sazonar un pepián?

DOCTOR.

Los liquidos nutrimentos
apenas puede pasar
en pistos ó gargarismos;
porque, como al paladar
fluye la pituita, y esta
es espongiosa, le ha
con el quilo sufocado
la orgánica cavidad.
De aqui nace, el que privado
de alimento, haya de dar
en maniaco; porque,
como el fomes natural
al celebro participa,
el estomago, y no hay
en él virtud nutritiva,
es fuerza, que al delirar,
claudíque extenuada toda
la facultad racional.

D. CLAUDIO.

¡Claudíque! ¿Qué mas dixera
de la burra de Balán?

DOCTOR.

El remedio, que hasta ahora
á muerte ó vida se le ha
aplicado, solo ha sido
una tipsana de agraz,
llantén y sangre de dragro;

porque como su frialdad
repercute la fluxion
del maleficio humoral
al pecho, que es donde tiene
el hechizo, así no hará
gangrena; y aunque ya estube
resuelto, á mandarle echar
una ventosa sajada
en el cogote:::

D. DLAUDIO.

Arre allá.

DOCTOR.

No me atreví: porque el rapto
del humido radical
mordicante no corroya
(llegandose á apoderar
de la cabeza) algun hueso
crivoso ú occipital,
dañando la tabla vitrea
del septimo vasilar.

MEDICO 1.

Soy de esa opinion.

MEDICO 2.

Zacuto
en sus Farmacos lo trae.

PRACTICANTE.

No obstante pudiera hacerse:
como, al llegarsele á echar

la ventosa, le estubiesen
tirando á todo tirar
del dedo gordo del pie.

D. CLAUDIO.

No sino del carcañal.
¡Fiero asno es el tal Doctor!

MEDICO I.

Ahora, señor, aqui no hay
que discurrir, sino en que,
quanto ha obrado Don Fabian,
ha sido todo acertado;
pero, aunque la parvidad
del sujeto no permite,
que se le pueda aplicar
medicina digestiva,
no obstante eso, quando está
contuso en el espondil
el músculo intercostal,
soy de parecer, de que
se le haya de sangrar
ligeramente hasta unas
catorce veces.

MEDICO 2.

Mirad,
que sin mas indicacion
de urgente necesidad,
no es la evaquacion segura;
porque, como dixo allá,

Zamudio en su Diarréa
discretamente; *antequam*
sangraveris, *videritis*,
aut sit nefas, *aut sit fas.*

D. CLAUDIO.

¿Pues á Cayfas quién le mete,
donde no le llaman? Va
un quarto, que salgo, y todo
se lo lleva Barràbas.

PRACTICANTE.

Yo, que soy el mas moderno,
tengo por muy principal,
que por extenso sepamos
los accesorios: pues *jam*
difficile est, adhibere
medicamenta, si stat
occulta aegritudo.

MEDICO I.

¿Tose?

DOCTOR.

Y es el esputo mordaz,
sanguinoso y coagulado.

MEDICO 2.

Malorum. ¿Y el respirar
es intercadente?

DOCTOR.

Y con
notable dificultad,

con palpitacion interna
del espiritu animal.

D. CLAUDIO.

Tú lo eres, por si me engañas.

PRACTICANTE.

¿Manduca?

DOCTOR.

¡Cómo, si están
las fauces intemperatas!

D. CLAUDIO.

Denme á mi de manducar,
veremos, si están, ó no.

MEDICO I.

¿Delira?

DOCTOR.

Como un Reduan.

MEDICO 2.

¿Y dormita?

DOCTOR.

Toties quoties.

MEDICO I.

¿Pues para qué es bueno, andar
en misterios? Este hombre
ya está muerto.

PRACTICANTE.

No está tal.

MEDICO I.

Cómo que no, si despues

del escirro, el zaratán,
esquimosis y aneurisma
que padece, no hay, ni habrá
medicina equivalente,
que pueda la actividad
vencer del hechizo.

PRACTICANTE.

Yo
mandára, hacerle un sendal,
por donde evaquase toda
la porcion excremental
del humor viscoso.

MEDICO I.

¿Cómo,
si no hay en él facultad?

MEDICO 2.

Echandosele á un criado.

MEDICO I.

Nego.

PRACTICANTE.

Probo.

MEDICO I.

Es por demás;
y mi voto decisivo
es, que si le llega á dar
singulto:::-

D. CLAUDIO.

¡Singulto dixo!

MEDICO I.

Muera de necesidad.
Singultio singultum amat
sepelire, dixo allá
Nebrixa.

MEDICO 2.

Yo digo, que
le entrará una sincopal,
con frio cadente.

PRACTICANTE.

Yo,
un sudor, que le ha de entrar
diaforetico.

D. CLAUDIO *saliendo.*

Tú mientes,
y toda la vecindad.

Todos.

¿Qué atrevimiento es aqueste?

D. CLAUDIO.

¡Yo singulto! Voto á san,
que en mi vida he oido cosa,
que me haya enfadado mas.
¡Yo diaforetico! Bueno.

MEDICO 2.

Sosegaos, y mirad,
que hablais conmigo.

DOCTOR.

¿Ah Don Claudio?

D. CLAUDIO.

Don Fabian, fuera de atrás:
que yo soy hombre de bien,
y sé, que no me dará
frio cadente ó singulto.

Salen Doña Luisa, Isabél y Pinchauvas.

DOCTOR.

Pinchauvas, Isabél.

Los tres.

¿Qué hay?

D. CLAUDIO.

¿Qué ha de haber? que ese Doctor
me ha dicho una atrocidad.

PRACTICANTE.

Don Claudio, el singulto es hipo.

D. CLAUDIO.

Sea hipo, ó sea costal,
yo no sufro desvergüenzas;
y hombres de mi calidad
no mueren de porquerias.

D. LUISA.

Idos pues ya, Don Fabian,
antes que se precipite.

LOS MEDICOS Y PRACTICANTE.

Ya nos vamos, y será,
pues este hombre está loco,
para no volver acá.

Vanse, menos el Doctor.

D. LUISA.

¿Hermano, es posible, que hagas
estos yerros?

D. CLAUDIO.

Pues si da,
en que ha de darme singulto,
¿Luisa, no me he de enojar?

DOCTOR.

Ya os he dicho, que esto es hipo,
y no os teneis que cansar;
que el frio, el sudor y el hipo
antes de mucho os darán,
y con ellos morireis.

D. CLAUDIO.

¿Si? pues vamos á san Blas.

PICATOSTE.

Ya está ahí el coche alquilado.

D. CLAUDIO.

Pues vamonos á mudar
vestido. ¡*Singulto á mí,
que he nacido Capellan
de Parla, que es mas que ser
sacristan de San Torcaz!* *vase.*

DOCTOR.

Doña Luisa, ¿qué tal se ha hecho?

D. LUISA.

De pasmo; pero, pues va
ayrado, iré á sosegarle. *vase.*

DOCTOR.

¡Ah mal haya tu beldad
pues asi de ceca en meca
ó me llevas ó me trahes!

ISABEL.

¿En fin, hablar solicitas
á mi ama?

DOCTOR.

Como un Roldan.

ISABEL.

Pues vete á San Blas, y sea
llegandote á disfrazar,
para que no te conozcan.

DOCTOR.

Ya he discurrido un disfraz
famoso.

ISABEL.

Allá nos veremos. *vase.*

DOCTOR.

El hospital general
me valga : que alli Muñoz
un vestido me dará;
con que si allá lo veredes
dixo Agrages, no será
mucho, que allá lo veredes
diga tambien Don Fabian. *vase.*

Salen Doña Leonor y Luciguela con mantos.

D. LEONOR.

Bello dia de campo hace, Lucía.

LUCIGUELA.

Con sol claro en Febrero no hay mal dia.

D. LEONOR.

Donde su luz alcanza,
va ya reverdeciendo la esperanza
el Abril. ¿Mas qué mucho, si en la esfera,
que ha de ser catre de la Primavera,
derrite brilladora
llanto que congeló noche ó aurora?

LUCIGUELA.

Dexemos ahora eso;
y vamos, para el logro del suceso,
discurriendo, en lo que hoy hacer convie- [ne.

D. LEONOR.

¿Qué hemor de hacer, si viene
Claudio á este sitio, donde se entretenga,
mas que esperar tapadas á que venga,
con la disculpa, de que tanta gente
tomando está aqui el sol?

LUCIGUELA.

Quando se siente,
ha de haber fiesta doble.

D. LEONOR.

¿Pues qué ha habido?

D. LUISA.

Que trahe entre el aforro del vestido,
hácia la faldriquera,
metido un niño, que hice yo de cera,
lleno de agujas, vidrios y alfileres;
porque ya que se clave, en que tú eres,
quien le hechiza, se clave el majadero,
en creer, que allí está el daño; y si primero
le da los polvos Isabel, y empieza
á darle el hipo, el frio y la flaqueza,
ha de creer, como el Doctor le dixo,
que ya llegó su hora.

D. LEONOR.

Ya colijo,
como ha de hallarse en uno y otro caso
el pobre simple de Don Claudio.

LUCIGUELA.

Paso:
porque es tu hermano aquel que por la cues-
con Picatoste viene, y no habrá fiesta, [ta
si nos conoce.

D. LEONOR.

No importará nada,
sabiendo, que es usada
devocion el que á Atocha á misa venga;
mas porque, si nos ve, no nos detenga,
tapate bien, y vamos poco á poco.

Salen Don Diego y Picatoste.

PICATOSTE.

Señor, de puro alegre vienes loco.
¿Que trahes?

D. DIEGO.

¿Qué he de traher, si me ha citado
Isabél á este sitio, á que el cuidado
de mis rezelos satisfaga Luisa?

PICATOSTE.

¿Cuidado da un Doctor, que sin camisa,
y con pera pretende ser esposo?

D. DIEGO.

¿Pues no puede un indigno, ser dichoso?

PICATOSTE.

Si puede; pero espera,
y mientras vienen, demonos siquiera,
con esas dos tapadas con tontillo,
lo que llaman un rato de palillo.

D. DIEGO.

¡Garbo tienen por Dios! *Pasando.*

PICATOSTE.

¡Que testimonio!
¿Garbo por Dios, pues qué dirá el demonio?

D. DIEGO.

Entre negras tinieblas hoy solo arde
el sol con mas incendio.

D. LEONOR.

Dios le guarde.

PICATOSTE.

Fámula, vos teneis lindos apaños
de ser gran perfeccion.

LUCIGUELA.

Viva mil años.

PICATOSTE.

¿Las seguimos, Señor?

D. DIEGO.

Calla, ignorante.

LUCIGUELA.

¿Ves, como aunque pasamos por delante,
no nos han conocido?

D. LEONOR.

Poca dicha no ha sido.
¿Mas no es aquel el coche?

LUCIGUELA.

En la librea
dice, que es alquilon.

D. DIEGO.

Que no me vea
Don Claudio importará, y asi pues miro,
que están solas las tapias del Retiro,
á ellas arrimados demos vuelta
al altillo, pues poco nos molesta
del sol ardiente la influencia activa.

PICATOSTE.

Un coche sube por la cuesta arriba.

D. DIEGO.

El será: aqui te queda, y en saliendo
de la hermita Isabél, señas haciendo
del sitio, donde me hallo retirado,
podrás guiarla allá. *vase.*

PICATOSTE.

Ve sin cuidado.

LUCIGUELA.

Ya tu hérmano se fue, y en mí repara
Picatoste.

D. LEONOR.

No importa.

Dentro voces.

Pára.

D. CLAUDIO *dentro.*

Pára.

LUCIGUELA.

Ya, señora, se apean.

D. LEONOR.

Pues, porque no nos vean,
retiremonos mas, que tú en rezando
en la hermita, podrás de quando en quando
dar un paseo, y ver lo que sucede.

LUCIGUELA.

No has dicho mal.

PICATOSTE.

¡Ah Cielos, lo que puede
la obediencia servil! Pues por mi amo,

tórtola, que á Isabél hace el reclamo,
no voy tras las palomas de medio ojo.
Mas si la vista no lo ha por enojo,
este es Don Claudio.

Sale Don Claudio ridiculamente vestido de color, con muletilla en las manos, y Pinchauvas.

D. CLAUDIO.

Verganton, picaño,
licenciadillo Cabra del Tacaño,
¿asi se sirve á un hombre de mi esfera?

PINCHAUVAS.

Si no las quiso hacer la cocinera,
tengo la culpa yo?

D. CLAUDIO.

Claro es, que tiene.
¿Sin un costal de sopas se me viene,
á esperarme á san Blas? Si no mirára:::

PINCHAUVAS.

¡Qué esto se diga á un hombre cara á cara!

D. CLAUDIO.

Vaya, y diga á Isabél, y no me muela,
que á mí solo me haga una cazuela
de panecillo y medio en rebanadas;
que he de hartarme hoy de sopas avahadas.

PINCHAUVAS.

Mal provecho te hagan. *vase.*

PICATOSTE.

Buenos dias.

D. CLAUDIO.

¿Tú por acá?

PICATOSTE.

Sabiendo, que venias
hoy, á comer al campo con tu hermana,
vine á tomar el sol esta mañana,
por lograr verte á tí, y á ella servilla.

D. CLAUDIO.

¿Dime, cómo le va á la lamparilla?

PICATOSTE.

No pasará de hoy.

D. CLAUDIO.

¿Eso me dices?
¿Quieres, que te deshaga las narices?

PICATOSTE.

¿Pues qué culpa hay en mi para ese pago?

D. CLAUDIO.

Has dicho bien: ya no te las desahago;
y si quieres, que hablemos en el cuento,
ven á almorzar conmigo.

PICATOSTE.

Soy contento.

D. CLAUDIO.

Verás, qué vino, y que besugo asado,
con quatro costillitas de adobado,
me emboco, mientras muero.

Sale Isabél con mantilla.

ISABEL.

¿Señor?

D. CLAUDIO.

¿Qué hay, Isabél?

ISABEL.

Ya del puchero
calé las sopas; comelas aprisa.

D. CLAUDIO.

Primero es, comer sopas, que oir Misa.

ISABEL.

¿Y si el hipo te da, comiendo á vulto?

D. CLAUDIO.

Aunque me dé una arroba de singulto,
me he de hartar, Isabél.

ISABEL.

A buena cuenta,
los polvos he de echarle por pimienta.

PICATOSTE.

Oyes, hácia las tapias está mi amo.

ISABEL.

Diviertemele tú.

D. CLAUDIO.

Voy como un gamo,
á no dexar en pie corteza ó miga,
porque me quepa mas en la barriga.

Vanse los dos, y al paño Luciguela y Doña Leonor.

D. LEONOR.

Llega tú, y dile á Isabél,
que estoy yo aqui.

LUCIGUELA.

¿Y dónde esperas?

D. LEONOR.

A la sombra de la ermita
me hallarás. *vase.*

LUCIGUELA.

¡Ah buena pieza!

ISABEL.

¡Lucía, valgame Dios,
á qué lindo tiempo llegas!

LUCIGUELA.

¿Pues qué hay?

ISABEL.

Que voy, á Don Claudio.
á embocarle en la cazuela
los polvos de Don Fabian;
y asi, amiga mia, es fuerza,
que en el interin, por mí
hagas tú una diligencia.
Tu amo Don Diego es aquel,
que á las tapias se pasea;
Luisa vendrá ahora á este sitio:
con que haciendola una seña:::

LUCIGUELA.

Ya estoy en el cuento: vete
sin recelo.

ISABEL.

Hasta que vuelva,
cuidado con el cuidado. *vase.*

LUCIGUELA.

Señores, esto es comedia.
Mi ama de acecho y tapada,
mi amo zeloso y en vela,
Luisa atisbando á su hermano,
su hermano muerto de pena,
porque se tardan las sopas,
Isabél dandole en ellas
mas de mil hierbas en polvos:
Pinchauvas echando harengas,
Picatoste haçiendo espaldas,
y Lucía centinela.
¡Hay tal retablo!

Sale Doña Luisa.

D. LUISA.

Ya ha entrado
al quarto de la Santera
Claudio, y podré sin recelo,
en el interin que almuerza,
vér, si Don Diego:::

LUCIGUELA.

¿Señora?

D. LUISA.

¡Tú aqui! ¿Qué haces?

LUCIGUELA.

Esa es buena:
mas vamos á lo que importa.
Sabe, que mi ama encubierta
está en San Blas; y Isabél
me mandó, que te dixera,
que mi amo::: Pero él,
habiendote visto, llega.

D. LUISA.

Pues tén cuidado, si sale
Claudio, y avisame, mientras
hablo con él dos palabras.

LUCIGUELA.

¿No vés, que mi ama me espera?

D. LUISA.

No repliques.

Sale Don Diego.

D. DIEGO.

Por saber,
quien aquesta mujer sea,
con quien está hablando Luisa,
dexé el paséo, y pues esta
es buena ocasion, lleguémos,
amor.

D. LUISA.

Muy en hora buena,

señor Don Diego, vengais.

D. DIEGO.

Fuerza es venirlo, quien llega,
á vér menos irritados
vuestros ceños.

LUCIGUELA.

Pues la puerta
de la ermita no está lexos,
mientras ellos se requiebran,
voyme á saber, cómo vá
á Isabél de estratagema,
y á dar aviso á mi ama. *vase.*

D. DIEGO.

Si Isabél no me dixera,
que teniais, que mandarme,
nunca se hubieran mis quexas
puesto en parage, de oírlas,
quien dá motivo, á tenerlas.

D. LUISA.

No me espanto: sois tan lindo,
que si las damas no os ruegan,
no os dais á partido.

Hablando los dos, sale el Doctor de mujer, tapado de medio ojo.

DOCTOR.

Zelos,
pues os vale la cautela
del disfráz, con que llamado

de Isabél, segun la cuenta,
vine á este sitio, veamos,
si es que haciendo la desecha,
oygo, lo que este traydor
habla con aquesta fiera.

D. LUISA.

Ya os he dicho, que es Lucía
esta tapada, que acecha,
si sale mi hermano.

D. DIEGO.

¿Pues
por qué se recata?

D. LUISA.

Esa
es qüestion para despues;
y asi, en lo que ahora es fuerza
que sepais, prosigo.

DOCTOR.

¡Quien,
divinos cielos, tubiera
oídos de larga vista!

D. DIEGO.

Bien estoy, en que ese sea
el motivo::::

DOCTOR.

Albricias, alma;
que bien oygo.

D. DIEGO.

De que crea
Don Claudio, que está hechizado;
pero esa intencion no dexa
disculpada la malicia,
de que un Doctorcillo tenga
atrevimiento, de hablaros.

D. LUISA.

No hableis en esa materia;
que es asco, aun imaginarlo,
y creed, que si no hubiera
sido preciso, el valerse
de él para la industria nuestra,
hubiera hecho á los lacayos,
Don Diego, que en mi presencia
le derrengasen á palos.

DOCTOR.

Ya mi dolor me derrienga
aun antes que tu paliza.

D. LUISA.

Y pues sabeis, que soy vuestra,
y os constan de mi cariño
las repetidas finezas,
id con Dios, hasta que mas
de espacio hablemos.

D. DIEGO.

Paciencia,
Pero mira, que es infamia:::

D. LUISA.

Idos, pues.

D. DIEGO.

¿De esa manera
me despides?

DOCTOR.

Dióla el tú:
pluguiera á Dios, que la diera
un tabardillo primero.

D. LUISA.

Diego, mi bien, considera,
que nos miran muchos.

DOCTOR.

Y uno,
que os ha de dar cantaleta.

D. DIEGO.

Luisa, dueño mio, á Dios.

D. LUISA.

¿Me quieres?

D. DIEGO.

Mas que á mi mesma
vida. ¿Y tú?

D. LUISA.

Mas que tú á mí.

D. DIEGO.

No es facil.

D. CLAUDIO *dentro.*

¿Dónde vás, perra?

LUCIGUELA *dentro.*

Iré, donde yo quisiere.

D. LUISA.

Mi hermano es éste: ¿qué esperas?

D. DIEGO.

Adonde primero estaba,
me retiro.

Vase Don Diego, y al pasar por delante del Doctor, se la jura.

DOCTOR.

Para esta.

D. LUISA.

¿Siempre, Lucía, has de estar
de humor?

DOCTOR.

Tyrana, embustera,
no es Lucía, sino quien
rabiando de zelos queda.

D. LUISA.

Sin duda, que es de Don Diego
alguna dama encubierta,
que le zela. ¡Hay tal traycion!

DOCTOR.

Oyen, Doña Melisendra,
para ésta, y para estotra.

D. LUISA.

¿Cómo habla de esa manera?
Vayase la picarona.

noramala, y agradezca,
el que no haga, que al instante
la baxen á la galera. *vase.*

DOCTOR.

Fuese; pero tras Don Diego
ir quiero, para que entienda,
que le ha oído el Doctorcillo.
¡Para esto, tyrana estrella,
me disfracé, haciendo falta
á mas de quarenta enfermas!
Mas yo me vengaré. *vase.*

Sale Don Claudio corriendo tras Lucigüela, y la coje en la punta del tablado.

LUCIGUELA.

¿No hay
quien á una mujer defienda?

D. CLAUDIO.

Acoto: que la he cojido.

LUCIGUELA.

Sueltame.

D. CLAUDIO.

¿Cómo que suelta?
¿Piensas, que ha de haber ahora
el ruido de la cadena?
No, amiga: aqui has de morir.

LUCIGUELA.

¿Quieres, que empañe la esfera?

D. CLAUDIO.

Como no empañes la olla,
haz lo que quisieres.

Andan luchando.

Sale Picatoste.

PICATOSTE.

Tengan.
¿Qué es esto?

D. CLAUDIO.

¿Picatostillo?

PICATOSTE.

¿Señor, qué haces?

D. CLAUDIO.

Una, y buena.
¿Quieres, porque estoy sin armas,
prestarme tú unas tixeras,
para matar á Lucía?

PICATOSTE.

No las traygo.

D. CLAUDIO.

Pues espera:
tenmela de manifiesto
aqui; para quando vuelva;
que en un brinco voy, y traygo
el cuchillo de la mesa.
¿Mas qué será esto, que pica
aqui hácia la faldriquera?

LUCIGUELA.

¿Qué ha de ser? el envoltorio. *aparte.*

PICATOSTE.

Vé, pues.

D. CLAUDIO.

Ahora, Lucigüela,
lo pagarás todo junto. *vase.*

LUCIGUELA.

¿Qué es, lo que ahora hacer, intentas?

PICATOSTE.

Que escapes.

LUCIGUELA.

Dios te lo pague:
porque el Don Claudio es un bestia,
y hiciera algun desatino.

PICATOSTE.

¿En qué te detienes? Vuela.

LUCIGUELA.

Ya me voy. *vase.*

PICATOSTE.

Ahora conmigo
anda la marimorena.

Sale el Doctor por el otro lado.

DOCTOR.

Consejo muda el prudente,
dixo un Sabio; y pues tan cerca
el Hospital General
está de aqui, y que me espera

en él Muñoz, una espada
traeré, para que haya gresca
en San Blas.

PICATOSTE.

Una mujer
de poco porte se acerca,
y Don Claudio viene; pues
haya engañifa. Cé, reyna.

DOCTOR.

El criado es de Don Diego.
¿Qué querrá? Mas por si piensa,
que habla con Lucía, le escucho.

Ponense á hablar Picatoste y el Doctor, y sale Claudio con un cuchillo en la mano.

D. CLAUDIO.

Ea, Picatoste, tenla
con valor; porque he de darla
diez puñaladas en letra.

PICATOSTE.

Aqui te la tengo.

DOCTOR.

¡Cielos,
qué es esto que miro!

D. CLAUDIO.

Dexa
afilar, para matarla,
el cuchillo en esta piedra.

DOCTOR.

Suelta, picaro.

PICATOSTE.

No quiero,
picara.

DOCTOR.

¡Hay tal desvergüenza!
Preciso es ya, descubrirme.

D. CLAUDIO.

Ea, Lucía, encomienda
tu alma á Dios, y vete en paz
al infierno por mas señas.

DOCTOR.

No es Lucía. *descubriendose.*

D. CLAUDIO.

¡Jesu-Christo!

PICATOSTE.

Don Fabian es.

D. CLAUDIO.

Hechicera,
ya te entiendo. ¿Qué has mudado
el rostro? Pues, aunque fueras
todo el Proto-Medicato,
te he de matar.

PICATOSTE.

Que no es ella:
tente, señor.

DOCTOR.

Todo esto
con la espada se remedia.
Luego lo vereis, villanos. *vase.*

D. CLAUDIO.

Que se escapa: resistencia.

PICATOSTE.

No dés gritos.

D. CLAUDIO.

¿No hay justicia?

PICATOSTE.

Mirad:::

D. CLAUDIO.

Favor á la Iglesia.

Salen D. Luisa, D. Leonor, Isabél y Lucigüela.

ISABEL.

¡Leonor!

D. LEONOR.

¡Claudio!

D. LUISA.

¡Hermano!

LUCIGUELA.

!Amigo!

D. CLAUDIO.

¿Qué ya vuelves?

Los quatro.

¿Qué te inquieta?

D. CLAUDIO.

Vive Dios, que en este lado
me pica, que me revienta.
¿Qué ha de ser? Que muda formas
Lucía como materias;
y ahora se me apareció,
queriendo darla una vuelta,
en figura del Doctor.

D. LUISA.

Ya con manías empieza.

LUCIGUELA.

¡Jesus, y qûé testimonio!

D. CLAUDIO.

¿Qué, hija, ahora Jesuseas,
habiendome tú hechizado?
¿Mas qué es esto?

Hace visajes como que le dá el hipo.

D. LUISA.

¡Ay qué tragedia!
El hipo le ha dado.

ISABEL.

Ahora
hacen su efecto las hierbas.

D. LUISA.

Bien dixeron los Doctores,
(¡ay infelíz!) que esta era
seña mortal, pues la cara
pálida, amarilla, yerta

avisa, que ya fallece.

D. CLAUDIO.

¿Qué, ya huelo á carne muerta?
¿Mas, qué frio, ó qué demonio
es éste?

PICATOSTE.

¿Quieres, que vea,
si encuentro, quien le confiese?

D. CLAUDIO.

Quando se confiesen ellas.
Señores, echenme ropa:
que tiemblo como una bestia.

D. LUISA.

Vé volando.

D. LEONOR.

Ahora sabreis,
quien padece, y quien se venga.

D. CLAUDIO.

Ahun tiene gana de boda
la tal Leonor; ni por esas.
Pero ¡ay que se me anda:::!

Las quatro.

¿Qué se te anda?

D. CLAUDIO.

La melena.

Sale Pinchauvas.

PINCHAUVAS.

¿Qué le ha dado á mi señor?

D. LUISA.

Una sincopal.

D. CLAUDIO.

No mientas;
que algo menos es, hermana.

ISABEL.

Mucho el trasudor le aprieta.

D. CLAUDIO.

El amansará.

D. LUISA.

Entre todos,
para que descanse, mientras
viene el Confesor, le echemos
en el suelo.

Todos.

Vaya de esta.

Echanle en el suelo.

ISABEL.

Agarra bien, Pinchauvas.

D. CLAUDIO.

Aspacito, y buena letra.
¡Pero ay de mí!

Todos.

¿Qué te ha dado?

D. CLAUDIO.

Que hácia esta pierna izquierda
me pica un aspid, que muerde
á modo de sanguijuela.

D. LUISA.

Hermano, eso es la aprehension.

D. CLAUDIO.

Luisa: que me atenacea.
¿No habrá, quién de caridad
descosa esta faldriquera?

Descosele Pinchauvas la faldriquera.

PINCHAUVAS.

Un vulto hay entre el aforro.

D. CLAUDIO.

¡Vulto! Pues sera apostema.

D. LUISA.

Desgarra, y sacale.

PINCHAUVAS.

Saco.

LUCIGUELA.

¿Que hará el pobre, quando vea
el envoltorio?

D. LEONOR.

Lucía,
yo no he visto igual novela.

D. CLAUDIO.

¿Hombre, qué has hallado?

Saca una figura de cera.

PINCHAUVAS.

Un niño
de cera con mas de treinta
agujas.

D. CLAUDIO *hipando.*

Ese soy yo,
menos el hipo.

D. LUISA.

Ya es cierta
tu muerte, Claudio, si nó
te deshace Lucigüela
los hechizos.

LUCIGUELA.

¿Cómo es eso?
Antes, para que lo crea,
aqui delante de todos
le he de quitar la cabeza,
para que él se cayga muerto.

D. LEONOR.

¿Lucía, pues á qué esperas?
Acaba con él.

D. CLAUDIO.

De suerte,
que este cuento va de veras,
¿y que ya llegó mi hora?

D. LEONOR.

¿Ahora te vienes con esa?

D. CLAUDIO.

Pues Leonor de mis entrañas,

De rodillas.

sabe Dios, quanto me pesa,
de haber de casarme, estando

tan cerca la noche buena.
Mas, si me importa la vida,
esta es mi mano derecha:
vaya la capellania,
á espulgar un galgo, y venga
ese monton de cristales.

D. LEONOR.

Don Claudio, ya no aprovechan
ruegos: yo me he de vengar.

D. CLAUDIO.

Ea, mi Leonor, clemencia.

D. LEONOR.

No hay remedio.

D. CLAUDIO.

Isabél, Luisa,
llegad con las manos puestas,
y rogadselo, asi Dios
os dé un buen dolor de muelas.

D. LUISA.

Amiga:::

ISABEL.

Leonor:::

PINCHAUVAS.

Señora:::

D. LUISA.

Una amiga te lo ruega:
hazlo por Dios.

Los quatro.

¿Qué respondes?

D. LEONOR.

Que por ver, que la comedia
es fuerza, que acabe en boda,
le doy la mano.

D. CLAUDIO.

Pues ea,
hechizos fuera, Lucía.

LUCIGUELA.

Eso ahora no corre priesa.

D. CLAUDIO.

¿Cómo que no?

Salen Don Diego y el Doctor riñendo, y Picatoste detras.

DOCTOR.

Ahora verás,
si riñen los que recetan.

D. DIEGO.

Yo, que castigo osadias.

D. CLAUDIO.

¡Cómo, qué, en boda pendencia!
Tenganse ahí.

DOCTOR.

He de matarle.

PICATOSTE.

Doctorcillo de la legua,
mira, lo que hablas.

Todos.

¿Qué es esto?

DOCTOR.

¿Qué ha de ser? Zelos y afrentas.
Don Claudio, Luisa, Leonor,
y Don Diego (pues ya llega
el tiempo de hablaros claro)
os han hecho creer por fuerza,
que estais hechizado, por
obligaros, á que dierais
la mano á Leonor; y Luisa,
con su hermanito os la pega,
por casarse tambien: todo
ha sido embuste y cautela;
y si yo concurrí, fue
engañado de ellas mesmas.
Esto es verdad.

D. CLAUDIO.

A buena hora
os venís con esa media
espada, Doctor; que ya
me he casado hasta las cejas.
Pero pido nulidad
desde aqui, y hasta que vengan
los nazarenos.

D. LUISA.

Don Claudio,
no hay que replicar; y esta;

Don Diego, es mi mano.

D. DIEGO.

Amor
tanta ventura agradezca.

ISABEL.

Don Fabian, metase frayle.

PICATOSTE.

Bien Isabél le aconseja.

DOCTOR.

¿Qué es frayle? He de dar al Rey
cuenta de esta desvergüenza.

Todos.

Pues se va, demosle vaya:
ah, doctor: echenle fuera.

DOCTOR.

Luego lo vereis, canallas.

LUCIGUELA.

¿Y yo, que he sido tercera
de estas bodas, qué he de hacer?

D. CLAUDIO.

Irte, á hechizar á tu avuela.
Mala venta te dé Dios.

Todos.

Y pedir, que tengan venia
los yerros, á que dio asunto
el Hechizado por fuerza.

EL DOMINE LUCAS.

COMEDIA

DE DON JOSEPH DE CAÑIZARES.

¡Qué dirá el valle de Ruesga,
adonde se trahe la honra
colgada como venera! Jorn. I.

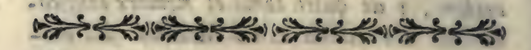
ADVERTENCIA.

Don Joseph de Cañízares, residente en la Corte, se dedicó con particular adelantamiento y gusto á las composiciones dramáticas, al principio de este siglo. Continuó este exercicio por muchos años, en cuyo tiempo dió al theatro varias comedias, que se representan con mucho aplauso. En las que sobresalió principalmente, fue en aquellas que llamamos de Figuron, en cuyo genero compuso algunas. La presente, intitulada el *Domine Lucas*, ocupa en la comun estimacion el primer lugar. Algunos han satirizado el estilo de Cañizares: no hay duda, en que es algo inchado y redundante: pero la gracia y finas sales con que reprehende los vicios y preocupaciones, que son el objeto de sus dramas, hacen muy disimulables estas pequeñas faltas.

ARGUMENTO.

Don Pedro Chinchilla, ilustre caballero Montañes, residente en Salamanca, perdió su mujer: con este motivo le visitó por via de cumplimiento Don Henrique, joven rico é ilustre que cursaba aquellos estudios, quien se enamoró á las primeras visitas de una de dos hijas, que tenia, llamada Doña Leonor, de la qual fue correspondido, sin embargo de tenerla su padre destinada á un sobrino suyo, llamado Don Lucas Chinchilla, cursante en la misma Universidad; pero rudo, tosco y de ridiculas preocupaciones en punto de su nobleza. Habiendo pasado á la corte poco despues Don Pedro en prosecucion de ciertos pleitos, con su familia y el Don Lucas, fue en su seguimiento Don Henrique; y continuando su galanteo con el auxilio de Don Antonio Pacheco, amigo suyo, soldado de Flandes, que emprehendió á este fin, el festejar á Doña Melchora, hija menor del mismo Don Pedro, de cortisimo talento y juicio: logra casarse con Doña Leonor, dejando burladas las esperanzas de Don Lucas, sujeto principal de la

accion, y de quien tomó el nombre esta comedia. La escena es en Madrid. La mayor parte de ella pasa en casa de Don Pedro Chinchilla.



PERSONAS.

DON LUCAS, *estudiante.*

DON PEDRO, *viejo*

DOÑA LEONOR. } *sus hijas.*

DOÑA MELCHORA. }

DON HENRIQUE.

DON ANTONIO.

TALAVERON, *gracioso*

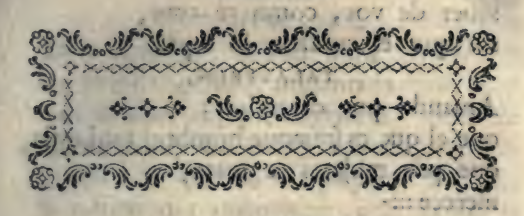
UN LETRADO.

JUANA.

UN GOLILLA.

FLORELA.

CARTAPACIO, *vejete.*



EL DOMINE LUCAS.

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Antonio Pacheco, de soldado bizarro, Don Henrique de golilla y Talaveron de lacayo.

DON ANTONIO.

Vive Christo, Don Henrique,
que, si dais en ese tema,
me he ahorcar de una encina.

D. HENRIQUE.

Don Antonio, yo quisiera

saber de vos, como se ama,
sin que el corazon lo sepa.

TALAVERON.

Amando por diversion;
que el que es (aunque hombre) tan bestia,
que por mugeres se mata,
merece :::-

D. HENRIQUE.

¿Qué?

TALAVERON.

Que se muera.

D. ANTONIO.

Dice bien Talaveron.
¿Hombre, ó demonio, en qué piensas?
Las mugeres todas son
engañifas de la idea.
Nuestros desvelos nos pagan
en el precio, que nos cuestan.
No, amigo; que la mas fina
tiene una rara moneda,
que, quando la dice, es oro,
que, quando la llora, es perlas:
que, quando la escribe, es plata,
y es cobre, quando la trueca;
pues es fuerza, hacerla quartos,
para cumplir con ochenta.

TALAVERON.

El evangelio es de amor.

D. HENRIQUE.

Don Antonio, la franqueza
de vuestro genio, aumentada
con la libertad, que engendra
la campaña, os da ese humor,
incapaz de que en él quepan
ni reflexîones amantes,
ni desveladas empresas.
Yo, que adoro una hermosura,
y que en mi pasion apenas
la merecí compasiva,
quando ya la lloro ajena,
muy de otra suerte discurro.

D. ANTONIO.

¡Valgame Dios, que terneza!
Es lastima, que no llores,
y esa dama no te vea,
hacer pucheros con barbas;
para que con eso fuera
mas alta tu boberia,
y mas fina su soberbia.

TALAVERON.

Ver á un barbon hacer mimos,
es cosa, que desespera.

D. ANTONIO.

Pero permiteme, amigo,
que pueda pedirte cuenta
de aquel tu pasado amor,

con cierta madamisela,
que servistes en Amberes:
que despues de otra novela
de amor (que tambien tambien
no somos acá de piedra)
te referire el suceso:
y comerciadas tus penas
con mis glorias, lograremos,
divertirlas con saberlas.

TALAVERON.

Aqui me huele á romance.

D. HENRIQUE.

Escucha, amigo, y no creas,
que siente con pocas causas
el que padece con estas.
Hijos de Madrid nacimos
los dos, y en nuestras primeras
infancias, por el afecto,
que el trato comun engendra,
tan amigos, tan hermanos,
que el deudo, que á la fe nuestra
no le concedió la sangre,
le obró la correspondencia;
que el verdadero pariente,
si sabe serlo de veras,
es el amigo: pues poco
importa, que no lo sea,
si quien siente, lo que siento,

y en mis bienes se interesa.
aunque no tiene mi sangre,
tiene los efectos de ella.
De Madrid, pues, por influxo
de inclinaciones diversas
partimos el rumbo entrambos;
vos, á estudiar en la guerra,
yo, á lidiar en los estudios:
en cuya sutil palestra,
apenas con la ambicion,
de ceñirme las esentas
ramas del furor de Apolo,
me di al uso de las ciencias:
quando á mi padre, que en Flandes
de Amberes la fortaleza
gobernaba, un accidente
asaltó con tanta fuerza,
que, sin que le diese el tiempo
lugar á mas diligencia
que á morir, rindió á la parca
su noble vida, tan llena
de militares aplausos,
que no poco en sus empresas
embarazó de la Fama,
ya las plumas, ya las lenguas.
Fue preciso, hiciesen pausa
mis estudios con tal nueva,
siendo el unico hijo suyo;

y aventurando mi hacienda,
si á Flandes no me partía,
hicelo con tanta priesa,
que logré, quanto anhelaba,
y aun lo que menos quisiera.
¡O cielos, quánto el acaso
de los desvelos se venga!
¡Quánto de las prevenciones
se burlan las contingencias!
Un dia, ya fenecidas
de Amberes las dependencias,
que pensando en mi partida,
sali á la hermosa ribera
de un rio, que á su murallas
bate con bombas de perlas,
despues de haber dilatado
vista y planta en su halagüeña
entretexida espesura,
cuya enredada maleza,
ó tarde ó nunca la entrada
á un rayo del sol dispensa:
á tiempo que ya la tarde,
con la noticia primera
del avance de las sombras,
del tropel de las tinieblas,
en retaguardia del sol
iba tan en fuga puesta,
que, sin poder en el grueso

de sus luces recojerlas,
se iba dexando en poder
de la noche las estrellas
traydoramente cautivas,
docilmente prisioneras:
un dulce halagüeño acento
escuché, cuyas postreras
sílabas, entre las voces
de un blando instrumento envueltas,
eran prision harmoniosa
de fuentes, de aves y fieras.
Bien pudieran persuadirme,
á no saber, quanto mienta
la antigüedad fabulosa,
plantas mudas, y ondas quietas,
vientos y flores absortas,
que alguna incauta Sirena,
ó Driade de aquel bosque,
ó de aquel golfo Nereida,
eligiendo aquella muda
soledad, juzgaba, en ella
de algun semidios zelosa,
verter en dulces endechas
sonóro tósigo al ayre,
dulce veneno á la selva;
pues, para serlo, bastaba,
que aun ecos de zelos fueran.
Pero me desengañó,

ver á mis ojos expuesta,
apenas de unos jarales
di al rudo teson la vuelta,
una placentera tropa
de hermosas madamiselas,
y entre ellas una, que dando
alma á un laud, de sus cuerdas
iba el oro bullicioso
salpicando de azucenas.
Todas á un tiempo pudieron
en afable competencia
suspenderme; pero como
aun la mas hermosa dexa,
bien que los ojos cautive,
franca la segunda puerta,
que es la del oido, presto
la libertad halla senda
para salir; y mas quando
este sentido no cesa
de influir con desengaños,
de llamar con influencias.
Pero como la tirana
hermosa enemiga bella
del corazon, con su acento
á la clausula primera
del oido me cojió,
no encontró despues, al verla,
camino para la fuga

la libertad; antes presa
de dos iguales impulsos,
el cuello dió á dos cadenas,
aunque qualquiera sobraba;
pues, como triunfar emprenda,
donde hay beldad, ¿qué mas voz?
donde hay voz, ¿qué mas belleza?
Rendido á tan noble objeto,
cobrandome en mi suspensa
admiracion, al estilo
del pais la reverencia
les hice, á que todas juntas
correspondieron atentas;
á tiempo que de su gente
instadas, la estancia amena
trocaron por las carrozas.
Que las seguí, ya se dexa
entender; que por criadas,
billetes y estratagemas,
á saber llegó mi amor
Cintia (aqueste nombre tenga
por disfraz de mi respeto)
dicho está; y solo me resta,
encarecer, quan aprisa
en amorosas empresas
penas á glorias se cambian,
bienes por males se truecan;
pues apenas obligada

la tube, quando á sus puertas,
con otro galan, que acaso
de mí con infiel cautela
encubria, cierta noche
reñi una cruel pendencia.
Fue á tiempo, que mi partida
me instaba: con que el creerla
traydora á mi amor, el lance
referido, y la funesta
noticia de una criada,
que me contó, que no era
yo solo de Cintia amante,
me hizo abreviar mi dispuesta
jornada, y aborreciendo
las libertades Flamencas,
dar al olbido su amor.
Pero qué importa, si apenas
á Salamanca volvi,
quando, al ver su primer flecha
burlada el ciego traydor,
un segundo harpon me asesta;
como quien dice: No importa,
que no hagas caso de áquella;
que como me queden armas,
aun mas victorias me quedan.
De Don Pedro de Chinchilla,
caballero, cuyas prendas
toda Castilla encarece,

la esposa murió, y la deuda
de caballero me hizo,
que con todos concurriera
á la piadosa funcion
de sus honrosas exêquias;
y al pesame acostumbrado,
que, concediese, fue fuerza
Leonor, hermosa hija suya,
su vista. No, á encarecerla
con hyperboles, aspiro:
solo diré, que si fuera
tan hermosisimo el luto,
con que la noche lamenta
la falta del sol, sobraba
de la Aurora la asistencia,
y el bello incendio del dia.
Ahora notad por las señas,
la que alumbraba con sombras,
¿con explendores que hiciera?
Solo sé, que si allá el gozo
me suspendió, aqui la pena
me atraxo: si allá harmonias
me cautivaron, tristezas
me aprisionaron acá;
si en una el canto me eleva,
en otra el llanto me mueve.
O amor! ¿Qué habrá, que no sea
¡materia para tus triunfos,

si ya sea gusto, ó ya quexa,
ya placer, ó ya dolor,
ya júbilos, ó ya endechas,
todo sirve á tu deidad,
todo á tu poder obsequia?
Con que mal podrá eximirse
de tu esclavitud, quien sepa,
que en qualquier afecto vives,
y es fuerza que en todos venzas.
Desde que á Leonor miré,
di en servirla, y merecerla
alguna atencion, que aun hoy
á mi cariño conserva.
Tubo Don Pedro, su padre,
un sobrino en las escuelas
de Salamanca, á quien llaman
Don Lucas, que en la aspereza
criado de la Montaña,
que como patria qualquiera,
discretos y necios cria,
no hay humana diligencia,
que baste, á hacer, que cultive
tanta natural rudeza.
Es tan necio como vano,
y en el uso de las letras
incapaz; pues ha seis años,
que estudiando se desvela,
y ni aun gramatica sabe.

Con éste, por conveniencias
de mi amor, trabé amistad
muy grande, antes que viniera
Leonor á Madrid, adonde,
siguiendo las dependiencias
de un gran mayorazgo suyo,
Don Pedro está; y de manera
su aplicacion ha logrado,
que con sus crecidas rentas,
un titulo comprar quiere,
con él formando y con ellas
el dote á Leonor, bien como
su principal heredera.
Pero esto es con la pension
cruel, de que, porque sea
la linea de los Chinchillas
del mayorazgo cabeza,
á su hija con su sobrino
casar quiere; y con la idea
de esta sinrazon, en casa
al tal Don Lucas hospeda,
bien que en quarto separado,
no obstante la resistencia
de Leonor, que por no verse
en las manos de una fiera,
titulo y dote gustosa
cede en su hermana pequeña
Doña Melchora, con quien

escasa naturaleza,
en quanto al entendimiento,
la mayor prenda la niega.
Ahora juzgad, Don Antonio,
las lineas á un centro vueltas,
los escarmientos de Flandes,
de Hespaña las contigencias,
iras, sustos, ansias, zelos,
pesares, angustias, quexas,
sinrazones, sobresaltos,
si es forzoso, que me tengan
mal seguro de mi suerte,
bien quexoso de mi estrella.

D. ANTONIO.

Con razon encarecisteis
las exquisitas novelas
de vuestra vida, y en todas
os pareceis de manera
á mí, que no hay circunstancia;
en que entre si no convengan.
Dama tube yo en Amberes,
pero con gran diferencia
entre vos y yo; pues aunque
reñi mil veces por ella,
jamas un favor logré;
que, en queriendo yo de veras
á una mujer, al instante
se me reviste de peña,

se me espirita de escollo,
y no hay diablos que la venzan.
¿Pero esa Doña Melchora,
hermana de Leonor bella,
no está tambien en Madrid?

D. HENRIQUE.

Claro está.

D. ANTONIO.

Pues Dios nos tenga
de su mano. Habrá dos meses,
que saliendo de una iglesia
con su hermana, la hice gestos,
la segui, y la tengo hecha
una lastima por mí.

D. HENRIQUE.

¿Qué decis?

D. ANTONIO.

Hablo de veras.

TALAVERON.

Me parece, que á los dos
no se os escapa frutera,
á quien no le hagais terrero.

D. ANTONIO.

Pero, hombre, es la mayor bestia,
que he conocido en mi vida.
Asi la hallé, á la primera,
docil á mi amor; que siempre
todo lo que me revienta,

es lo que se anda tras mí.

TALAVERON.

No es muy mala ropa aquella
de aquel coche.

D. ANTONIO.

Siempre suelen
venir los dias de fiesta
á misa á los Recoletos
algunas carillas buenas.

D. HENRIQUE.

Por el corto bruxuleo,
que las cortinas inquietas,
al soplo del ayre forman,
algo percibir se dexa
no desagradable.

D. ANTONIO.

A Dios.
¡Mas que el cochero las vuelca!

D. HENRIQUE.

Remolinadas las guias,
que deben de ser muletas,
tuercen el juego.

TALAVERON.

Ya acude,
el escudero que llevan,
á enderezarlas.

D. ANTONIO.

¿Que importa,

si, no alcanzando á las riendas,
se burlan de él. *vanse.*

D. HENRIQUE.

Acudamos. *vanse.*

CARTAPACIO *dentro.*

Aguarda, Toribio.

Voz dentro.

Espera,
picaro.

D. MELCHORA *dentro.*

Cielos, piedad.

D. LEONOR *dentro.*

¿No habrá, quien nos favorezca?

TALAVERON.

Cayó el coche: pero á tiempo,
que mi amo y su amigo llegan,
sustentandole, á sacar
la gente, que dentro encierra.

Sale Cartapacio.

CARTAPACIO.

¿Señores, habrase visto
mas solemne desvergüenza,
que la de este verderon;
que gritandole hora y media,
sobre que hácia el pectoral
les restringiese las riendas,
no quisiese? Ello no hay hombre,
que observe sus incumbencias.

TALAVERON.

¿Qué es eso, amigo?

CARTAPACIO.

No es nada.
Un exambre de cabezas,
que se han roto en aquel coche.
¿Y se está con esa flema
vuesarcé?

Saca Don Antonio á Doña Melchora vestida ridiculamente, y trayendo en brazos una perra grande.

D. ANTONIO.

Trocad, señora,
¡qué miro! las azucenas
de vuestro rostro al purpúreo
clavel, que en su espacio reyna;
que ya estais libre.

D. MELCHORA.

¡Ay señor!
que no sé yo, como pueda,
ni trocar, ni destrocar,
porque ni viva ni muerta,
estoy tan de estotro modo,
que estoy de qualquier manera.
Yo os agradezco el socorro,
no solo por mí, que aun esa
es la menor circunstancia,
sino es por ver mi Marquesa

libre de::: ¡Pero qué veo!

Saca D. Henrique á Doña Leonor, y Talaveron á Juana.

D. HENRIQUE.

No Athlante se desvanezca,
de que en sus hombros el Cielo,
divina Leonor, mantenga,
quando yo, á cielo mejor
logro, con débiles fuerzas
sostener.

D. LEONOR.

Solo un acaso,
Henrique mio, pudiera,
conseguirme esta fortuna.

TALAVERON.

Semidiosa de la legua,
vuelve en tí.

JUANA.

No solo en mí
volveré, sino en qualquiera,
por lo bien que me está.

CARTAPACIO.

¿Digo,
tambien hay para una puerca
su pasico de desmayo?

TALAVERON.

¿Y quién al purichinela

le llama aqui?

CARTAPACIO.

Usted perdone:
que esto es una impertinencia.

D. ANTONIO.

¿Es posible, que á mi amor
le ha de costar, el que os vea,
todo este susto?

D. MELCHORA.

Yo os tengo
un amor como una bestia;
pero tan desaquellada
me siento con vuestra ausencia,
que, á no estarme divertida,
en hacer unas muñecas,
y en baylar lo mas del tiempo,
yo, Juana y la cocinera,
ya nos hubieramos muerto.

D. ANTONIO.

Yo os estimo la fineza:
que á un amor de zarambeque
con un pandero se premia.

D. MELCHORA.

Ellas y yo (ya se sabe)
pasamos de esta manera;
porque en casa ellas y yo
es lo mismo, que yo y ellas.

D. ANTONIO.

Mal haya tu entendimiento.
¿Habrá hombre, que de una necia
pueda gustar?

D. LEONOR.

Hoy habemos
recibido una Flamenca
por criada, á quien conduxo
un Mercader de su tierra
conocido de mi padre;
y dicen, que entre las prendas
que tiene, en la de cantar
es divinamente diestra.
Yo haré, que Juana te espere
esta noche, y quando sea
ocasion, de que á mi quarto
entres, la voz es la seña,
que ha de avisarte; pues, como
te he dicho veces diversas,
aunque aventure (¡ay Henrique!)
opinion, vida y hacienda,
tú solo has de ser mi dueño.

D. HENRIQUE.

Esa constancia me alienta.

D. LEONOR.

Y ahora, pues es reparable,
detenernos mas en esta
publicidad::: Cartapacio.

CARTAPACIO.

Señora.

D. LEONOR.

Que dé la vuelta
Toribio.

CARTAPACIO.

Ah Papagayón,
desfilate á la derecha.

D. ANTONIO.

Hasta tomar la carroza,
el iros sirviendo, es deuda.

D. MELCHORA.

Pues llevadme esta perrita,
y no la apreteis; que es tierna
de pecho, y vomitará.

D. ANTONIO.

Cierto que la alhaja es bella.

D. MELCHORA.

Hoy ha almorzado dos libras
de huevos de faldriquera;
y está muertecita de hambre.

D. HENRIQUE.

¿Quándo otra dicha como ésta
lograré yo?

D. LEONOR.

Don Henrique,
no hay mal, que por bien no venga.

D. HENRIQUE.

Si ha de costarte un peligro,
mejor me estoy con mi pena.

CARTAPAÇIO.

Demasiadas cortesías
son las de estos dos babiecas.

TALAVERON.

Vén, hija.

JUANA.

Vamos querido.

CARTAPACIO.

¡Ah picara, qué galera
tan bien empleada!

Entranse dadas las manos.

D. LUCAS *al paño.*

¿Si habrá
quedado misa en la Iglesia?

Sale.

¡Pero qué miro!

CARTAPACIO.

Las tres
ván como unas tres Princesas.

D. LUCAS.

¡Doña Leonor no es la otra!
¡Doña Melchora no es ésta!
Ellas son por las espaldas:
mas por detrás no son ellas.

CARTAPACIO.

Iréme quedando atrás:
que tengo una diligencia
que hacer en las Tabernillas.

D. LUCAS.

¡Habrá mayor desvergüenza!
¡Mujer, que para mi esposa
en infusion de sí mesma
estubo en la primer mente
del padre, del que la engendra,
anda en estos arrumacos!
Lucas, hemosla hecho buena.
¿Y este maldito espantajo
á qué demonios la suelta
sobre su palabra? Digo.

CARTAPACIO.

¡Jesu-Christo! ¿Quién me tienta?

D. LUCAS.

Yo, picaro: que te vengo,
á pedir de mi honra cuentas.

CARTAPACIO.

Yo, señor, si:::

D. LUCAS.

No te turbes.

CARTAPACIO.

Quando pude:::

D. LUCAS.

Echalo fuera.

CARTAPACIO.

Si el cochero:::

D. LUCAS.

No me masques.

CARTAPACIO.

Fue el culpado.

D. LUCAS.

¿De qué tiemblas?

CARTAPACIO.

Es, que el coche, las señoras,
el cochero, la volteta,
los hombres::: Yo no hablaré
palabra, si usted se acerca;
que estoy perdido de miedo.

D. LUCAS.

A Dios, honra Montañesa.
No queda mi Executoria
para papeles de especias.

CARTAPACIO.

Señor, el coche venia
delante de la trasera,
mas haciacá de las mulas
sobre la biga maestra:::

D. LUCAS.

¿Pues dónde habia de venir?

CARTAPACIO.

Comenzóse una reyerta
entre la zayna y la roja:

yo, que olí la morisqueta,
hice señas á Toribio,
que el flagelo introduxera
á la parte occidental: : :

D. LUCAS.

¿Ahora me latinéas?
Maldita sea tu alma.

CARTAPACIO.

No me entendió: dió la vuelta,
cayó el coche, tus dos primas
saltaron, sin ser terceras,
en los brazos de dos hombres,
que se hallaron alli cerca.

D. LUCAS.

¿De dos hombres?

CARTAPACIO.

De dos hombres.

D. LUCAS.

Ahí es preciso, que hubiera,
para desembanastarlas,
ó de mano, ó de cabeza
fuerza, asidero y tenton?

CARTAPACIO.

Abrazaronlas por fuerza,
para sacarlas.

D. LUCAS.

¿Qué dices?

CARTAPACIO.

Fue indispensable indecencia.

D. LUCAS.

Cayga sobre mí un Vizconde
con toda su parentela.
¿Melchora, á quien entre dientes
tengo una aficion horrenda;
Leonor, en quien la pecunia
me tira, que me desuella;
la una, hacienda de mi amor,
y la otra, amor de su hacienda,
maniestiradas de hombres?
¡*Qué dirá el Valle de Ruesga,*
adonde se trahe la honra
colgada como venéra!

CARTAPACIO.

Alli vuelven los dos hombres.

D. LUCAS.

¿Los de la pasada gresca?

CARTAPACIO.

Ellos mismos.

D. LUCAS.

Pues, querido,
aqui de tus habilencias.
¿No soy tu Domine?

CARTAPACIO.

Ad nutum.

D. LUCAS.

¿No eres mi famulo?

CARTAPACIO.

Etiam.

D. LUCAS.

¿Te toca mi honor?

CARTAPACIO.

Ad intra.

D. LUCAS.

¿Te tañe mi enojo?

CARTAPACIO.

Ad extra.

D. LUCAS.

Pues dame esa daga.

CARTAPACIO.

¿Ad quid?

D. LUCAS.

¿*Ad quid*? A lograr, que mueran
los que mi amor despachurran.

CARTAPACIO.

Señor, tu piedad inmensa
á este hombre precipitado
con sus auxîlios detenga.

Salen Don Henrique y Don Antonio.

D. LUCAS.

Esto ha de sér.

D. HENRIQUE.

Hasta tanto,

que de vista se perdieran,
no quise dexar el coche.

D. ANTONIO.

Gran dicha ha sido la nuestra.

D. LUCAS.

¿Cartapacio?

CARTAPACIO.

¿Señor mio?

D. LUCAS.

Por dicha, has sido en tu tierra
Barbero?

CARTAPACIO.

¿Por qué?

D. LUCAS.

Porque,
adonde cae, me dixeras,
la tetilla en las espaldas.

CARTAPACIO.

Señor, pillale la arteria
capital, mas arribita
del sofago, y por mi cuenta.

D. HENRIQUE.

Por aqui::: ¡Pero qué veo!

D. LUCAS.

Hombre, á tu Dios te encomienda.
¡Pero qué miro!

D. HENRIQUE.

¿Don Lucas?

D. LUCAS.

¿Don Henrique? Abraza, aprieta,
hijo de mi corazon.
¡Jesus! Si no das la vuelta
tan apriesa, en un hijar
te he abierto una faldriquera.

D. HENRIQUE.

¿Por qué?

D. ANTONIO.

¡Qué estraña figura!

TALAVERON.

Longaniza de vayeta
parece el hombre.

D. LUCAS.

¿Por qué
me pregunta? Usté me juega
con mi novia.

D. HENRIQUE.

¡Cómo! ¡Cómo!

D. LUCAS.

¿Cómo? Tomandola acuestas.

D. HENRIQUE.

Yo solo sé, que dos damas
ví peligrar:::

D. LUCAS.

Cantaleta.

D. HENRIQUE.

Y á fuer de ser Caballero:::

D. LUCAS.

Fue usté, á retozar con ellas.

D. HENRIQUE.

¡Yo! ¿Qué decís? ¡Retozar!

D. LUCAS.

Ya sé vuestras mañas viejas;
que, en viendo mozas, se os ponen
los ojos como linternas.
Pero no se me da nada;
que antes me viene de perlas
la ocasion, porque en la novia
quiero hacer cierta experiencia,
y de vos me he de valer.

D. ANTONIO.

El Don Lucas es gran bestia. *aparte.*

D. HENRIQUE.

Ya sabeis, que por la antigua
generosa amistad nuestra
os debo servir.

D. LUCAS.

Acoto:
y oidme en Dios y en conciencia.

D. HENRIQUE.

Proponed.

D. LUCAS.

Yo en la Montaña
tengo una bonita hacienda,
(á Dios gracias) que un avuelo,

mi deudo por linea recta
fundó ciento y dos mil años,
antes que Christo naciera.

D. ANTONIO.

¡Antiguo blason!

D. LUCAS.

Dexóme
con calidad esta renta,
de que éntre á gozarla yo
desde el dia, que me muera.

D. HENRIQUE.

¡Desde que os murais! ¿Pues muerto
de qué os sirve?

D. LUCAS.

Tengan cuenta.
¿Pues cómo quereis que mande,
que viva un hombre con ella:
si es hacienda de Montaña,
que hincha, pero no sustenta?

D. HENRIQUE.

¿Pues quánto es?

D. LUCAS.

Doce ducados,
y tiene un censo de treinta.

CARTAPACIO.

¿Digame usted, no és mi amo
discreto de quatro suelas?

D. HENRIQUE.

Vamos al caso, Don Lucas.

D. LUCAS.

El caso es, que mi nobleza
tan antigua, que á diez millas
huele á lo rancio que apesta,
no permite, que me entregue
todo entero, á quien no sepa,
que es mujer tan recatada,
tan mirada, tan atenta,
tan noble y tan tarantan:::

D. HENRIQUE.

¿Qué es tarantan?

D. LUCAS.

Es discreta
frase, con que yo me explico,
dando á entender, que quisiera
mujer, que no se asustára
de cajas ni de trompetas.

D. HENRIQUE.

¿Y eso á qué viene?

D. LUCAS.

A que no
le hagan ruido las ternezas
de otro, casada conmigo,
y me ponga esta mollera
como el monte de Torozos.

D. HENRIQUE.

¡Quién tal ignorancia piensa!

D. LUCAS.

Quien sabe, que Calderón
dice en la quinta comedia,
hablando de las mujeres,
que no hay alhaja, que sea
tan buena como la mala,
tan mala como la buena.

TALAVERON.

Al revés me la vestí.

D. LUCAS.

Y asi, la que está en conserva
para mí, en el natural
ha de ser de una jaléa.

D. HENRIQUE.

¿No es Doña Leonor Chinchilla?

D. LUCAS.

Esa propia, y desde aquesta
mismísima hora, usté
la ha de galantear.

D. HENRIQUE.

¿Qué intentas,
hombre?

D. LUCAS.

Saber, señor mio,
de la pata que cojea.
Si ella al continuo combate

se tiene tiesa que tiesa,
merece en mí un Montañes
con todas las incidencias
de Executoria y de sangre;
si se ablanda, como breva,
con un escudero mio
le sobra mucho á la puerca.
Para lograr este aquel,
os da lugar y licencia,
el ser mi amigo, y poder
entrar, á verme y á verla.
De todo quanto pasare,
de la forma que suceda,
me avisareis, y con eso
se amansará mi conciencia,
que ha dias, que mi discurso
daba en esta sutileza.
Y pues que cosas tan cosas,
que á ser cosicosas llegan,
si apriesamente se rumian,
mente despacio se piensan:
idme a ver presto; que á casa
voy, á esperar la respuesta. *vase.*

GARTAPACIO.

Disparóse: los demonios
que le den pique. *vase.*

D. HENRIQUE.

¡Hay tan necia

proposicion!

D. ANTONIO.

Hombre, ó diablo,
¿pues tal ocasion no acetas?
Si el propio, que te compite,
te hace espalda, da por hecha
tu fortuna, y á este bruto
dale papilla.

TALAVERON.

¿Quién yerra
esa eleccion?

D. HENRIQUE.

Decís bien.
Y pues, asi que anochezca,
estoy de Leonor citado,
un tono siendo la seña,
venid. *vase.*

D. ANTONIO.

Vamos; que tambien
á mí mi tonta me espera. *vase.*

TALAVERON.

Quiera Dios, que pare en bien
tanto, como el diablo enreda. *vase.*

Sale Florela vestida á la Flamenca con luz, que la pone encima de un bufete.

FLORELA *cantando.*

Ahora que á solas

podemos los dos, &c.

Sale Don Pedro Chinchilla de letrado.

D. PEDRO.

¡Qué bien canta esta mujer!
Florela.

FLORELA.

Señor:::

D. PEDRO.

Por raras
contigencias apelaste
al amparo de mi casa.
Hija en Amberes naciste
de una ilustrisima dama,
y un caballero Hespañol.
No sé que amante desgracia
de amor á Hespaña te traxo;
pero una vez en Hespaña,
y en mi poder, te recuso
esa tristeza ordinaria;
pues quando de proprio motu,
contestando á la demanda
tuya y de Octavio, te admito
con mis hijas, eso basta
por lo favorable, y por lo
que resulta de la causa,
á que estés muy satisfecha.

FLORELA.

Y á que rendida á esas plantas

os reconozca por puerto
de la deshecha borrasca
de mi vida.

D. PEDRO.

La Flamenca
tiene muchisima gracia.
¿Mas que fuera, que Cupido,
no obstante mi edad, tratára
de hacer entre mis afectos
tan semiplena probanza
de inclinacion, que perdiese
del albedrio en la sala,
mi libertad en tenuta?
Pero á bien, que Sanchez trata
de matrimonio, y con él
Barroso, Olea y Diana;
y lo que es la propiedad,
no le ha de salir barata.
Florela, á Dios; que ya vuelvo. *vase.*

FLORELA.

Esto solo le faltaba
á mi dolor: que en veneno
se convierta la triaca;
y este anciano, á quien mi amparo
la estrella enemiga encarga,
en mi contrario se mude.
¡Ay Henrique! quien juzgára,
qué yo :::-

Salen Doña Melchora y Juana con mantos.

D. MELCHORA.

¿Florela?

FLORELA.

¿Señora?

D. MELCHORA.

Ya ha media hora, mi hermana
se desgañita por tí.

FLORELA.

Iré á ver, lo que manda. *vase.*

JUANA.

Como sea cantar, que es sola
de esta friota la gracia,
irá en un pie.

D. MELCHORA.

Pues mi padre
está fuera, y no está en casa,
dile á Don Antonio, que entre;
ya que por la puerta falsa
le embocaste acá.

Sale Don Antonio.

D. ANTONIO.

No tiene
que ir, á conducirme Juana;
que yo salamandra activa
al incendio de tu llama
me adelanté.

D. MELCHORA.

¿Qué decis?
¿Qué viva yo en Salamanca?
¿Pues qué, embarazo en Madrid?
¿Pues qué, teneis otra dama?
¿Pues qué, me quereis dexar?

JUANA.

Mi señora es insensata.

D. ANTONIO.

No adelanteis groserias,
que no caben, en quien ama.

D. MELCHORA.

Bien me pagais el tener,
una gran cosa pensada,
que deciros de mi amor.

D. ANTONIO.

Decid: que mi fe la aguarda.

D. MELCHORA.

Pues, querido Don Antonio,
de mi vida y de mi alma,
el arbolito, que vuela,
el paxarillo, que pára,
el pececito, que ruge,
la fierecita, que canta,
todos en comparacion
de tu persona gallarda
son, son, son::: ¡Valgate Dios!
Ahora una cosilla entraba,

que, si me acordára de ella,
de pura risa lloráras;
porque arbol, pajaro, pez,
y fiera, todo paraba
en decir, que si, que no,
torna, vuelve, toma y daca.

JUANA.

No se puede decir mas.

D. ANTONIO.

¡Habrá necedad mas crasa!
Esta mujer pareciera
mucho mejor, si callára.

D. LUCAS *dentro.*

Juana, alumbra.

D. MELCHORA.

Este es Don Lucas.

DON ANTONIO.

¡Pleguete Christo con mi alma!
¿Qué hemos de hacer?

JUANA.

En mi quarto
te entraré, mientras él pasa
al suyo. Vamos, pues.

D. ANTONIO.

Oyes:
por tu vida que no hagas,
que me quede por las costas.

Entrase Don Antonio en el aposento del lado izquierdo, y por el otro salen Cartapacio y Don Lucas, que trahe un vulto debajo la capa.

D. LUCAS.

¿Melchora?

D. MELCHORA.

¿Don Lucas?

D. LUCAS.

Gracias,
al gallo de la pasion,
que te hallo sola, y sin mazas,
para expresarte mi afecto.

D. ANTONIO.

¡Qué oygo, Cielos!

CARTAPACIO.

Dile, acaba,
lo que quisieres; que yo
estaré aqui de atalaya.

D. LUCAS.

Hija, ya tú sabes, que eres
por tu hermosura y tu gala
y tu discrecion la flecha,
que mas me como se llama.

D. MELCHORA.

Ya sé yo, que tú me tienes
un amor como unas natas.

D. LUCAS.

Pues, porque mi amor conozcas,
hoy pasando por la plaza,
no obstante las reverendas
de todas mis zarandajas,
te compré estas dos gallinas,
para que almuerces mañana.
Tomalas por vida tuya.

D. ANTONIO.

¡Vive Dios, que la regala,
y ella lo admite!

D. LUCAS.

El misterio
de amor y gallina calla
mucho mas de lo que dice;
pues significa en substancia,
que en esta accion mi fineza
queda harto cacareada.

CARTAPACIO.

Y que emplumado el cariño,
cobra en tu favor mas alas.

D. LUCAS.

Lo que te encargo por Dios
y su Madre sacrosanta
es, que Juana, ni Florela,
ni tu Padre, ni tu hermana
las vean; porque descubren
de miche á miche la maula

de nuestro afecto.

D. MELCHORA.

Pues yo
no tengo, donde guardarlas.

D. LUCAS.

¿No? ¿Pues, cómo yo las traygo
en la petrina colgadas,
no puedes ponerlas entre
ese manto rebujadas?

D. MELCHORA.

Dices bien, por vida mia:
ayudame tú, á liarlas. *á Cartapacio.*

D. LUCAS.

¿Cómo qué ayude? No son
favores para panarras.

CARTAPACIO.

Pues no serán para usted.

Sale Leonor.

D. LEONOR.

¿Melchora?

D. MELCHORA.

¡Ay Virgen soberana!
que me las ve. San Anton,
ciegala.

D. LEONOR.

¿Qué tienes? habla.
¿Y vos, Don Lucas, qué haceis
con Melchora aqui?

D. LUCAS.

Yo estaba
diciendola, que si::: A Dios;
fueronseme las palabras.

D. LEONOR.

¿Qué vulto, Melchora, es
ese, que te hace la espalda?

D. MELCHORA.

Me ha salido una corcoba.
Callen las descomulgadas.

D. LEONOR.

Pues las corcobas no gruñen.

D. MELCHORA.

¿No hay, quien por música canta?
¿Pues por qué no puedo yo,
por brazos ó por garganta
gruñir, lo que yo quisiere?

D. LEONOR.

Dime, que tienes.

D. MELCHORA.

No es nada.
Don Lucas te lo dirá. *vase.*

D. LEONOR.

¿Don Lucas, qué es esto, en que anda
Melchora?

D. LUCAS.

¿En qué anda? En las piernas,
si es que las tienen las damas.

¡Vive Dios, que tal pregunta
no se hiciera en la Montaña. *vase.*

D. LEONOR.

Cartapacio.

CARTAPACIO.

Usted discurra,
que yo no respondo á nada;
que en materias de secreto
soy un escollo con calzas. *vase.*

D. ANTONIO *al paño.*

Todos se van, y no veo,
por donde escapar.

D. LEONOR.

Si el ansia,
con que espero á Don Henrique,
me permitiera apurarla,
yo descifrára este enigma:
pero, quando á la ventana
dexo á Florela á que cante,
que es la seña concertada,
antes les debo estimar,
que de este sitio se vayan.
Don Lucas se entró en su quarto,
Melchora con las criadas,
que es su costumbre, estará:
abierta la puerta falsa
á Henrique el paso le ofrece.
¡Oh quanto Florela tarda

en decir, para que logre,
la suerte, á que aspira el alma:::

FLORELA *cantando.*

Servía en Oran al Rey
un Hespañol con dos lanzas,
y con el alma y la vida
á una gallarda Africana.

Salen por mano izquierda Talaveron, y Don Henrique con espadas y broqueles.

D. HENRIQUE.

Esta es la seña.

TALAVERON.

¿Sabrás,
á qué hora nos descalabran?

D. LEONOR.

Don Henrique:::

D. HENRIQUE.

Leonor bella:::

D. ANTONIO.

Ya esto está mejor que estaba.

D. LEONOR.

¡Con quánto susto mi afecto
entre impaciencias te aguarda!

D. HENRIQUE.

Como en casa tienes dueño,
que sacrifique á tus aras
debidas adoraciones,

temi, fuese la tardanza
ese motivo.

D. LEONOR.

¡Ay, Henrique,
quán de confiado hablas!

D. ANTONIO.

Yo llego; pues á los dos
no importa, para que salga,
que me descubra.

Saca la cabeza embozado Don Antonio: velo Don Henrique á tiempo que se va á desembozar, y mata la luz.

D. HENRIQUE.

¡Qué miro!
Un hombre está allí. ¡Ah tyrana!

D. ANTONIO.

Yo soy. Mas ¡valgame el cielo!
maté la luz.

D. LEONOR.

Tente, aguarda,
Don Henrique.

TALAVERON.

Volaverunt.

D. HENRIQUE.

Hombre, ilusion ó fantasma,
prueba el acero conmigo.

D. ANTONIO.

Bueno estoy yo, si me envasa,

sin conocerme mi amigo.
En todo caso la espada
por delante. Don Henrique:::

TALAVERON.

¿Que Don Henrique, ó que haca?

D. HENRIQUE.

¡Qué mi saña no te ancuentre!

D. ANTONIO.

Si alcanzo una cuchillada,
por galantear una tonta,
estoy como en una caxa.

D. LEONOR.

Florela, trahe una luz.

TALAVERON.

Ya se albòrota la casa.

Golpes á la puerta de mano derecha.

D. LUCAS *dentro.*

¿Qué ruido es aquel?

D. PEDRO *dentro.*

Yo soy.
¿No hay un diablo, que me abra?

D. HENRIQUE.

¡Gran confusion!

D. ANTONIO.

¡Fiero empeño!

Sale Florela con luz.

FLORELA.

Ya está aqui, como me encargas,

la luz. ¡Pero ay de mí triste!

D. LEONOR.

No te espantes: llega, acaba.

D. HENRIQUE.

¡Qué miro!

D. ANTONIO.

¡Qué veo!

FLORELA.

¿No quieres
que me asombre mi desgracia
repetida? Esos dos hombres,
son, señora, los que causan
mi desventura.

D. LEONOR.

¿Qué dices?

FLORELA.

Que son los dos, que en mi patria
me quisieron: que es el uno,
de quien vivo énamorada,
y á quien aborrezco, el otro.
Y sin duda, que en tu casa
me buscan ambos; y asi,
mi vida, señora, ampara;
que yo sin alma, sin voz,
sin aliento, sin palabras,
sin discurso, aun movimiento
para la fuga me falta.

Vase, dexando caer la luz.

TALAVERON.

Otra vez voló la luz.

D. PEDRO.

¿Estais dormidos, canalla?

D. HENRIQUE.

¡Florela en Madrid, pesares!

D. ANTONIO.

¡Dichas, Florela en Hespaña!

D. LEONOR.

Sin saber, que me sucede,
sustos y zelos me matan.

D. ANTONIO.

Hallé el primer escondite.

D. LUCAS.

Aqui es el rumor: avanza,
Cartapacio: ¡Mas qué miro!

Saca luz.

D. HENRIQUE.

¿Don Lucas?

D. LUCAS.

¡Buena entruchada!
Pues vos con Leonor, y á obscuras,
¿qué haceis dentro de mi casa?

D. HENRIQUE.

Yo no sé, qué le responda. *aparte.*

D. LEONOR.

¡Ah traydor, qué mal me pagas!

D. LUCAS.

Hablad, ó por Jesu-Christo,
que os descosa media panza.

CARTAPACIO.

Dios te tenga de su mano.

D. HENRIQUE.

Esto es, poneros en planta
vuestra intencion, y venía,
de la materia tratada
hoy entre los dos á daros
respuesta.

D. LUCAS.

¿Pues es cebada,
que se descabeza?

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

En fin,
hasta que rompí la aldaba,
no se os hicieron notorias
mis coces ni mis patadas.
¿Mas quién está aqui?

D. LUCAS.

Un amigo.

D. PEDRO.

¿A quién busca?

D. LUCAS.

A un camarada.

D. PEDRO.

¿Es á mí?

D. LUCAS.

O á la sortija.

D. PEDRO.

Cosa es, que pide probanza;
por ser la hora extraña.

D. LUCAS.

Trate
de picarse, si le rasca;
que esto no le toca al viejo.
Caballero, usted se vaya.

D. HENRIQUE.

Estando aqui Don Antonio,
fuera en mi amistad infamia,
no sacarle á todo trance.

Sale corriendo trás las gallinas Melchora.

D. MELCHORA.

Pitas, pitas. ¡Ay que saltan!
¡Ay que se ván!

D. LUCAS.

Tome usted,
estotra con la embaxada
que sale ahora.

D. PEDRO.

Melchorica,
¿Qué es esto?

D. MELCHORA.

Padre de mi alma,
que he comprado estas gallinas,
y no quiero, que se vayan.

CARTAPACIO.

Ox aqui.

JUANA.

¿Qué bobería?

D. PEDRO.

Pues otorga la fianza
Don Lucas, ya os podeis ir.

D. HENRIQUE.

No me voy, hasta que salga
una persona, que está
en aquel quarto encerrada.

D. LEONOR.

Librar quiere á Don Antonio,
y en mi opinion no repara.

D. PEDRO.

¿Don Lucas, quién está alli?

D. LUCAS.

Qué sé yo.

Al paño Don Antonio, vestido de mujer, con guardapies y mantilla.

D. ANTONIO.

Ya hallé una traza,
para escaparme, famosa;
pues, como es de la criada

este quarto, una mantilla
y un guardapies en su cama
he visto, y me le he vestido.

JUANA.

¿Señores, tal zalagarda
en qué parará?

D. PEDRO.

¿Don Lucas,
qué decís?

D. LUCAS.

Que es patarata;
que en este quarto no hay nadie.

Sale D. Antonio, y dá un pellizco á D. Lucas al pasar muy de priesa.

D. ANTONIO.

¿Cómo que no? Esto esperaba
yo á ver, picaro: alevoso,
ya verás, lo que te pasa.

D. LUCAS.

¿Mujer de dos mil demonios,
tienes dedos, ó tenazas?

Todos.

¿Qué es esto?

D. LUCAS.

¿Pues yo qué sé?

D. HENRIQUE.

Ahora está bien, que me vaya.

TALAVERON.

Don Antonio la logró. *vase.*

D. PEDRO.

Bueno por cierto; ¿Encerradas
me teneis pelandusquitas?

D. LUCAS.

¡Yo dusquitas ni pelandas!
Plegue á Christo:::

D. PEDRO.

Bien, Don Lucas;
ya por indecencia tanta
queda desde hoy la sentencia
de casamiento anulada. *vase.*

D. LUCAS.

Leonor, por la cruz de Dios:::

D. LEONOR.

Buena estoy yo para gracias. *vase.*

D. LUCAS.

Juana, si yo ví mujer:::

JUANA.

¿Pues qué teneis cataratas? *vase.*

D. LUCAS.

Cartapacio, ya tú sabes
mi ignorancia.

CARTAPACIO.

Es una infamia,
que te se atribuya un hecho
de tan viles circunstancias. *vase.*

D. LUCAS.

¿Melchora?

D. MELCHORA.

¿Qué es lo que quiere?

D. LUCAS.

Si yo :::

D. MELCHORA.

No me hable palabra.

D. LUCAS.

Entré mujer:::

D. MELCHORA.

Yo la ví:
por señas que tenia barbas.

D. LUCAS.

No digas tal, que al creerte
de mi amor desconfiada,
quiere andar mi entendimiento
á coces con mi desgracia.

D. MELCHORA.

¡Ah traydor! Que me has dexado,
al ver tus carantumaulas,
entre el temor y el afecto
hecho el cariño una plasta.

D. LUCAS.

¿No bastará, á persuadirte
ver, dulcisima tyrana,
entre lagrimas y mocos
mis verdades estofadas?

D. MELCHORA.

No, aleve; que allá en mi idéa,
tal vez dura, tal vez blanda,
lo que la razon somete,
el desengaño sonsaca.

D. LUCAS.

Pues yo me voy, á tomar
por veneno de mis ansias
con un bizcocho de á libra
un vaso de leche helada.

D. MELCHORA.

¿Ese es amor?

D. LUCAS.

Es arrojo.

D. MELCHORA.

Eres un ruin.

D. LUCAS.

Tú una zayna.

D. MELCHORA.

Lucas, murió mi fineza.

D. LUCAS.

Melchora, pues enterrarla.

D. MELCHORA.

El se escurre.

D. LUCAS.

Ella se vá.

D. MELCHORA.

Ah Alquitibi.

D. LUCAS.

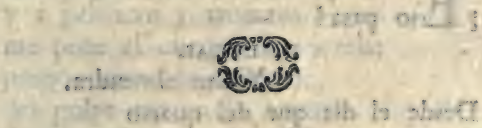
Ah mariblanca.

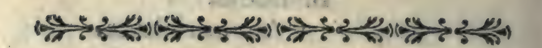
D. MELCHORA.

¡*Oh Domine*! Contra tí
sermo sermonis me valga.

D. LUCAS.

¡*Oh Musa*! ¡Quién comprehendiera,
si eres musa, ó musaraña!





JORNADA SEGUNDA.



Salen Don Henrique y Talaverón, y Don Lucas vestido de Pasante, golilla muy grande, y asimismo Cartapacio.

D. HENRIQUE.

¿Eso pasa?

D. LUCAS.

Y esto almendra.
Desde el dia que del quarto
de Juana se vió salir,
sin que nadie hubiese entrado,
una mujer casi hombre,
con mas barbas que un zamarro,
se oye en la casa un gran ruido,
como de haberse soltado
una legion de demonios
tras una sarta de diablos.

D. HENRIQUE.

¿Qué decis?

D. LUCAS.

¿Qué he de decir?
que estoy medio espiritado.

D. HENRIQUE.

¿Y no hace mas de hacer ruido
ese duende, ó ese encanto?

D. LUCAS.

La noche que se le antoja,
despues que sobre mis cascos
en un desván, que es hojaldre
del pastelon de mi quarto,
al son del triste de Jorge
suele baylar el canario,
me apaga la luz de un soplo,
y á pellizcos y azotazos
me pone el cuerpo de mezcla;
porque como lo morado
del golpe cae en lo amusco
de un pellejo no muy blanco,
parezco por la mañana
vulto de carton jaspeado,
ó estatua de ebano puerco,
con vetas de palo santo.

D. HENRIQUE.

¿Pues es posible, Don Lucas,
que remedio no se ha hallado
por conjuro ó por precepto
contra ese espíritu?

D. LUCAS.

Hermano,
un demonio, que porfia,
es demonio por dos lados.
Todo está pasado en cuenta:
y no habiendo aprovechado
nada, á el ultimo remedio,
como dicen, apelamos.
Con dos velas encendidas,
dos almireces sonando,
de servilletas las mozas,
de rodillas los criados,
sacamos Don Pedro y yo
de un cofre de felpa y raso
la mas horrible reliquia,
que tiene el genero humano.

D. HENRIQUE.

¿Y quál es?

D. LUCAS.

La executoria
de los Chinchillas, hidalgos
in sæcula sæculorum,
que tuorum, que tuarum:
y ésta y el titulo antiguo,
que á un tal nuestro antepasado
Gutibamba de Chinchilla
dió Noé, estando embarcado
en el Arca, en que le hace

de la Hermandad Secretario,
Familiar del Santo Oficio,
y Merino de Toranzo,
se los pusimos al duende.

D. HENRIQUE.

¿Y qué hizo en fin?

D. LUCAS.

No hacer caso:
con lo qual hemos creido,
que está el duende excomulgado.

D. HENRIQUE.

¿Habráse visto otro necio
de tan raros entusiasmos?

CARTAPACIO.

¿Atropellar exêmpciones,
y executar á porrazos?
Matenme, si el duendecillo
no ha sido Alcalde Ordinario.

D. HENRIQUE.

¿Y ese nuevo trage, amigo,
qué indica?

D. LUCAS.

Que ya el bellaco
de mi suegro el otro dia
me echó de cabeza al patio.

D. HENRIQUE.

¡Cómo!

D. LUCAS.

Como ya en la junta
me recibió de Avogasno.

TALAVERON.

¿Y á vos?

CARTAPACIO.

Yo, señor, ni aun soy
Pasante de Cirujano.

D. LUCAS.

Para mí es brava cucaña:
porque con dos espantajos
de reproduzco, me afirmo,
lo del caso necesario,
media docena de Yporques,
el susodicho á la mano,
y un demonio de aceytera,
que anda los fines manchando
de qualquiera peticion,
vá el litigante pasmado;
mi suegro mama un doblon,
y yo pillo un real de á quatro.

D. HENRIQUE.

Eso no se puede errar.

D. LUCAS.

Tambien tiene Cartapacio
el empleo de delirio.

D. HENRIQUE.

¡De delirio!

D. LUCAS.

Es que de un rasgo
borra los entendimientos,
aunque sean de cien años.

CARTAPACIO.

Ea, que todos solemos
retozar con Justiniano
y Pandectas.

D. LUCAS.

Es verdad:
él suele escribir á ratos.
El otro dia fui á hablar
sobre un pleyto, en que un cuñado
de una tia, que era hermana
de una prima de su hermano,
dió muerte á un pariente de otro;
y ni veinte papagayos
pudieran hablar mejor,
porque yo saqué á Ulpiano
á danzar, á Rafaél,
Fulgoso, Alberto, y Oldrado:
y cité sobre la prueba
á Juanini, que de emplastos
trata con admiracion:
ibanmelo celebrando,
y yo apretaba de tieso.
Salió Moreto al estrado,
Villegas de *Flos Sanctorum*,

Dioscorides de Doaldo,
Doña Maria de Zayas,
la Historia de Carlo Magno:
Y viendo, que ahun todavia
estaba el cuento rehacio,
eché á Calderon acuestas,
que es quien mejor trata de Autos.

D. HENRIQUE.

¿Y qué hubo?

D. LUCAS.

Todo el concurso
me dió infinitos aplausos.

D. HENRIQUE.

¿Y saliste con el pleyto?

D. LUCAS.

No con todo, mas con algo;
porque al que yo defendia,
que saliese desterrado,
le alzaron todo el destierro;
mas fue, porque le ahorcaron.

TALAVERRON.

Tal fue la defensa.

D. LUCAS.

¿Digo,
parece, que somos zaynos?
¿Don Henrique, ú Don Demonio,
no me decís, en que estado
estais, con la que ha de ser

costilla de este cuerpazo?

D. HENRIQUE.

Mucho, amigo, se resiste.

D. LUCAS.

¿Vos no la haceis arrumacos?

D. HENRIQUE.

Encarezcola mi amor.

D. LUCAS.

Si no fingís, que os dá un flato
por ella, y os vé ella misma
echar la lengua de un palmo,
no ha de darse por vencida.

D. HENRIQUE.

Mas vale hacerme pedazos.

D. LUCAS.

Don Henrique, sois un bobo:
no conoceis estos trasgos.
Hay mujer, que dice á todo.
Qué porqueria! ¡Qué asco!
¡Qué bazofia! Y con los ojos
se quiere comer el plato.

CARTAPACIO.

Dios le libre á usted de algunas
gaticas de Mari Ramos,
que la juegan de mandoque.

D. HENRIQUE.

Ella os está idolatrando.

D. LUCAS.

¿Con efecto?

D. HENRIQUE.

Con efecto.

D. LUCAS.

¿Sin engaño?

D. HENRIQUE.

Sin engaño.

D. LUCAS.

¡Qué á todos los Montañeses,
nos aprecie el mundo tanto!
¡Valgame Dios! ¿Qué tenemos,
que todo lo acogotamos?

Sale Don Antonio.

D. ANTONIO.

¿Don Henrique?

D. HENRIQUE.

¿Don Antonio?

D. LUCAS.

¡*Verbum caro*! ¡*Verbum caro*!
¡*San speculum justitiæ*!

D. ANTONIO.

Todo hoy se me ha ido, en buscaros,
sin poder veros.

D. LUCAS.

¿Este hombre
no es la mujer, que del quarto
de Juana salió?

D. HENRIQUE.

Notad,
con qué asombro está mirando
Don Lucas.

D. ANTONIO.

Es que al entrar,
cojiendome descuidado,
antes que con la mantilla
me recatase, de plano
me vió el rostro.

D. LUCAS.

¿Si es el duende,
que anda siguiendo mis pasos?

D. HENRIQUE.

Pues buena la habemos hecho.

D. ANTONIO.

¿Pues puede este tontonazo
imaginar, que soy yo?

D. LUCAS.

¿Don Henrique?

D. HENRIQUE.

A deslumbrarlo
apelemos.

D. LUCAS.

Don Henrique,
decidme, asi un Mayorazgo
os dé Dios por un hijar,
si ese hombre, que os está hablando,

ha sido acaso mujer,
antes de ser hombre humano.

D. HENRIQUE.

¿Estais en vos?

D. LUCAS.

Yo lo digo:::

D. HENRIQUE.

No abrais para eso los labios;
que es desatino.

D. LUCAS.

Mirad:::

D. HENRIQUE.

Juicios teneis temerarios.

D. LUCAS.

¿Pues si le he visto gallina,
no he de preguntar, si es gallo?

D. HENRIQUE.

Proseguid en esa tema,
y vendrá, á desafiaros
por la afrenta.

D. LUCAS.

Peor es eso,
que el nacer un hombre calvo.
Y pues sin duda es el duende
éste, que me anda barbando
con ojos, con fantasías
de Vizconde enamorado,
mas vale escapar.

D. ANTONIO.

¿Don Lucas?

D. LUCAS.

¿Don Demonio?

D. ANTONIO.

He reparado:::

D. LUCAS.

Hicisteis mal.

D. ANTONIO.

En que estais:::

D. LUCAS.

Ni estube, ni estoy, ni he estado.

D. ANTONIO.

Mirandome.

D. LUCAS.

Ya no os miro.

D. ANTONIO.

Y yo:::

D. LUCAS.

No os acerqueis tanto:
Fugite partes Duendorum. *vase.*

CARTAPACIO.

Exi foras, adversarium. *vase.*

TALAVERON.

Raras piezas amo y mozo.

D. HENRIQUE.

Con efecto, él ha juzgado,
que sois fantasma.

D. ANTONIO.

¿Y qué soy
la vez que no tengo un quarto?

TALAVERON.

Espantajo del que espera,
que le han de pedir prestado.

D. HENRIQUE.

¿Quién habrá dado motivo,
á que crea, que anda el diablo
en su aposento?

D. ANTONIO.

Sabed,
que, desde que disfrazado
de mujer, saqué á Don Lucas
de un pellizco medio brazo,
Doña Melchora la tonta,
en estár zelosa, ha dado
dél, y el modo de vengar
este mantillesco agravio,
ha sido, martirizarle
á pellizcos y á porrazos;
pues ella y Juana de noche
dexan, que estén acostados
todos, y con otra llave,
que han hecho hacer para el caso,
entran en el aposento
de Don Lucas, y en matando
la luz, le dan una felpa

peor que si fuera un raso:
y como solo es con él
el estruendo, los criados,
Don Pedro y los demás hacen
burla, aunque él esté gritando,
y no creen, que hay tal duende.

TALAVERON.

Si solo tienen la mano
de hierro para Don Lucas,
hacen muy bien.

Salen Juana y Doña Melchora.

D. ENRIQUE.

Mas dos mantos
se acercan. ¿Está mí?

D. MELCHORA.

No:
al de hácia esotro lado.

TALAVERON.

¿A mí?

JUANA.

Tampuerco.

D. ANTONIO.

Sin duda,
que soy yo el venturonazo.

D. MELCHORA.

Claro está. ¡Jesus mil veces!
¿Veis, que soy yo la que os llamo,
y os estais hecho un pegote?

D. ANTONIO.

¿Pues con el rostro embozado,
era facil, conoceros?

D. MELCHORA.

¿Pues es, con lo que me tapo,
alguna pared maestra,
ó un tafetan tan delgado,
que le pasa un alfiler?
¿Y vos, para penetrarlo,
no teneis habilidad?
No está el disimulo malo:
metedme el dedo en la boca.

D. ANTONIO.

No acierta, á descubrir tanto;
aunque mi vista es de lince.

D. MELCHORA.

¿De lienzo? Pues será un pasmo,
teher niñas de cambray
con pestañas de Santiago.

D. HENRIQUE.

Don Antonio, esta mujer
es peor, si lo apuramos,
que Don Lucas.

D. ANTONIO.

En mí es ésta
mas diversion, que cuidado;
pues quando á Florela adoro,
mal de otra pasion me arrastro.

TALAVERON.

¿Y con efecto, contigo
no hace papel Cartapacio?

JUANA.

No he gustado yo en mi vida
de remoques ordinarios.

D. ANTONIO.

¿Cómo ha sido esta ventura,
de salir hoy?

D. MELCHORA.

El criado
se fue á pleytos con Don Lucas,
y quise pasar de un tranco,
como quien vá hácia una parte,
y volviendo á esotra mano,
se halla, donde está de pies
quatro dedos mas abajo.
Solo por veros salí,
y pues al salir os hallo,
salí bien con mi salida,
saliendo, con lo que salgo.

D. ANTONIO.

¿Y qué es?

D. MELCHORA.

A deciros como
ya está mi padre tratando
de comprar la Señoría
á unas Monjas, que heredaron

un Titulo, que al Convento
le llevó en dote el Vicario:
y no está la diferencia
mas que en catorce ducados.
Yo os escribo este papel,
y es mio, y por no fiarlo
de otra, le traygo yo propia,
y yo me quedo esperando
á mí misma, y bien podeis
entrar los ojos cerrados,
á leerle.

D. HENRIQUE.

Veamosle presto;
que el papel será un milagro.

Lee D. ANTONIO.

Encumbrado dueño mio,
ya sabes, que yo te amo,
salga uno, salgan dos,
salgan tres, ó salgan quatro.
Yo, por verte Señoría,
aunque fuese entre farrapos,
diera tres dedos, y aun cinco,
que sobran á mi zapato:
y así, pues andamos tras
de ún Titulo estrafalario,
sabe tú, lo que me toca
en cada mes, ó cada año
de alimentos de esta dicha

Señoría ; y si el retázo
de este honor puede llevarse
por dote en lugar de trastos,
á tí te lo digo , novio,
entiendelo tú , cuñado.

D. HENRIQUE Y D. ANTONIO.

¡Raro papel!

D. MELCHORA.

Pues no es mio;
que aunque yo le fui notando,
me le escribió el aguador,
con que es de su letra y mano.

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

Bueno es , quando le cito ,
de *censibus* á Avendaño,
salirme con Valenzuela,
texto expreso , propio y claro
an expositio Grammaticæ.
¿De qué sirve confutarlo?
Pues luego::: ¡Pero qué miro!

D. MELCHORA.

¡Ay, mi padre! San Hilario.

JUANA.

Mi señor : tapate apriesa.

D. ANTONIO.

¡Fuerte lance!

D. HENRIQUE.

¡Cruel acaso!

D. PEDRO.

A tomarme juramento
en derecho necesario,
dixera:::

JUANA.

¿Señora, qué haces?

D. MELCHORA.

Yo bien sé, lo que me hago.

Tapase con la basquiña.

D. PEDRO.

Que el ayre de esta mujer
contra iure es usurpado
del cuerpo de mi Melchora.

D. ANTONIO.

No temais, pues yo os amparo.

D. HENRIQUE.

En vano es vuestro recelo.

JUANA.

¿Qué envoltorio de los diablos
te estás haciendo?

D. MELCHORA.

No quiero;
tener que pedir al manto;
que es hombre, y será hablador:
la basquiña en todo caso
es mujer, y asi sabrá

disimular un trabajo.
Veamos, si cala la vista
de mi padre el mamparado,
la olandilla y la badana
del ruedo, y mas confitado
de la cazcarria de un mes.

D. PEDRO.

El ver, que se encubra tanto
de mí esa dama:::

D. ANTONIO.

¡Hay tal necia!

D. PEDRO.

Caballeros, me ha causado
novedad, y asi quisiera:::

D. HENRIQUE.

Señor Don Pedro, logrando
yo esta ocasion, que anhelaba
desde que por un acaso
os ví en vuestra casa, aspiro,
á que vuestro soberano
ingenio (id conmigo) pueda
de cierta duda sacarnos.

TALAVERON.

Que os mira. *aparte.*

D. ANTONIO.

Ya os he entendido.

D. PEDRO.

Decid, que á todo estoy llano.

D. HENRIQUE.

Asi remediarlo intento.
Esa dama, que al recato
escrupuloso entregada
se os encubre, de un hidalgo
Montañés es viuda.

D. PEDRO.

¡Viuda!

D. MELCHORA.

Si, señor, por mis pecados.

JUANA.

Señora, calla.

D. MELCHORA.

No quiero;
que ya que me estoy ahogando,
quiero morir con mi habla.

D. PEDRO.

Lo que presumí, fue engaño.

D. HENRIQUE.

Tiene un hermano esta niña
Titulo, y está en estado
la tal de segunda boda.

D. MELCHORA.

Tomo la primera, y callo.

D. ANTONIO.

Tú harás, que todo lo erremos.

D. HENRIQUE.

Quiere, segun ha mostrado

en este papel, saber,
por ser al tal Mayorazgo
inmediata, qüé la toca
de honor en el comun trato
de Señoría *in spe*:
y si por serlo su hermano,
alguna porcion le alcanza.

D. PEDRO.

En verdad que el punto es árduo:
pues aun Otalora dice
en el capitulo octavo,
folio trescientos y doce,
que pueden ser dos hermanos
dado el uno por pechero,
y otro por noble, probando
el uno, y el otro nó,
ser su origen noble y claro:
menos si en solar antiguo
Executoria ó Despacho
legitimo recayese
la sentencia, declarando
noble al uno, que esto basta
para que se entienda en ambos;
mas siendo esa mi señora,
como me habeis afirmado,
viuda ya de un Montañés,
la ennobleció su contacto
de forma, que aunque no fuese

por todos quatro costados
hidalga, lo quedaria
por ser su viuda. *Probatur*
per Grammaticam Henrici
ad Codigum Toletanus
directa; con que ya noble,
recae con otro aparato,
aunque no la Señoría
entera, lo necesario
de ella, para distinguirse
de merced un tanto quanto.

D. ANTONIO.

Pues vos habeis de tomar
este pleyto á vuestro cargo,
por ser de mujer ilustre.

D. PEDRO.

Yo estoy un poco ocupado:
mi sobrino, mi Luquillas,
que está en esto como un rayo,
la demanda dispondrá.

D. ANTONIO.

Pues, quedando en tales manos
vuestra dependiencia, bien
podeis iros sin cuidado.

D. MELCHORA.

Dios os guarde.

D. PEDRO.

Y á Usiría

prospere el cielo mil años.

D. MELCHORA.

No mas, no mas.

D. PEDRO.

Esto es deuda.

D. MELCHORA.

Quedese el buen avogado.

D. PEDRO.

Por viuda de Montañes,
aun es poco extremo, el que hago.

JUANA.

Vamos con treinta mil sastres. *vanse.*

D. HENRIQUE.

Yo intento comunicaros
otra dependiencia mia,
señor Don Pedro, y he andado,
buscándoos en las audiencias;
y ni en ellas, ni en palacio
os he podido encontrar.

D. PEDRO.

Lo cierto, á las once y quarto
del dia en mi estudio.

D. HENRIQUE.

Bien.

D. ANTONIO.

Ya que la esquina han doblado,
van sin riesgo. Yo, que tengo
que poner a mi cuñado

quatro demandas á un tiempo,
¿podré tambien, confiaros
esta empresa?

D. PEDRO.

Os aseguro,
que va sobre mí cargando
todo un orbe; pero en fin,
procuraré, por un rato
desembarazarme. A Dios;
que las doce están sonando,
y tengo en la Vicaria
cierto pleyto señalado
para hoy; y desde aqui he visto,
ir hácia allá á mi contrario;
mas no me la ha de pegar,
por madrugar mas temprano;
quia non domitat Homerus. *vase.*

D. HENRIQUE.

Hombres son extraordinarios
tio y sobrino.

D. ANTONIO.

¿Y la tal
Melchora, no se ha escapado
en una tabla?

D. HENRIQUE.

Yo intento,
pues ya su permiso alcanzo,
como que á algun pleyto voy,

ver á Leonor; aunque estando
lo que aborrezco (¡ay de mí!)
tan cerca, de lo que amo,
mucho mi fortuna temo.

D. ANTONIO.

Yo á ver, si acaso llegaron
sin riesgo Melchora y Juana,
despues iré; aunque es engaño; *ap.*
que, á ver si en Florela logro,
ver la deidad que idolatro,
mi pasion me lleva.

D. HENRIQUE.

Y pues
de Don Antonio recato, *ap.*
el ser Florela la dama,
que quise en Amberes tanto::-

D. ANTONIO.

Y pues Don Henrique ignora, *ap.*
ser Florela el dueño ingrato
de mi pasion::-

D. HENRIQUE.

Disimule
mi afecto:::

D. ANTONIO.

Finja mi labio:::

Los dos.

Hasta que fortuna y tiempo
abran camino á este encanto.

TALAVERON.

Y hasta que á dos locos tales
pongan en jaulas de palo. *vanse.*

Salen Florela y Doña Leonor.

FLORELA *cantando.*

Como al pensamiento mio
alas da mi corazon,
se va haciendo mi razon
esclava de mi albedrio.

D. LEONOR.

Florela, desde aquel dia,
que en casa dos hombres viste,
y, que eran los dos, dixiste,
uno, á quien aborrecia
tu ceño, otro, á quien amaba
tu corazon, no he podido
penetrar, en qué sentido
por ambos tu pecho hablaba.
Y asi, el querido de tí,
entre los dos, solicito,
saber, qual es.

FLORELA.

Gran delito
fuera, señora, (¡ay de mí!)
que, fiada en tu piedad,
te explicase mi fineza;
si es fuerza, que la entereza
culpe á la facilidad.

FLORELA *cantando.*

Que de amor el sentimiento,
para disculpar su accion,
ha de mirar la pasion
á hurto del entendimiento.

D. LEONOR.

Pues, para alentarte, á que,
fiandote mi secreto,
los tuyos no me recates,
yo adoro :::-

Salen Doña Melchora y Juana con mantos.

D. MELCHORA.

Ya está el conejo
en madriguera.

D. LEONOR.

Melchora,
¿de donde vienes? ¿Qué es esto?

D. MELCHORA.

¡Ay hermana! que me he visto
junto al diablo del infierno.

D. LEONOR.

¿Junto á quien?

D. MELCHORA.

Junto á mi padre.

D. LEONOR.

¿Qué dices?

D. MELCHORA.

Que nos cojieron.

D. LEONOR.

¿En qué?

D. MELCHORA.

En una mala hacienda.
Pero diretelo luego;
que me voy á desnudar.

JUANA.

Vamos: no nos pille el viejo
con los mantos, y conozca
la maula.

D. MELCHORA.

Aquel caballero
Don Henrique, aquel que te hace
zorroclocos y pucheros,
venia detras de mí;
que será á buscarte, creo:
y eso se quiere la mona.

JUANA.

Vamos, señora. *vanse.*

D. LEONOR.

No tengo,
Florela, mas que decirte,
el nombre de Henrique oyendo,
y la noticia, aunque necia,
de lo que en mi amor le debo.
Este secreto :::-

FLORELA.

¡Ay de mí! *ap.*

declararonse mis zelos.

D. LEONOR.

Es, el que solicitaba,
fiarte.

FLORELA.

Y el que me ha muerto. *ap.*

D. LEONOR.

El sube por la escalera;
y pues tu apacible acento
es costumbre en tí, y no puede
ser reparable, te ruego,
que puesta de centinela,
asegures mi recelo,
paseandote por delante
de esa ventana, y en viendo
que alguien viene, avisarás.

FLORELA.

¡A quién se le mandó, cielos,
que tercera de su agravio,
solemnice su tormento,
sino á mí!

Sale Don Henrique.

D. HENRIQUE.

Viendo, ó amado,
divino, apacible dueño,
quan tarde amor restituye
instantes, que roba el tiempo,
de la ocasion convidado;

á verte y servirte, vengo.

FLORELA *cantando.*

Ven en hora felice,
desengaño balagüeño;
que no importa, que hieras,
si es el dolor idioma del remedio.

D. HENRIQUE.

¡Valgame el cielo! Florela:::

D. LEONOR.

Si no estubiese creyendo
yo, que, ó bien aborrecido,
ó bien amado, otro afecto
te debe mas que mi amor,
no temiera, como temo,
que ames y finjas.

D. HENRIQUE.

Qualquiera
cariño, que en otro tiempo,
haya sido como ensayo
del presente rendimiento,
muriendo de escarmentado,
solo puede ser trofeo
del templo del desengaño.

FLORELA.

Ah villano! ya te entiendo.

Canta.

Miente mil veces, miente,
quien engañoso y fiero

labra al otro un delito,
como le ha menester su fingimiento.

D. LEONOR,

¿Viene alguien, Florela?

FLORELA.

Nadie.

D. LEONOR.

Como hiciste tal extremo,
yo imaginé::::

FLORELA.

Si ya sabes,
quan segura estás ¿qué miedo
puede asustar tu ventura?
Vuelve á hablar; que á cantar vuelvo.

D. LEONOR.

Canta; pero sea mas baxo,
que alzando tanto el acento,
no dexas, que nos oygamos.

FLORELA.

Harto oygo, y harto os dexo.

D. HENRIQUE.

¿Quién, cielos, se vió forzado,
á hablar entre dos, temiendo,
ser grosero ó ser cobarde?

D. LEONOR.

¿Con que á tí no te debieron
en otro clima otros ojos
mariposa de su incendio,

alguna atencion?

D. HENRIQUE.

No quieras
hacer un loco de un cuerdo.

D. LEONOR.

¿Cómo?

D. HENRIQUE.

Como no he creido,
que puedan ser verdaderos
jamás instrumentos tales,
que saben llorar riyendo.

FLORELA *llora y canta.*

No así sucede, (¡ay triste!)
á los que aun hoy han hecho
de su verdad testigos
tanta nevada lagrima de fuego.

D. LEONOR.

Ya es mucho afecto, el que miro:
¿Florela?

FLORELA.

Señora.

D. LEONOR.

Pienso,
segun ya cantas, ya lloras,
ya te irritas, que, queriendo
no descubrirte, me has dicho
mas, que yo saber deseo.

Don Henrique, ¿por ventura
uno es de los dos sujetos
de aquel lance?

FLORELA.

Si señora;
pero es, al que yo aborrezco,
y el me aborrece.

D. LEONOR.

¿De veras?

FLORELA.

Preguntaselo.

D. LEONOR.

No quiero;
que basta, que tú lo digas.

ELORELA.

Mi muerte, en viendole, veo.
Una fiera es, es un monstruo,
es un aspid:::-

D. LEONOR.

Quedo, quedo;
que no es todo lo que dices:
que, aunque de escuchar me huelgo,
que le aborrezcas, no tanto,
que ultrages, á lo que aprecio.

FLORELA.

Dices bien; mas yo:::-

D. LEONOR.

Prosigue.

FLORELA.

Si pudiera:::-

D. LEONOR.

Dilo presto.

FLORELA.

Decirte:::-

D. LEONOR.

¿Qué?

FLORELA.

Que esta ira,
que esta llama, que este hielo
es:::

D. LEONOR.

¿Qué es, Florela?

FLORELA.

No es nada.
Vuelve á hablar; que á cantar vuelvo.

D. LEONOR.

¡Qué es esto! O esta mujer
es loca, ó yo no la entiendo.

D. HENRIQUE.

¡Mi bien, un rato, que logro,
me le hurtas con otro objeto!

D. LEONOR.

Segun lo que de él presumo,
mas que le logras, le pierdo.

FLORELA *canta turbada.*

Amor:: ya tú:: mi vida::

iras :: venganzas :: zelos ::
logras :: intentas :: buscas ::
guardate :: corazon :: huye ::

D. LEONOR.

¡Que es esto!

FLORELA.

Que por la escalera sube
gente.

D. LEONOR.

¿Y puede sin rezelo
salir Don Henrique?

FLORELA.

No.

D. LEONOR.

Pues á la puerta apelemos
de esotra calle.

D. HENRIQUE.

¡Oh que poco
sabe durar un contento!

D. LEONOR.

Quedate, á hacer la desecha
tu, Florela, mientras vuelvo. *vase.*

FLORELA.

Ve segura; que si haré.
Valgame Dios. ¡Aquel ciego
amante, que tantas veces
rendido, amoroso y tierno
juró no olbidar jamas

la esclavitud de mi obsequio,
á otra sirve á vista mia!
No puede ser, ó yo sueño.
Por este aleve, este injusto,
este cruel, este fiero
dexé mi patria, y en ella
el bién por el mal cediendo,
las verdades desprecié
de otro amor, que desde luego
á mi voluntad postrado,
me entró afirmando y diciendo:::

Va saliendo Don Antonio.

D. ANTONIO.

Lo que ahora, ingrata bella,
te vuelvo, á afirmar de nuevo,
es; que jamás he tenido
vida, corazon ni aliento,
para mirar otros ojos,
que los tuyos; aunque en ellos
mal vista la adoracion,
se acuse de atrevimiento.

FLORELA.

Don Antonio, ¡cómo vos
entrais aqui!

D. ANTONIO.

De los ecos
de tu dulzura avisado,
como esta casa es mi centro,

desde que tú en ella habitas,
estando en la puerta, y viendo,
que está abierta, entré á buscarte.

FLORELA.

¡Hasta quando he de hallar, cielos,
lo que adoro, desleal,
y fino, lo que aborrezco!
Idos, Don Antonio.

D. ANTONIO.

Antes:::

FLORELA.

Mirad por mi honor.

D. ANTONIO.

Pretendo,
que conozcas:::-

Sale Melchora.

D. MELCHORA.

Leonorica.
¡Mas ay Jesus, lo que veo!
¿Don Antonio de mi alma?

D. ANTONIO.

Mal hayas tú, á que mal tiempo
has venido.

D. MELCHORA.

Ay hijo mio.

FLORELA.

¡Cielos divinos, qué es esto!

D. MELCHORA.

Ya sé, que es esta venida
á buscarme; pero necio,
tontirriton, ya que rabias,
por verme cada momento,
¿no me hubieras avisado?

FLORELA.

Tiene razon, caballero:
¿no avisarais á la dama,
que buscais, para con eso,
no mentir con otra?

D. ANTONIO.

Yo
solo á ti, Florela, quiero.

D. MELCHORA.

Es verdad: para doncella
nuestra, quando nos casemos.

D. ANTONIO.

Quita.

D. MELCHORA.

Quita.

D. ANTONIO.

Aparta.

D. MELCHORA.

Aparta.

D. ANTONIO.

Que mi pecho:::

D. MELCHORA.

Que mi pecho:::

D. ANTONIO.

Sólo á tí, Florela, adoro.

D. MELCHORA.

¡Ay que te adora! Me huelgo.
Mira, que te está adorando;
pero á mi me está queriendo.

FLORELA.

Como siempre aborrecido
ha sido de mi, no tengo,
que sentir menos, ni mas. *vase.*

D. MELCHORA.

¿Qué es esto de mas ni menos
conmigo? Puerca, criada,
y habladora demas de eso?

D. ANTONIO.

¡Que esto me suceda á mí!

D. LUCAS *dentro.*

¿No conoces, que no vemos,
á subir por la escalera?
Cartapacio, aunque sea un dedo,
trahe encendido.

D. PEDRO.

Ah muchachos.

D. MELCHORA.

¡Jesus! Don Lucas y el viejo.
Mira, como has de escaparte.

D. ANTONIO.

¿Y tú dónde vas?

D. MELCHORA.

Ya vengo. *vase.*

D. ANTONIO.

¡Que siempre haya de andar yo
en escondites y riesgos!
Pero, si á una tonta busco,
esto y mucho mas merezco.

Escondese Don Antonio, y salen Don Lucas, Cartapacio y Don Pedro.

CARTAPACIO.

Aqui está la luz.

D. PEDRO.

Don Lucas,
mirad, que con mucho seso
se ha de hacer la peticion.

D. LUCAS.

Y aun con higado la harémos.
¿Qué, nos le hemos de quitar
por el demonio del pleyto?

CARTAPACIO.

Usted lo dexe á nosotros:
que aca nos entenderemos.

D. PEDRO.

Hay la parte de la viuda,
el hermano y el convento.
Cuidado.

D. LUCAS.

Ya estoy en todo.
¿Piensa usted, que no sabremos,
que una demanda está escrita,
en llenando medio pliego?

CARTAPACIO.

Y mas, quando yo aseguro
por tio el demandadero
del santo Christo de Ribas.

D. PEDRO.

Pues en mi estudio te dexo:
cierra las puertas.

Vase, y cierra Don Lucas por dentro.

D. ANTONIO.

¡Qué escucho
Vive Dios, que yo me quedo
enjaulado, y es preciso,
que adonde estoy, entre luego
Don Lucas, por ser su alcoba
esta. Buena la tenemos.

D. LUCAS.

Sirviente descomulgado,
pon ese bufete en medio
de esa sala; y para entrar
en la materia, el Digesto
me trahe ante todo.

CARTAPACIO.

¡Toma!
Pues, si viene á ser el hecho
del convento y de la viuda
sobre el súbito alimento
de señoría improvisa,
¿qué tiene que hacer con eso
el Digesto ó la matraca?

D. LUCAS.

En un negocio, camueso,
para entenderle, no es fuerza,
digerirle bien primero?

CARTAPACIO.

Si, Señor.

D. LUCAS.

Pues ves ahí,
como el estomago siendo
ese libro de las leyes,
es necesario en efecto;
pues sin Digesto, será
todo crudezas un pleyto.
Busca á Olea.

CARTAPACIO.

¿Para qué?

D. LUCAS.

Para que, si le perdemos,
vaya, antes que el pleyto muera,
con todos sus sacramentos,

y con Olea oleado.

CARTAPACIO.

¡Justo Dios, quan grandes fueron
mis pecados, pues me tienes
á fucias de este jumento! *vase.*

D. ANTONIO.

¿En qué vendrá esto á parar?

D. LUCAS.

Burlense con el mozuelo.
Vive Dios, que á juez y audiencia
he de alborotar á textos.

CARTAPACIO *saliendo con un libro.*

Los libros están aqui:
mas yo por otros no entro.

D. LUCAS.

¿Por qué, tonto?

CARTAPACIO.

Porque está
toda la casa en silencio,
como son mas de las doce:
y si este duende ó infierno
quiere retozar conmigo,
no ha de pillarme el coleto
solo.

D. LUCAS.

Pues iremos juntos.

D. ANTONIO.

¿Duende dixo? Yo aprovecho

la ocasion, para escaparme.

D. LUCAS.

Y, pues dos haciendas puedo
hacer, mientras yo me voy
desnudando, ve escribiendo.

CARTAPACIO.

Dios ponga tiento en tu lengua.

D. LUCAS, *desnudandose*.

Cruz y margen.

CARTAPACIO.

Ya está hecho.

D. LUCAS.

Nos la parte de la viuda,
en los autos del convento,
por mí, y sin mí, como mas
haya lugar en derecho.

CARTAPACIO.

¡Señor, qué dices!

D. LUCAS.

Escribe.

CARTAPACIO.

Este empezar es proemio
de carta de excomunion.

D. LUCAS.

¿La demanda no es lo mesmo?
pues ya entra descomulgando
clausula, que entra pidiendo.
Prosiga y calle.

CARTAPACIO.

Me pudro.

D. LUCAS.

En el dicho heredamiento
de la dicha, que hoy el dicho
por el susodicho ha hecho.

CARTAPACIO.

¿Es tarabilla, señor?
¿No reconoces, que al verbo
le falta aqui el substantivo?

D. LUCAS.

Ponersele.

CARTAPACIO.

No está á tiempo.

D. LUCAS.

Que lo esté.

CARTAPACIO.

Falta el pronombre.

D. LUCAS.

¿Adónde?

CARTAPACIO.

Junto al adverbio;
porque la persona que hace
no permite suplemento.

D. LUCAS.

¿Qué apuesta usted, que le encaxo
en la cabeza el tintero,
porque no me sea hablador?

CARTAPACIO.

Verase usted bien en ello;
que esta es sola insinuacion,
nacida de un buen afecto.

D. LUCAS.

¿Que sabe él?

CARTAPACIO.

Fámulo he sido,
y tube en todo el colegio:::

D. LUCAS.

Fama de gran ladronazo.

CARTAPACIO.

¡Virgen santa, que me pierdo
con este hombre!

D. LUCAS.

Escriba, escriba.

CARTAPACIO.

Por si es pulla, Fariseo.

D. LUCAS.

Y porque en la señoría,
que reproduzco y pretendo,
se me debe la mitad,
que es la ñoría á lo menos:::

CARTAPACIO.

¿La ñoría? ¿Qué es ñoría?

D. LUCAS.

Bruto, si para el sustento
del inmediato se debe

dar de la hacienda del dueño
del mayorazgo una parte;
¿quieres, que el todo intentemos
de la señoría, y quede
el principal boquiabierto?

CARTAPACIO.

Sin ver á Lucas *de Feudis*
no se puede hablar en eso.

D. LUCAS.

Dices bien: ven á buscarle.

Vanse, se llevan la luz, y sale Don Antonio con una sabana al hombro, y revuelve todos los papeles.

D. ANTONIO.

Ya que con la luz se fueron,
porque crean, que es el duende,
quien los trastos ha revuelto
de la mesa, tengo de
barajar, aunque sea á tiento,
libros, tintero y carteras:
para que, ya que del miedo
estén ocupados, puesta
esta sabana, que al lecho
de Don Lucas he quitado,
en la cabeza, corriendo,
los haga ir, y pueda abrir
la puerta, en el intermedio
del quarto. Mas, ¡ay! que vuelven,

y ya la entrada no encuentro
de la alcoba: Esta es la mesa:
debaxo de ella me meto.

Salen los dos.

D. LUCAS.

In terminis trahe el caso
prevenido; ¡Mas qué es esto!
¿Quién demonios ha esparcido
estos trastos por el suelo?

CARTAPACIO.

Sino que haya entrado Juana.

D. LUCAS.

Entra, y mira ese aposento.

CARTAPACIO.

No hay nadie.

D. LUCAS.

¿Qué dices, hombre?

CARTAPACIO.

Que este debe de ser juego
de Martinico.

D. LUCAS.

La Virgen
me valga de no me acuerdo.
Recoje estos trastos, y
prosigamos.

CARTAPACIO.

Yo no acierto,
á formar letra.

D. LUCAS.

¿Por qué?

CARTAPACIO.

¿Por qué ha de ser? porque tiemblo.

D. ANTONIO.

Si estoy en abreviatura
un instante mas, me muero.

D. LUCAS.

Y porque :::-

CARTAPACIO.

Y porque :::

D. LUCAS.

La dicha
viuda en seco :::

CARTAPACIO.

Viuda en seco :::

D. LUCAS.

Debe :::

CARTAPACIO.

Debe :::

D. ANTONIO.

Pues que pague.

D. LACAS.

¿Respondieron?

CARTAPACIO.

Respondieron.

D. LUCAS.

¿Fuiste tú?

CARTAPACIO.

Otro acento fue
que vino de los infiernos.

D. LUCAS.

¿Cómo?

CARTAPACIO.

Como de debaxo
de la tierra salió el eco.

D. LUCAS.

¡Jesus! Ya á sudar empiezan
giraplicgas mis cabellos.

CARTAPACIO.

Señor, por amor de Dios,
que acabemos.

D. LUCAS.

Si: acabemos.
Y porque lo favorable:::

CARTAPACIO.

Favorable:::

D. LUCAS.

Del derecho:::-

CARTAPACIO.

Del derecho:::

D. LUCAS.

General:::

D. ANTONIO.

Y siguiente.

D. LUCAS.

¡San Eusebio!
que otra vez sonó la voz.

D. ANTONIO.

Si no me estiro, reviento.

Levantase Don Antonio con la mesa, y caen todos los papeles y la luz.

CARTAPACIO.

¡Ay, señor; que el suelo se hincha!
¡que va la mesa creciendo!
¡qué me llevan los demonios!

D. LUCAS.

¡Zancajos, para qué os quiero! *vanse.*

D. ANTONIO.

Echélos; pero mi astucia
me ha salido sin provecho;
pues sin luz, la puerta ignoro.

Salen D. Melchora y Florela con luz.

D. MELCHORA.

Florela, ven, y veremos,
qué estruendo es este.

D. ANTONIO.

¿Melchora?

D. MELCHORA.

¡Ay de mí! Un hombre de yeso
me traga: tio, favor.

FLORELA.

¡Valedme, divinos cielos!

D. ANTONIO.

Melchora, mira que soy
Don Antonio.

D. MELCHORA.

No te creo;
que tú eres blanco, y esotro
es entre amusco y trigueño.

D. ANTONIO.

Oye, espera.

D. MELCHORA.

Madre mia,
padre mio, tio, avuelo:
agua de cerezas, agua;
que he visto al duende, y fallezco
del flato del corazon. *vase.*

FLORELA.

Don Antonio, ¡pues qué extremo
es este! ¡Qué vil disfraz ::!

D. ANTONIO.

No pases, ingrato dueño,
adelante, quando sabes,
que estoy en tan grande riesgo
solo por tí.

FLORELA.

Escondete,
que viene hácia aqui Don Pedro.

Escondese Don Antonio y salen Don Pedro, Juana, Cartapacio y Don Lucas.

D. PEDRO.

¿Qué duende, ó qué patarata
es el que veis, embustero?
¿A donde está?

CARTAPACIO.

No le llames;
porque vendrá en un momento.

D. LUCAS.

Diera un brazo, porque hiciera
un destrozo con el viejo.

D. PEDRO.

Retiraos todos. ¿Florela? *vanse.*

FLORELA.

¿Señor?

D. ANTONIO.

Escuchar pretendo
desde aqui.

D. PEDRO.

El que, propiamente
fantasma de amor y zelos
pretende, que le contestes
la demanda de un afecto,
que muere por tu desden:::-

D. ANTONIO.

¡Qué escucho!

D. PEDRO.

Es mi rendimiento,

FLORELA.

Ya os he dicho, quan inutil
siempre ha de ser vuestro ruego.

D. PEDRO.

Niña, solitos estamos.

D. ANTONIO.

Si él porfia, mucho temo,
que ha de ir hácia su cabeza,
quanto trasto hay aqui dentro.

D. PEDRO.

Y asi, una vez declarado,
no he de ceder, no adquiriendo
auto en favor.

FLORELA.

¿De qué suerte?

D. PEDRO.

Logrando en los cinco textos
de esos partidos jazmines,
el alegato mas bello.
¿Qué respondes?

D. ANTONIO.

Que un letrado
bastante tiene con eso.

Tirale los libros y tintero, y Florela se va con la luz.

D. PEDRO.

¡Ay Jesus!

D. ANTONIO.

Tome el véjete
enamorado.

Salen Juana, Cartapacio y Don Lucas.

Todos.

¿Qué estruendo
es este?

D. PEDRO.

Nada. ¡Ay sobrino!
bien decias: el diablo suelto
anda en esta casa.

Todos.

Huyámos.

D. LUCAS.

¿No lo dixe yo? Me alegro.

D. PEDRO.

Los trastos vuelan por sí:
no es natural este cuento.

D. LUCAS.

No venera Executorias,
y venerará esqueletos. *vase.*

JUANA.

En legua y media no paro. *vase.*

CARTAPACIO.

En mis colchones me envuelvo. *vase.*

FLORELA.

¡Ah Don Antonio!

DON ANTONIO.

¡Ah Florela!

FLORELA.

No es tiempo, de que apuremos
tus trayciones.

D. ANTONIO.

Ni tampoco
de inquirir tus fingimientos.

FLORELA.

Pues, amante de Melchora
finges, que á buscarme has vuelto.

D. ANTONIO.

Pues de Don Pedro querida,
no sin falta de misterio
en su casa estás.

FLORELA.

Y asi,
pues, para otra ocasion dexo
mi quexa::

D. ANTONIO.

Pues yo mi agravio
para otra ocasion reservo::

FLORELA.

Esa llave tuerce y vete.

D. ANTONIO.

Si haré; más será diciendo:::-

FLORELA.

Que en pesares:::-

D. ANTONIO.

En congojas :::-

FLORELA.

En sustos :::-

D. ANTONIO.

En escarmientos :::-

Los dos.

Lo que calla la razon,
es fuerza, que diga el tiempo.



JORNADA TERCERA.

Canta la música, y sale Don Pedro leyendo un papel.

Música.

En el dicho dia
el dicho se toma
al dicho pasante
y á la dicha novia.
La dicha se aplauda
de dichas personas
en los dichos versos
de estas dichas coplas.

D. PEDRO *leyendo.*

Los papeles os remito,
conforme á lo que á nos toca
por acá. En quanto a madama
Florela, y en lo que toca
á su madre, es en Amberes
de familia generosa.
De su padre el apellido

os dirá, que es Hespañola,
de las montañas de Burgos.

Representa.

No hay que leer otra cosa:
que si es Montañesa, es fuerza,
que le rebose la honra.
No en vano, hasta investigar
esta circunstancia heroyca,
la rebeldia acusando
mi inclinacion poderosa
á la parte de mi afecto,
que volviese, no hubo forma,
al oficio del deseo
los autos de la concordia.
Mas ya sabiendo, que tiene
esta picarilla hermosa
de sangre de la Montaña
la mitad de media onza,
la especial dignidad summa
de Montañesa persona,
si por madre no la tañe,
en fin por padre la toca.
Pasado mañana caso
á Lucas de popa á proa
con Leonor, y á fe que yo
no me he quedar á solas
con tan perfecta criada,
á que tardando mi boda,

lo que he ganado en diez años,
eche á perder en un hora.
El dia propio :::

Salen D. Lucas y Doña Melchora asustados.

D. LUCAS.

Tio.

D. MELCHORA.

Padre:

D. PEDRO.

¿Qué es esto, Lucas, Melchora,
qué quereis?

D. LUCAS.

Espumarajos
vengo echando por la boca.

D. MELCHORA.

Yo estoy de puro corage
mas amarga que una alcorza.

D. LUCAS.

Y si usted tal porqueria
entre dientes no la toma :::

D. MELCHORA.

Y si usted en lo que digo,
no va, y hace, vuelve y torna :::

D. LUCAS.

Vive Dios :::

D. MELCHORA.

Voto á fray Pedro :::

Los dos.

Que haré, que los sordos me oygan.

D. PEDRO.

¿Qué es esto? ¿En presencia mia
tú me juras? tú me votas?
¿Qué ha habido?

D. LUCAS.

A usted, señor tio,
¿le ha parecido hasta ahora,
que el que me rapa el vigote,
puede hacerme la mamola?

D. MELCHORA.

¿Usted, padre, ha imaginado,
que yo soy alguna tonta,
que no sé, que por el asa
se moja el pan en la olla?

D. LUCAS.

Vengo á casa, y oygo puesto
ya mi casamiento en solfa:
venga el dicho, y torna el dicho.
¿Es esto hilvanar alforzas?

D. MELCHORA.

Estoyme yo callandito,
y oygo, que se casan otras.
¿Pues digo, he nacido yo
para portero de Atocha?

D. LUCAS.

Y asi de esas pataratas;;;

D. MELCHORA.

Y asi de esas carantoñas:::

D. LUCAS.

De músicas, que me guizcan:::

D. MELCHORA.

De canciones, que me coscan:::

Los dos.

Reforme el cuento mi tio,
que es infamia, el que propongan:

Ellos y Música.

Que en el dicho dia
el dicho se toma
al dicho pasante
y á la dicha novia.

D. PEDRO.

Aunque el letrado contrario,
quando á defender, se ponga,
su parte, atrevidamente
me baldone, es bien, que le oyga;
que el juez hace mejor juicio
del que menos se apasiona:
y asi, porque el mundo le haga
de mí, no os respondo en forma
á tan necias osadias,
y á indignidades tan locas.
Esos versos que se estudian,
y que han de servir de loa
al festin de esotro dia,

quando la nupcial antorcha
encienda Hymeneo en esa
Apolinea claraboya,
yo los he escrito, no siendo,
ya sea gualdrapa ó tizona,
el primero, á quien las musas
le hayan sido muy devotas.
Tú has de casar con Leonor
sin remedio.

D. LUCAS.

Dale bola.

D. PEDRO.

Quando no fuera por tantas
conveniencias, que se logran;
porque no se pierdan versos,
hechos por mi á toda costa.
¿Y tú, hija mia, no sabes,
que bien te estará una toca?

D. MELCHORA.

Si señor, por el cogote,
velandome en la parroquia.

D. PEDRO.

Esto ha de ser: no hay remedio.
Lucas, casamiento acota:
Melchora, clausura admite;
para que al ver, que mejora
vuestra suerte en su eleccion,
pueda proseguir la glosa:

El y Música.

La dicha se aplauda
de dichas personas,
en los dichos versos
de las dichas coplas. *vase.*

D. LUCAS.

¡Valgame Dios! Yo he quedado
como el que á comer se arroja
con vivas ansias, y se halla
dentro del plato una mosca.

D. MELCHORA.

¡Qué es esto, que me sucede!
¿Soy yo misma, ó soy mi sombra?
¿O soy una conocida,
que me entro á ver á mí propia?

D. LUCAS.

¿Yo casarme con mujer,
de quien las mañas se ignoran,
quando á un albeytar se envia
una mula, que se compra?

D. MELCHORA.

¿Yo quedarme solterica,
y mi hermana ser señora?
No señor: esa zanguanga
allá á Marica la tonta.

D. LUCAS.

Melchora :: yo :: si que :: quando :::

D. MELCHORA.

¿Don Lucas, de qué te ahogas?

D. LUCAS.

De un flato de amor.

D. MELCHORA.

Reguelda.

D. LUCAS.

No puedo.

D. MELCHORA.

Pues huele estopas.

D. LUCAS.

Es imposible.

D. MELCHORA.

¡Ay Don Lucas!
que estás haciendo la zorra.

D. LUCAS.

¡Ay Melchora, si tú fueses ::::!

D. MELCHORA.

¿Quién?

D. LUCAS.

Aquella mi señora.

D. MELCHORA.

¿Quál?

D. LUCAS.

El otro caballero.

D. MELCHORA.

¿Para qué?

D. LUCAS.

Para una droga.

D. MELCHORA.

¿Qué hicieras?

D. LUCAS.

Yo les vendiera
rabanos por alcachofas.

D. MELCHORA.

Declarate.

D. LUCAS.

Estoy en muda.

D. MELCHORA.

Habla.

D. LUCAS.

La lengua se embrolla.

D. MELCHORA.

¿De qué, Lucas?

D. LUCAS.

Del respeto
que te debo.

D. MELCHORA.

Zampatortas,
vamos al remedio.

D. LUCAS.

Es una
soberana angaripola.

D. MELCHORA.

¿Y me puede á mí estar mal?

D. LUCAS.

No es mas, que contra tu honra.

D. MELCHORA.

Pues tonto, si no es mas de ese
inconveniente, ¿qué importa?

D. LUCAS.

Pues, Melchora, di, que eres
tu mi esposo, y yo tu esposa:
yo te daré halajas mias,
y di, que mi amor te dota;
y déxame á mi el enredo.
Esto al instante, que oygas,
que se urde la escarapela.

D. MELCHORA.

¿Y con eso qué se logra?

D. LUCAS.

Una de dos, que nos case
nuestro tio en causa propia,
ó que consigamos, verle
en borrico y con coroza.
Y porque no desconfies,
toma esa diestra, bobota,
y envuelveme en algodon
esas cinco zahanorias.

D. MELCHORA.

Tuya soy á todo ruedo.
Yo soy terrible chuzona. *ap.*
Si con Don Lucas me caso

y Don Antonio, dos bodas
á un tiempo pillo, y con eso
seré mujer poderosa.

D. LUCAS.

A Dios, Melchora.

D. MELCHORA.

A Dios, Lucas. *vase.*

Sale Cartapacio.

CARTAPACIO.

Señor:::

D. LUCAS.

¿Qué hay?

CARTAPACIO.

Mas ha de una hora,
que te espera Don Henrique
sentado en la silla rota
del recibimiento.

D. LUCAS.

Y, dime,
¿trahe la cara, como en forma
de pedirme chocolate?
porque es visita con roncha.

CARTAPACIO.

Ofrecerselo, es preciso;
que es por la mañana.

D. LUCAS.

Moscas.
Anda ve, y dile, que digo

yo, que estoy en la Victoria.

CARTAPACIO.

¿Y si sabe, que te niegas?

D. LUCAS.

Que no lo sepa.

CARTAPACIO.

Perdona;
que yo no hago indignidad
tan de tu prosapia impropia.

D. LUCAS.

Pues dile, que entre; que yo
te descontaré una onza
de tu racion.

CARTAPACIO.

¿Por seis quartos
te acuitas y te congojas?

D. LUCAS.

Por menos un primo mio
lleva un garrafon de aloja,
y será un octavo nieto
de la infanta Doña Alfonsa.

Sale Don Henrique.

D. HENRIQUE.

Estrañareis, que yo os busque,
Don Lucas, á tales horas.

D. LUCAS.

Mire, si la hora encarece. *ap.*
El viene, á pegarla de onza.

D. HENRIQUE.

Pues sabed, que es un cuidado
el que á venir me ocasiona,
á buscaros.

D. LUCAS.

Ya se ve;
el de almorzar á mi costa.

D. HENRIQUE.

Hanme dicho, que de un susto,
que el duende os pegó en esotra
casa, habeis estado enfermo.

D. LUCAS.

No venis con mala droga,
despues de costarme el cuento
una ayuda y cien ventosas.

D. HENRIQUE.

¿Pues qué hubo?

D. LUCAS.

Estando en mi quarto,
vi salir, como en tramoya,
de la tierra un elefante
de legua y media de cola,
á caballo en un cabrito,
con un farol en la trompa;
y asi como iba saliendo,
se iba convirtiendo en mona.

CARTAPACIO.

Yo le vi: yo: si, señor,

mas, á Dios se dé la gloria,
desde esta mudanza en casa,
si no es á nuertras personas,
no se vén otras fantasmas.

D. HENRIQUE.

¿Os parece, que son pocas?

D. LUCAS.

¡Ay Don Henrique! Ahora que
se me ha venido á la chola,
cojite, Martin, pesquete.

D. HENRIQUE.

¿Qué dices?

D. LUCAS.

Que la forzosa
te hice á las damas, y es fuerza,
ó que soples, ó que comas,
hijo mio.

D. HENRIQUE.

¿De qué suerte?

D. LUCAS.

Cartapacio, á la señora
Doña Leonor, callandito,
como de accion misteriosa,
buscala, y dile al oído,
que un hombre, que la enamora,
está aqui, y si te pregunta,
si estoy fuera, dí, que ahora
fui á los Pañeros.

CARTAPACIO.

¿Y á qué?

D. LUCAS.

A escojer unas pistolas.

CARTAPACIO.

Voy de un vuelo. *vase.*

D. HENRIQUE.

¿Qué intentais,
Don Lucas?

D. LUCAS.

La gerigonza
apurar, con que me haceis
creer, que está la chicota
enamorada de mí,
y que á vuestras carantoñas
se resiste.

D. HENRIQUE.

Oíd, mirad.

D. LUCAS.

No hay, que andarme en ceremonias:
detrás de aquella cortina
me escondo, para que á posta
la enamoreis á mi vista;
que quiero ver, qué os responda.

D. HENRIQUE.

Si os he dicho:::

D. LUCAS.

Cantaleta.

D. HENRIQUE.

Que solamente:::

D. LUCAS.

Zambomba.

D. HENRIQUE.

Os ama á vos.

D. LUCAS.

Tararira.

D. HENRIQUE.

¿Qué pretendeis?

D. LUCAS.

Que yo lo oyga.

D. HENRIQUE.

Vive Dios, que hará este necio,
que se nos descubra toda
nuestra cautela, no estando,
de su invencion maliciosa
Doña Leonor avisada.

Al paño Doña Leonor y Cartapacio.

D. LUCAS.

Desde aqui atisbo.

CARTAPACIO.

El que notas,
es.

D. LEONOR.

Pues, Cartapacio, ya
que tanto te debo, toma
ese doblon, y si viene

alguien, avisa.

CARTAPACIO.

Me compras
el silencio. Dios te guarde.
Como yo pille, arda Troya.

D. HENRIQUE.

¡Valgame Dios! ¿Si mis señas,
conseguiré, que conozca
Leonor?

D. LEONOR.

Mi Henrique, mi bien,
mi dueño, ¿hasta quándo ansiosa
mi fineza habia tu vista
de suplir con tu memoria?

D. LUCAS.

Toma, si lo dixe yo.

D. HENRIQUE.

Leonor, como siempre contra
nosotros en todas partes
hay quien nos mire, y nos oyga,
no estrañes, que temeroso:::

D. LEONOR.

¡Ah ingrato! ¡Que no te corras
de acordarme, que hay quien pueda
tenerme de tí zelosa!

D. HENRIQUE.

¡Zelosa de mí!

D. LEONOR.

De tí;
pues á tí solo te adora
mi ceguedad.

D. LUCAS.

Mas clarito
no lo dirá una cotorra.

D. HENRIQUE.

¡Que no me entienda! Repara
en que, quando á ser esposa
de Don Lucas, te destinas:::

D. LEONOR.

¡Ahora ese monstruo me nombras!
¿No sabes, que ese incapáz
ni aun me debe, el que le oyga?

D. LUCAS.

Usted viva dos mil años.
¡Qué cortesana es la moza!

D. HENRIQUE.

¿Pues no es fuerza, que á tu padre
obedezcas, y te pongas
en sus manos?

D. LEONOR.

Yo á un tirano
no me rindo.

D. LUCAS.

¡Santa Orosia!
¿Asi trata al padre nuestro?

Por Jesu-Christo, que es Mora.

D. LEONOR.

Y asi, Don Henrique amado:::

D. LUCAS.

Ya escampa, y llueven carocas.

D. LEONOR.

Pues yo no puedo dexar,
de ser tuya:::

D. LUCAS.

Aprieta, boba.
¡Infelíz mollera mia,
en poder de esta bribona,
si ella te hubiera pillado!

D. LEONOR.

Dispon, el cómo se rompan
las prisiones, que tiranas
ya mi tolerancia postran.

D. LUCAS.

Yo iré á disponer, supuesto
que está mi tio en su alcoba,
que te venga á tí á romper
lo primero, que te coja. *vase.*

D. HENRIQUE.

Ya Don Lucas, me parece,
que se fue.

D. LEONOR.

¿Qué te alborota?

D. HENRIQUE.

Nada.

D. LEONOR.

¿Qué intentas?

D. HENRIQUE.

¡Qué! Quiero,
mi Leonor, que reconozcas,
que todo lo hemos perdido.

D. LEONOR.

¡Cómo!

D. HENRIQUE.

Como desde esotra
parte, oculto en la cortina
de esa puerta, ha estado hasta ahora
Don Lucas, siendo testigo
de tus quexas amorosas,
habiendome antes pedido,
que te hable, en quanto á su boda.

D. LEONOR.

¡Qué dices!

D. HENRIQUE.

Que por mas señas
que te estube haciendo, absorta
en tu afecto propio, nunca
las entendiste, y él torna
aqui.

D. LEONOR.

Y con mi padre creo.

Forzoso es, mudar la hoja
al discurso, y engañarlos.

Al paño Don Lucas y Don Pedro.

D. PEDRO.

Aunque mas fuerza me pongas,
no he de creerte.

D. LUCAS.

Plegue á Christo,
que mala sarna me coma,
si no es verdad.

D. PEDRO.

¿De tí trata
con voces ignominiosas?

D. LUCAS.

Lo menor era, llamarme
el monstruo de Babilonia,
y á usted un perro tirano,
belitre, barbas de estopa.
Pero pues aun todavia
el que me hace la limosna,
de sacarla las entrañas,
no se ha ido, usted se encoja,
escuche, calle y verá.

D. PEDRO.

Está bien.

D. HENRIQUE.

¡Con que, señora,
la dilacion solamente

es el mal, que os acongoja!

D. LEONOR.

Estimo tanto á Don Lucas
por sus prendas generosas,
por su ilustre nacimiento,
y porque en todo confronta
conmigo:::

D. LUCAS.

Mientes, borracha.

D. LEONOR.

Que hasta lograr, ser dichosa
con su mano, estoy sin mí.

D. LUCAS.

¿Han visto tal? Esta tronga
se vuelve como vinagre.

D. LEONOR.

A él solamente se postra
la verdad de mi cariño.

D. PEDRO.

Lucas, esto es otra cosa,
de lo que tú dices.

D. LUCAS.

Tio,
yo estoy hecho una bazofia;
porque, lo que yo escuché,
eran pan, y estas son tortas.

D. HENRIQUE.

Y vuestro padre, es preciso,

como quien es, corresponda
á tan hidalga obediencia.

D. LEONOR.

Aunque esta accion tan gustosa
no me fuese, es mi cariño
quien tan de humilde blasona,
que por él lo executára.

D. LUCAS.

Miren la zalamerota.

D. PEDRO.

Hija mia, yo lo creo.
Cayga sobre tí, paloma,
mi bendicion.

D. LUCAS.

Y una peña,
que pese noventa arrobas.

D. LEONOR.

Solo, si es que alguna vez
con Don Lucas se desboca
mi pasion:::

D. LUCAS.

Atiende aquí:
que ya vuelve la pelota.

D. LEONOR.

Es, porque trata á mi padre
con ignominia y deshonra.

D. PEDRO.

¡Qué escucho!

D. LUCAS.

¡Virgen María!

D. LEONOR.

De miserable le nota,
de ignorante en sus estudios,
de que en los pleytos le roba
sus derechos.

D. PEDRO.

Ah villano,
picaro, ruin.

D. LEONOR.

Y en fin toca
en lo que mas siento yo,
que es en decir, que enamora
á una criada de casa.

D. LUCAS.

¡Yo he dicho tal, picarona!

D. PEDRO.

Si habrás dicho, infame, tonto.

Sale Don Pedro agarrado del gaznate de Don Lucas, y Doña Leonor pega con él.

D. LUCAS.

San Blas, San Blas, que me ahoga.

D. PEDRO.

¿Tú, desvergüenzas de mí?

D. HENRIQUE.

Tened, tened. ¿Qué os enoja,
señor Don Pedro?

D. LEONOR.

Ah bribon,
¿tú poner las manos osas
en mi padre?

D. LUCAS.

Mujer, mira,
que él es el que me acogota;
que yo no le llego.

D. LEONOR.

¡Ah perro!

D. LUCAS.

¿No hay alguien, que me socorra?

Salen Doña Melchora meciendose á un lado y á otro, Juana y Cartapacio.

JUANA Y CARTAPACIO.

¿Quién causa tan grande estruendo?

D. MELCHORA.

¿Quién fomenta esta peleona?
Por cierto que sí lo sabe,
quien yo me sé:::

D. PEDRO.

No, no es cosa
de cuidado.

D. LUCAS.

Sí es, y mucho;
que entre usted y esta galfota
me han hecho junto á la nuez
del gaznate una corcoba.

D. MELCHORA.

¡Ay Jesus! ¿Pues que, marido,
y el dote con que me otorgas
el matrimonio de carta?

D. LUCAS.

Mira, que es temprano, tonta.

D. MELCHORA.

¿Temprano? Pues si no avisas,
ya iba, á descoserme toda.

FLORELA.

¡Cielos, aqui Don Henrique!

D. PEDRO.

De las prendas generosas,
señor Don Henrique, vuestras
no dudé yo, que conozca
Don Lucas, quánto su parte
haceis, en lo que le importa.

D. LUCAS.

Y cómo que hace, y aun tanto,
que lo que es mio, se apropia;
y asi:::

CARTAPACIO.

¿Señor?

D. PEDRO.

¿Cartapacio?

CARTAPACIO.

Pasando junto á la lonja
de San Felipe, me dió,

con veinte mil ceremonias,
un Soldado este papel.

D. PEDRO.

¿Para mí? La nema rompa.

Lee.

Un espíritu, á quien dió
enfado el ver, que os desvela
el cariño de Florela,
y os medio descalabró,
proseguir la accion pretende,
borrandoos esa quimera;
y asi á los dos os espera
detrás de San Blás. El Duende.
¡Valgame Dios!

D. LUCAS.

Tio mio,
¿qué papel, ó diablo es ese,
que te ha puesto como un yeso?

D. PEDRO.

Lucas, disimula. ¡Fuerte
lance!

D. LUCAS.

¿Pues qué ha sido?

D. PEDRO.

Sabe,
que me desafia en este
papel:::

D. LUCAS.

Cascaras.

D. PEDRO.

Aquel
espíritu, que rebelde
en la otra casa habitaba.

D. LUCAS.

¿Qué dices? ¡Jesus mil veces!

D. PEDRO.

Que el duende es, el que me espera.

D. LUCAS.

¿Pues al diablo quién le mete,
en andar buscando ruidos,
teniendo los que se tiene?

D. PEDRO.

El caso es, que habemos de ir:::

D. LUCAS.

¡Adónde? ¿A andar á cachetes
con el demonio?

D. PEDRO.

Si es hombre,
que este disfráz tomar quiere,
¿se ha de contar, que andubieron
cobardes dos Montañeses?

D. LUCAS.

Eso no, voto á Christo:
aunque una legion me espere
de dueñas magras, que son

los estoques de la muerte.
Pero, señor, por si acaso
cosa del demonio fuese,
¿no será bueno, que vaya
la Executoria patente;
que no puede cosa mala
llegar, donde ella estubiere?

D. PEDRO.

Dices bien: vén, tomarémos
las espadas y broqueles:
y porque no nos estorben,
saldrémos mas facilmente
por la puerta falsa.

D. LUCAS.

¡Ay honra
Montañesa, lo que puedes!
Pues muerto de miedo voy
á que me casquen las liendres.

D. PEDRO.

Leonor, á un negocio vamos
de importancia: en tanto puedes
prevenir para el ensayo
de esta noche lo que sueles,
que he de ver, la serenata
como sale.

D. LUCAS.

Que nos recen,
será mejor, un Rosario.

porque volvamos con dientes.

D. PEDRO.

Y ahun prevente tú tambien;
que es bien, que esta noche quedes
casada, ya que á Don Lucas
amas, estimas y quieres. *vanse.*

D. HENRIQUE.

¡Qué oygo, Cielos!

D. LEONOR.

¡Ay de mí!
que con mis armas me hieren.

D. MELCHORA.

No será eso, mientras yo
tengo unos inconvenientes.

D. LEONOR.

¿Quáles?

D. MELCHORA.

Ellos lo dirán.

D. LEONOR.

¿Misterios gastar pretendes?

D. MELCHORA.

Esto importa á la maraña:
y vé usted, pues de esta suerte,
como Dios quiera:::

D. LEONOR.

¡Qué necia!

D. MELCHORA.

Será lo que Dios quisiere. *vase.*

JUANA.

Maldita tú seas, amen,
y qué majadera que eres.

D. LEONOR.

¡Ay Henrique!

FLORELA.

Esto faltaba
á mi dolor solamente.

D. LEONOR.

Ya has oído de mi ruina
la sentencia.

D. HENRIQUE.

No me fuerces,
á que un despecho execute.

FLORELA.

¡Ah injusto! ¡Ah traydor! ¡Ah aleve!

D. LEONOR.

Ya estamos en la forzosa,
de que el remedio se piense;
esta noche vén; que Juana
te abrirá, y en mi retrete
oculto:::

FLORELA.

¡Qué escucho, penas!

D. LEONOR.

Estarás, y quando vieres,
que mi padre solicita,
que á Lucas la mano entregue,

sal, y dí, que eres mi esposo.

D. HENRIQUE.

Tu esclavo soy.

FLORELA.

Ya no puede
tolerarse tal injuria.

D. LEONOR.

Y ahora, Don Henrique, vete;
y si puedes inquirir,
lo que tan secretamente
á executar vá mi padre,
mas presto, el que se remedie
nuestro pesar, lograrémos.

D. HENRIQUE.

Todo, mi bien, lo previene
tu divino entendimiento:
voy, volando á obedecerte. *Vase.*

D. LEONOR.

¿Juana?

JUANA.

¿Señora?

D. LEONOR.

A tu cargo
pongo, el que á la noche entres
en el quarto á Don Henrique
de los barros.

JUANA.

De viviente

búcaro te le tendré
curado al polvo, y si quieres,
mojado con agua de ambar. *vase.*

D. LEONOR.

¿Florela, qué te parece
de mi mal?

FLORELA.

Que cierto ingenio
dixo bien discretamente:

Canta.

Enamorado de Siquis
baxa Amor á los verjeles,
que en las campañas del ayre
fabrican y desvanecen.

D. LEONOR.

¿Y que enamorado venga
Don Henrique, á que se empleen
en mí sus adoraciones,
con mi desgracia qué tiene
que ver:::?

FLORELA.

Pues mejor concepto,
á mi parecer, es éste.

Canta.

Ojos eran fugitivos
de un pardo escollo dos fuentes,
humedeciendo pestañas
de jazmines y claveles.

D. LEONOR.

O es manía de cantar
la tuya continuamente,
que venga al caso ó no venga,
ó de mis penas crueles
te burlas.

FLORELA.

Escucha, escucha.
No has de lograr, que conteste *aparte.*
con tu gusto; y que del daño,
que tú me haces, me consuele.

D. LEONOR.

Canta, hasta que mas no quieras;
que si algun dia sintieres,
puede ser, que yo me ria,
de ver, que tú te lamentes. *vase.*

FLORELA.

No faltaba á mi dolor,
mas de que ahora pretendieses
descansar, con quien por tí
pena y sufre, llora y muere.
Siente, pues que siento yo;
y mientras buscar emprendes
medios para el fin, que anhelas,
para impedírtelos, piense
imposibles mi dolor;
ya que el destino inclemente
quiere, á costa de mis males

ir fabricando tus bienes.
Y pues esta noche aguardan,
para matarme dos veces,
esta noche del acaso,
que la fortuna ofreciere
mas propicia , mi coraje
valído , hará que reviente
este volcán , que oprimido
arde en prisiones de nieve. *vase.*

Salen Don Antonio y Talaveron.

D. ANTONIO.

¿Diste el papel , que te dí,
á Cartapacio?

TALAVERON.

Le hallé,
como te he dicho , y logré
encajarsele.

D. ANTONIO.

Si en mí
desafiar á un Letrado,
pareciere estraño hoy,
esté alguno como estoy
de su Dama enamorado,
y empatéle su fineza
otro , sea el que se fuere,
verá , si ahun con Baldo quiere
deshacerse la cabeza.

TALAVERON.

Yo creo, que aquellos dos
hombres, que vienen alli,
son tio y sobrino.

D. ANTONIO.

Sí.

Retirate.

TALAVERON.

Vive Dios,
que siendo dos, oportuno
será, que yo no me vaya.

D. ANTONIO.

No temas que riesgo haya:
que uno es nadie, y dos es uno.

Vase Talaveron, y salen Don Lucas y Don Pedro con armas y con linterna.

D. PEDRO.

Andad, Lucas.

D. LUCAS.

¡Raro afan!

D. PEDRO.

¿No ves, que el honor precisa?

D. LUCAS.

¡Que ni ahun siquiera oir Misa,
pudiese en San Sebastian!

D. PEDRO.

¿Para qué?

D. LUCAS.

Para notorio
sufragio.

D. PEDRO.

¿De quién, bergante?

D. LUCAS.

De quien puede en un instante,
ser Alma del Purgatorio.

D. PEDRO.

¿A eso tu temor te obliga?

D. LUCAS.

¿Pues la del otro está hablada,
para que tenga su espada
atencion con mi barriga?

D. PEDRO.

Un hombre está aqui.

D. LUCAS.

¿No mas?

D. PEDRO.

No es mas de uno.

D. LUCAS.

¡Suerte rara!
Pues llega tu cara á cara,
le daré yo por detrás.

D. PEDRO.

¿Contra nuestro honor, no vés,
que ese es un terrible error?

D. LUCAS.

¡Valgame Dios por honor,
qué caramilloso que es!

D. PEDRO.

Estate tú oculto allí;
que mientras que solo sea,
no es bien, que á los dos nos vea.

D. LUCAS.

Por Dios, que no estoy en mí.
Yo á conquistadores puedo
heredar: Christo me ampare;
mas lo que hoy conquistáre
lo quiero asar en un dedo.

D. PEDRO.

¿Caballero?

D. ANTONIO.

¿Qué mandais?

D. LUCAS.

¡Virgen sagrada, qué veo!

D. PEDRO.

Que sois vos, quien busco, creo.

D. ANTONIO.

Yo soy.

D. PEDRO.

¿Pues á qué esperais?

D. ANTONIO.

Quando llegueis, á saber
el motivo de este duelo,

á nada.

D. LUCAS.

¡Valgame el cielo!
el duende es, ó su mujer;
porque yo á este hombre le ví
de mantilla. ¡Hay tal historia!
Saco luz y Executoria,
pues todo lo traygo aquí. *vase.*

Sacan las espadas y riñen.

D. LUCAS.

Valor teneis.

D. PEDRO.

He nacido
caballero, y manejado
libros y armas.

D. ANTONIO.

¡Qué alentado
es el viejo!

D. PEDRO.

¡Qué atrevido
es el mozo!

Caesele la espada á D. Antonio.

D. ANTONIO.

¿Qué aguardais,
(cruel estrella) pues me veis
sin espada?

D. PEDRO.

A que la alceis.

D. ANTONIO.

Como caballero obrais;
pero una vez recobrado,
solo á defenderme, aspiro.

D. PEDRO.

Pues yo de veras os tiro.

D. ANTONIO.

Mirad, que habeis tropezado.

D. PEDRO.

Matadme.

D. ANTONIO.

¿Quien obra bien,
cómo aconseja tan mal?

Sale D. Lucas con la Executoria en el pecho, y dos luces en las manos.

D. LUCAS.

Duendecillo tal por qual,
tén esa estocada: tén.

D. ANTONIO.

¡Qué es esto!

D. LUCAS.

Cruje los dientes,
perro maldito, haz espantos,
huye de los nombres santos
de todos mis ascendientes.

D. ANTONIO.

¡Don Pedro:::

D. LUCAS.

¿Qué no te humillas?

D. ANTONIO.

Vuestro furor me acometa.

D. LUCAS.

¡Santo Dios! que no respeta
las Armas de los Chinchillas.

D. PEDRO.

Presto daré testimonio,
de que aquel error absuelvo. *riñen.*

D. LUCAS.

Señores, á decir vuelvo,
que éste es duende, ó es demonio.

Sale Don Henrique.

¿Qué es esto, amigos?

D. LUCAS.

Esto es,
ser este diablo Andaluz;
pues no respeta la cruz
de un despacho Montañés.

D. HENRIQUE.

¿Vos, señor Don Pedro, y vos,
Don Antonio, en este estado?
Motivo de gran cuidado
es el que os mueve, por Dios.
Y pues yendoos á buscar,
el acaso me ha trahido,

yo he de saberle.

D. PEDRO.

Esto ha sido,
haber venido á parar
Madama Florela:::

D. HENRIQUE.

¿Quién?

D. PEDRO.

Una Flamenca Hespañola,
á mi casa triste y sola,
huyendo cierto vayvén
de su fortuna en Amberes,
de donde mi amigo Octavio
me la envió: y siendo agravio,
no amparar á las mugeres,
en quien nace caballero,
en mi casa la hospedé,
donde la vi y la traté.
Y no siendo yo el primero,
á quien una perfeccion
haya en vista condenado,
en revista y sin traslado
me ganó la inclinacion.
Tanto su beldad promete.

D. LUCAS.

¡Oyga, el diantre del borrico *aparte.*
por donde mete el hocico!
¿Con que la cosca el vejete?

D. PEDRO.

Por esto ese caballero
hoy un papel me ha enviado,
en que me ha desafiado.

D. ANTONIO.

Ya os he contado primero,
que allá en Amberes reñí
por cierta madamisela,
que amé ; pues esta es Florela.

D. HENRIQUE.

Pues ahora me toca á mí,
reñir con los dos.

Los dos.

¿Por qué?

D. HENRIQUE.

Porque el sujeto soy yo,
que en Amberes os citó,
y que alli á Florela amé.

D. ANTONIO.

Ya son mis dudas mayores.

D. LUCAS.

¡Otro la pretende y ama!
¿Señores, es esta dama,
ó concurso de acreedores?

D. PEDRO.

Pues Forela ha de ser mia.

D. ANTONIO.

Yo he de merecer su amor.

D. HENRIQUE.

A mi cuenta está su honor.

D. LUCAS.

¡Virgen, y qué greguería!

D. ANTONIO.

Pues si hemos de reñir, ya
el tiempo es muy importuno;
y asi vamos uno á uno.

D. LUCAS.

¿Qué uno á uno? Arre allá.
¿Cómo entendeis esa historia?

D. ANTONIO.

Riñendo vos el primero.

D. LUCAS.

¿Pues quereis, un agujero
hacerme en la Executoria?
Primero me dexaré
asaetear por un lado,
por detrás, por el costado,
que con ella el pecho os dé.

D. PEDRO.

Enviste: no temas nada.

D. LUCAS.

¿Pues he de exponerme, tio,
á que á un ascendiente mio
le dén una cuchillada?

D. HENRIQUE.

Parad: tened los aceros.

Pues nada pierdo en tal trance,
enmendar intento el lance;
y advirtamos, caballeros,
que de una dama la fama
este escandalo atropella;
y pues ha de ser lo que ella
dixere, elija la dama.

D. PEDRO.

Yo me doy á este partido.

D. ANTONIO.

Con ese dictamen voy,
Don Henrique; porque soy
amante, y tan siempre he sido
vuestro amigo. Hallar quisiera
modo que el caso enmendára,
y que á Florela lográra,
sin que yo á vos os perdiera.
Pues quando amais á Leonor:::

D. HENRIQUE.

Dexaos por mí gobernar:
que á mí me viene á importar,
que consigais vuestro amor.
Y pues esto está ajustado,
señor Don Pedro, podeis
iros.

D. PEDRO.

Ya reconoceis,
si bien ó mal he quedado. *vase.*

D. HENRIQUE.

Nunca vos quedasteis mal.

D. LUCAS.

¡Cómo! ¿Ya se han convenido?
De mi Executoria ha sido
milagro, por san Pasqual.
Ellos van quietos y buenos;
¡O papel! ¿Esto hay en tí?
No te he de apartar de mí,
el dia que hubiere truenos. *vanse.*

D. ANTONIO.

¿Don Henrique?

D. HENRIQUE.

Ahora sabreis,
si soy vuestro amigo en todo.

D. ANTONIO.

¿De qué suerte?

D. HENRIQUE.

De este modo:
venid; que allá lo vereis. *vanse.*

MUSICA.

Ven, sagrado hymeneo,
ven, y ven muy aprisa;
que tardar esta boda,
es mucha porqueria.
Ven, ven, por tu vida,
á las nupcias del mas fuerte hidalgo,
que bebe, que ronca, que pace en Castilla.

Salen Cartapació Juana y Doña Leonor, y ponen luces en un bufete.

D. LEONOR.

¿Esta todo prevenido?

CARTAPACIO.

Por lo que toca á bebidas,
ya de sorbete y aloja
dexé entregada á Dominga
una garrafa.

D. LEONOR.

¿Y los dulces?

CARTAPACIO.

Son chochos y peladillas;
y he habido de tener un
cuento en la confiteria.

D. LEONOR.

¿Cómo?

CARTAPACIO.

Como la cuchara,
que llevé, está muy lamida,
y no habia forma, en empeño
de darme mas que dos libras.
Y asi el tio y el sobrino
habrán de hacer la barriga
con las castañas pilongas;
que como ahier fue vigilia,
sobraron.

JUANA.

¿Y te parece,
que en la Montaña tendrian
otros dulces de París?

D. LEONOR.

Juana, anda, vé por tu vida,
á ver, si viene mi Henrique:
verás como hago, que sirva
á otro intento este aparato.

JUANA.

No será mala bolina,
la que habrá.

D. LEONOR.

¿Y Melchora?

CARTAPACIO.

Como
hace una de las nimphas,
que han de llamar á Hymeneo,
segun la loa está escrita
de Don Pedro mi señor,
se está vistiendo.

Salen Don Lucas y Don Pedro.

D. PEDRO.

¿Hija mia?

D. LEONOR.

¿Padre y señor?

D. PEDRO.

Hoy se enlazan

los pesares y las dichas.
A casa desazonado,
de un disgustillo venia,
y me han dado en el camino
la prodigiosa noticia,
de que el titulo, que compro,
está ya en cabeza mia.
Vueseñoría lo sepa,
para que reconocida,
á los favores del cielo,
desde hoy los criados riña:
á todas horas enfade,
amigas y conocidas,
pida favor á las once,
y suba al desvan en silla.

D. LUCAS.

Oye usted, ¿y yo no tengo
de tener mis piececillas
de sobrino de marqués?

D. PEDRO.

En casando con mi hija;
que entonces os cae el chorro
de este honor por recta linea.
Ah Cartapacio, el tintero.

CARTAPACIO.

Aqui está.

D. PEDRO.

Esta seguidilla

dele á Juana ó á Melchora,
que al nuevo asunto va escrita
de la señoría nuestra
que la encajen por su vida
en la dicha pastorela.

D. LUCAS.

¿Habrá invencion mas maldita
de fiesta, que esta que hacen,
pudiendo llenar la tripa,
con lo que en ella se gasta,
de pavos y de gallinas?

D. PEDRO.

Mis amigos vienen ya.

Salen un Letrado y un Golilla.

LETRADO.

Para que la rebeldia
no se me acuse, señor
Don Pedro, de que á tan digna
funcion vengo tarde, el gusto
mi concurrencia anticipa.

GOLILLA.

Cosa, que habeis hecho vos,
es fuerza, ser peregrina.

D. PEDRO.

Señores, muy bien venidos.
Ah Cartapacio, trahe sillas:
Leonor, sientate.

CARTAPACIO.

Aqui están.

Al paño Juana, Don Henrique y Don Antonio.

JUANA.

Quedate aqui, y solo atisba,
sin que te vean.

D. HENRIQUE.

Está bien.

D. ANTONIO.

¿A qué será esta trahida?

D. HENRIQUE.

Presto de dudas saldreis.

JUANA.

Señora, como pedias,
aquel negocio está hecho;
pero el diablo de la fria
de la Flamenca los vió.

D. LEONOR.

No es tiempo, de que nos sirva
eso de estorbo.

CARTAPACIO.

Señor,
la cera está ya encendida;
y como es poca, ya ves,
que es fuerza que se derrita.
¿Empezarán?

D. PEDRO.

Di, que empiecen.

D. LUCAS.

Yo, en estas majaderias
me duermo luego. Ah bergante,
¿tú apuntas?

CARTAPACIO.

De marabilla.

D. LUCAS.

¿No te viera yo apuntado
de un tiro de artilleria?

D. PEDRO.

Señores, callad, que empiezan.

GOLILLA Y LETRADO.

Quanto va que para en risa.

MUSICA.

Ven sagrado Hymeneo,
ven, y ven muy aprisa,
que tardar á esta boda,
es mucha porqueria.

Sale D. MELCHORA *cantando.*

Ven; que no es quien espera,
ningun hombre de ansina,
sino una hembra que casa
con un varon Chinchilla.

JUANA *cantando.*

Ven; que con Montañeses
no se hacen groserias,

y ni á un Dios esperaran
los de aquesta familia.

D. MELCHORA *cantando.*

Su señoria ordena,
que con tu antorcha asistas;
y basta, que lo mande
su señor señoría.

D. PEDRO.

Aquella postrera copla
es la de nuevo añadida.

GOLILLA.

Es un pasmo.

Todos.

Es un prodigio.
Que prosiga.

D. PEDRO.

Que prosiga.

MUSICA.

Ven, ven, por tu vida,
á las nupcias del mas fuerte hidalgo,
que bebe, que ronca, que pace en Castilla.

FLORELA *cantando.*

No solo á tanto asunto,
esta antorcha encendida,
asqua de sol que abrasa
todo lo que ilumina;
sino á descubrir vengo,
Don Pedro, los enigmas,

qué tu honor obscurecen,
y tu fama marchitan.
Oculto hay en tu casa,
quien trocar solicita
de tus nobles idéas
las generosas lineas.
Y quien del honor mio
á destruir aspira
la opinion generosa,
hoy por tí defendida.
Tu venganza y mi enojo,
su traycion y mi ira,
alumbre aquesta antorcha,
y siguiendome digan:

Representa.

Traycion, traycion. *se entra.*

D. LEONOR.

¡Ah villana!

D. PEDRO.

¡Qué es esto! Todos me sigan. *vase.*

JUANA.

¡Ay, que todo lo descubre!

GOLILLA Y LETRADO.

A Don Pedro es bien, que asista. *vanse.*

D. LUCAS.

¿Qué embrolla de los demonios
es ésta, Melchora mia?
Ahora es ocasion, que se haga

nuestra traza discurrida.

D. MELCHORA.

Pues verás, que presto vengo
cargada con la balixa. *vase.*

D. LEONOR.

¡Cielos santos, yo estoy muerta!

D. PEDRO *dentro.*

Mueran, los que asi amancillan
mi honor.

Salen Don Pedro, Don Henrique, y Don Antonio.

D. HENRIQUE.

Don Pedro, tened;
que siendo ya vuestra hija
Doña Leonor mi mujer,
en mí vuestro honor habita.

D. PEDRO.

¿Cómo esposo de Leonor?

D. LUCAS.

¿Señor, no te lo decia
yo, que esta picara infame
la habia de hacer?

FLORELA.

Como viva
yo, siendo Henrique, Don Pedro,
la causa de mis desdichas,
no es facil, que de otra sea.

D. ANTONIO.

Ni yo que á otro hombre permita,
que sea dichoso contigo.

D. PEDRO.

Estoy yo acaso en las Indias,
para que á Doña Florela
de Guzmán, solo por hija
de Don Andrés de Guzmán,
no la eleve á Señoría.

D. HENRIQUE.

¿Don Andrés de Guzmán? ¿Ved,
qué decís?

FLORELA.

¡Oh suerte esquiva!

D. HENRIQUE.

¡Ese fue mi padre, cielos!

D. PEDRO.

Pues esos papeles digan,
como, gobernando á Amberes,
al tiempo que ya os tenia
á vos, casó de secreto
con Madama Catalina
de Orbesi, ilustre y hermosa,
y prenda de esta caricia
fue Florela, á quien dexó
declarada.

D. HENRIQUE.

Hermana mia,

¿cómo avarienta hasta aquí
me ha negado esta noticia
mi suerte?

FLORELA.

No en vano yo
tanto, Henrique, te quería.

D. ANTONIO.

Ahora sin este embarazo,
que mi rendimiento admita
espero.

D. HENRIQUE.

Tuya es Florela.

FLORELA.

Premiar, es deuda precisa,
vuestra constancia.

D. PEDRO.

Tened; que hoy:::

Sale Doña Melchora con un vulto debaxo del brazo.

D. MELCHORA.

Tanta gritería
hay, que ahun á quien hoy se casa,
la aturde y la martiriza.

D. PEDRO.

¿Melchora, qué es esto?

D. MELCHORA.

¡Ay padre!
¿No vé aquesta bolsa y cinta?

Pues prendas son de Don Lucas
quantas traygo aqui metidas.

D. PEDRO.

Solo faltaba esta afrenta
á mi casa y mi familia.
¿Qué dices, perra?

D. LUCAS.

Que ya
que ha perdido Leonorilla
la fortuna de mi mano
por sus muchas picardías,
con Melchora me recaso:
que mi conciencia me aguizga;
pues dice bien, pues mias son
esas prendas que publíca
ese vulto.

D. PEDRO.

¿Cómo, infame?

D. MELCHORA.

Como es ésta su ropilla,
su manteo, su sotana,
sus calcetas, sus camisas:
miren si son esas prendas
suyas, ó de la vecina.

Saca lo que dice.

D. PEDRO.

Si estás contenta, Leonor,
yo no violento á mis hijas:

dá la mano á Don Henrique
y dasela tú, Luquillas,
á Melchora.

D. LUCAS.

Vén acá,
daca la mano, borrica.

D. MELCHORA.

Toma, animal.

CARTAPACIO.

Cada oveja
con su pareja, Juanilla.

JUANA.

Pues toma esos cinco dedos.

D. HENRIQUE.

Hermosa Leonor, mi vida
es tuya.

D. LEONOR.

Felice soy.

D. ANTONIO.

Ya son todas mis fatigas
venturosas con tal suerte.

FLORELA.

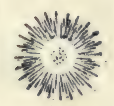
Tus finezas me conquistan.

D. PEDRO.

Y yo, que quedo soltero,
no sé, señores, si diga,
que quedo mejor.

Todos.

Y aqui
una obediencia rendida,
dá fin al Domine Lucas,
reconociendose indigna
de aplauso , ni admiracion,
se contenta con la risa.






JOSEF NAP. I. P. L. G. D. DIOS REY DE ESPAÑA Y DE L. IND.
SELL
OCHO



